



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

LA PERCEPCIÓN ESTADOUNIDENSE DE LOS MEXICANOS,
Y SU INFLUENCIA EN LA RELACIÓN BILATERAL
(DESDE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO Y HASTA LA GUERRA DE 1847)

TESIS QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES
PRESENTA:

MIGUEL ÁNGEL MENDOZA GONZÁLEZ

ASESOR:

DR. JOSÉ LUIS OROZCO ÁLCANTAR

MÉXICO 2009





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mis padres y hermanos.
A la UNAM.*

Índice

Introducción	5
Capítulo 1	
Marco Metodológico	
1.1 Las percepciones y su influencia en las RR.II.	12
1.2 La teoría racional de la decisión en política exterior	15
1.3 Esbozo teórico del sistema de creencias	17
1.4 El enfoque cognoscitivo en las Relaciones Internacionales	19
1.5 La opinión pública y la política exterior	23
Capítulo 2	
La percepción estadounidense de sí mismos	
2.1 Sobre la necesidad de conocer la percepción estadounidense de sí mismos	28
2.2 La tradición WASP y el carácter nacional estadounidense	29
2.3 Los estadounidenses frente al espejo	30
2.4 El pueblo elegido de Dios	32
2.5 Los paladines de la libertad	34
2.6 La política exterior de Estados Unidos	36
2.7 Origen y evolución de los elementos constitutivos de la percepción de superioridad nacional estadounidense	
2.7.1 La Reforma protestante	39
2.7.2 La teología calvinista	40
2.7.3 La imagen del Nuevo Mundo en el Viejo Mundo	43
2.7.4 La colonización inglesa en América: el sentido de elección y misión de los colonos	45
2.7.5 La salvación y regeneración de los indios	47
2.7.6 El uso apropiado de la tierra	49
2.7.7 La Leyenda Negra y su continuidad en América	52

2.7.8 Herencia del mito de un pasado anglosajón libre	58
2.7.9 El movimiento histórico de la civilización	60
2.7.10 La guerra de independencia: el idealismo revolucionario	62
2.7.11 Surgimiento del anglosajismo científico racial	66
2.7.12 Los Estados Unidos: la realidad práctica	69

Capítulo 3

La percepción estadounidense de los mexicanos y su influencia en la relación bilateral

3.1 Los estadounidenses a principios del siglo XIX	78
3.2 Hispanoamérica y la Nueva España	80
3.3 Las primeras décadas del México independiente	83
3.4 La independencia de Texas	86
3.4.1 La <i>re-anexión</i> de Texas a los Estados Unidos	90
3.5 La guerra de 1847: los mexicanos y el uso apropiado de la tierra	93
3.6 La diplomacia de Estados Unidos hacia México	97
3.7 Inicio de la guerra	98
3.8 La deshumanización del lenguaje en tiempos de guerra	101
3.9 La regeneración y anexión de <i>all Mexico</i>	102
3.10 México, " <i>the forbidden fruit</i> "	106
3.11 Fin de la guerra, desprecio explícito hacia los mexicanos	112

Conclusiones	117
Bibliografía	123
Revistas especializadas	128
Internet	135
Anexo 1	136
Anexo 2	146

Introducción

Desde sus inicios, la relación bilateral entre México y Estados Unidos ha tenido como una de sus principales características una continua y persistente actitud de menosprecio y envilecimiento de la cultura y el pueblo de México. Una de las causas que explican esa actitud, es la histórica percepción de superioridad moral y racial que tiene la sociedad estadounidense de sí misma, y la percepción negativa que los norteamericanos tienen del mundo hispano en general, y de México y los mexicanos en particular. Las percepciones no son insustanciales en las Relaciones Internacionales, pues influyen en la forma en que los países tratan su política exterior hacia otros países, y en pocas relaciones éstas son tan importantes como en la relación entre México y Estados Unidos.

Desde sus orígenes históricos en el siglo XVII, los estadounidenses se han percibido a sí mismos como un pueblo elegido por la Providencia, o más exactamente, como el nuevo pueblo elegido de Dios, destinados a crear una “ciudad en la colina”, en América, la “tierra prometida”. Asimismo, se ven como los guardianes de la libertad, con la misión providencial de preservar, perfeccionar y fortalecer la democracia para beneficio de toda la humanidad. Y más aún, en algunos momentos de gran exaltación nacional, se han concebido como el mejor elemento humano, provenientes de una ascendencia racial impecable, para la realización de su propia misión celestial. En suma, creen que su país es superior a todos los demás países del mundo gracias a su cercanía a Dios, por su superioridad moral y racial, y por ser la expresión más acabada de la civilización occidental.

Esta percepción de superioridad siempre ha estado presente en la vida y discursos públicos de aquel país, y es parte de la esencia misma del pueblo estadounidense. Sus raíces se encuentran en la Reforma protestante y su ilación en la teología calvinista con sus doctrinas de la predestinación y vocación y sus postulados de éxito y regeneración; en el conflicto hispano-inglés del siglo XVI y su derivación en la Leyenda Negra; en el mito secular de

una naturaleza libre de las instituciones políticas anglosajonas con su posterior transformación con las ideas de la Ilustración; en el mito del desplazamiento de la raza teutónica hacia el oeste; en la propia experiencia histórica de Estados Unidos en su contacto directo con los indios, negros y mexicanos y en su adopción de las teorías raciales europeas y en la confección de las propias; así como en su triunfante revolución de independencia y su éxito económico alcanzado.

El conjunto de todos estos elementos se conglomeran en dos vertientes que juntas configuran su aprehensión de superioridad nacional, y dan sentido a la forma en como los estadounidenses comprenden su papel y responsabilidades en el mundo: una religiosa, la creencia de ser un pueblo elegido por Dios, dotados con la misión de salvar y transformar al resto del mundo; la otra laica, ellos y sus instituciones son un ejemplo y modelo a seguir. El corolario de ambas creencias ha sido una desmesurada autocomplacencia, un exceso de arrogancia que confunde el Yo con el Mundo, suscitando una actitud de absoluta condescendencia hacia los demás pueblos y países del orbe.

México ha experimentado de primera mano las consecuencias de esta percepción de superioridad. Desde su nacimiento como país independiente, la cultura y el pueblo de nuestro país, y en general la de todos los países y pueblos latinoamericanos herederos de la cultura católica española, fueron vilipendiados por los estadounidenses. Para John Adams, por ejemplo, “los esfuerzos de los pueblos del sur por establecer gobiernos representativos le parecieron tan absurdos como el tratar de establecer democracias entre los pájaros, los peces y las bestias.”¹ En su opinión, la cual fue ampliamente compartida entre muchos de sus coetáneos, los hispanoamericanos carecíamos de las cualidades morales indispensables para la creación de gobiernos representativos, estables y libres, a causa de nuestra herencia histórica y prolongada servidumbre colonial.

¹ Jaime E. Rodríguez; Kathryn Vincent, *Myths, Misdeeds, and Misunderstandings. The Roots of Conflict in U.S.-Mexican Relations*, USA, SR Books, 1997, p. 6. Todas las citas en inglés son traducciones mías.

Las acerbadas críticas que en el siglo XVI urdieron holandeses e ingleses sobre el carácter y moral de los españoles durante su largo período de conflictos internacionales contra España, y que han sido mejor conocidas como la Leyenda Negra, se hicieron extensivas, sin excepción, a todos los pueblos hispanoamericanos, en tanto descendientes de los aviesos españoles. Aquélla amarulencia contra España, proveyó a los estadounidenses de un amplio conjunto de estereotipos negativos que fueron aplicados a los latinoamericanos, quienes fuimos descritos como supersticiosos, obstinados, perezosos, cobardes, fútiles, pretenciosos, deshonestos, sucios y corruptos. Al ser tan degenerados y malvados como nuestros progenitores españoles, los pueblos de América del sur formábamos parte de las “costras del viejo despotismo” que habrían de ser expelidas con el vigor de unos Estados Unidos libres y democráticos.

Este menosprecio hacia los hispanoamericanos en general, y hacia los mexicanos en particular, fue avistado por nuestros representantes diplomáticos en Estados Unidos desde los inicios mismos de nuestra vida como país independiente. José Manuel Zozaya, primer enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en Washington durante el imperio de Iturbide, advirtió al gobierno mexicano de la soberbia de los norteamericanos, quienes, según expresó en su correspondencia a las autoridades mexicanas, no nos veían como iguales sino como inferiores, razón por la cual aconsejaba que fueran tratados con previsión.²

Durante aquéllas primeras décadas de vida como país independiente, esa actitud de vilipendio fue expresada por los viajeros anglosajones en México, quienes transfirieron diestramente a los mexicanos los conceptos de la Leyenda Negra. A juicio de ellos, los mexicanos éramos un pueblo inferior, flojo, incapaz, cobarde, supersticioso, corrupto e inmoral. Y, más aún, éramos muchísimo peor que los propios españoles por ser el resultado de una extensa mezcla racial entre las desdichadas razas española, india y africana, habiendo heredado las peores cualidades que en cada una de ellas predominaba.

² Ana Rosa Suárez Argüello, “José Manuel Zozaya y el inicio de las relaciones de México con EU”, *Secuencia*, núm. 20, México, mayo-agosto, 1991, p. 172.

En las primeras décadas del siglo XIX, con el cambio operado en el pensamiento científico europeo occidental que puso las bases para la división racial entre los hombres, los mexicanos fuimos colocados dentro de una jerarquía de razas superiores e inferiores durante la independencia de Texas y la guerra de 1847. Mientras que los estadounidenses se presentaron a sí mismos como la crema de la crema -la flor de los caucásicos-, los mexicanos fuimos descritos como una raza inferior, degenerada e incapaz de auto-gobernarnos y de utilizar provechosamente la tierra de la que “nominalmente éramos dueños”.

En un lenguaje muy parecido al utilizado con los indios nativos de Norteamérica, los estadounidenses hablaron del cumplimiento del mandato divino de henchir la tierra, de extender el área de la libertad, del derecho de posesión de todo el territorio mexicano en virtud de una ley superior a los pergaminos y a las áridas reglas diplomáticas, y de la regeneración del pobre e indolente pueblo mexicano, el cual era una raza de hombres imbéciles, producto de toda una mezcla emponzoñada de color.

Más si no hubiera sido suficiente, la retórica de los tiempos de guerra incluyó el brutal idioma de la deshumanización. Se arguyó, que aquella guerra nos enseñaría a los mexicanos a pensar en nuestra flaqueza e inferioridad, y que la pérdida de unos cuantos miles de nosotros no sería tan deplorable. Completamente denostados, los mexicanos no fuimos considerados en ningún momento como congéneres de una raza especial, ni respetados como enemigos potencialmente formidables. Al ser comparados con los indios, los mexicanos fuimos condenados a seguir el mismo camino de su extinción.

Esta aprehensión negativa de los mexicanos trastocó hondamente el carácter de las relaciones diplomáticas entre ambos países. Hasta antes del inicio de la guerra, la diplomacia de los Estados Unidos hacia México había estado dirigida a la adquisición de los territorios septentrionales de nuestro país. Durante aquellos años, la diplomacia y el lenguaje de los documentos claves en sus relaciones con México fueron particularmente impertinentes, lo cual no es posible entender, según el historiador norteamericano Glenn Price, si no se

comprende el factor psicológico, es decir, el concepto que los estadounidenses tenían de México y de los mexicanos.

De acuerdo con Price, la diplomacia de los Estados Unidos hacia México reveló el juicio común del pueblo norteamericano acerca de los mexicanos. Dicha actitud indicaba que en realidad había muy poca diferencia entre un indio y un mexicano; por lo tanto, una diplomacia seria y respetuosa hacia México estaba completamente descartada.³

El propósito de la presente investigación es tratar de comprender el origen de la histórica percepción negativa que los estadounidenses han tenido de los mexicanos y el modo en que afectó el carácter de las relaciones diplomáticas entre ambos países en un período tan crítico como fue la guerra de 1847.

Para dilucidar el origen de esta percepción negativa, parto por conocer primero cuál era la percepción que tenía la sociedad estadounidense de sí misma pues, en palabras de la historiadora mexicana María del Rosario Rodríguez Díaz, “de la forma como ellos perciben su país se deriva su ser y actuar con los demás países del mundo.”⁴ Es así que en el capítulo de *La percepción estadounidense de sí mismos*, desarrollo un breve recuento histórico que va del siglo XVI y hasta las primeras décadas del siglo XIX, donde abordo el origen y evolución de los elementos constitutivos de la percepción de superioridad de los Estados Unidos, utilizando la tradición cultural WASP como marco general del carácter e identidad nacional estadounidense.

Es necesario mencionar que el tema que subyace en este capítulo es la relación de la población blanca estadounidense con los indios y los negros, la cual habría de influir en la futura relación que se tendría con los mexicanos. Las suposiciones tácitas acerca de la inferioridad connatural de indios y negros, que habían imbuido el pensamiento norteamericano desde el período colonial,

³ Green Price, *Los orígenes de la guerra con México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 36.

⁴ María del Rosario Rodríguez Díaz, *El destino manifiesto. El pensamiento expansionista de Alfred Thayer Mahan (1890-1914)*, México, Porrúa, 2003, p. XIII.

fueron reforzadas en las primeras décadas del siglo XIX por toda una variedad de argumentos científicos que dilucidaban que ambos eran al menos una variedad permanentemente inferior o incluso una especie completamente separada de la población blanca estadounidense. Estos severos discernimientos de carácter racial, simplemente se hicieron extensivos a todos los mexicanos.

En el siguiente capítulo, el de *La percepción estadounidense de los mexicanos*, expongo la percepción negativa que los estadounidenses tenían de los pueblos de Hispanoamérica a principios del siglo XIX a causa de su herencia católica española. Posteriormente, abordo a la Nueva España y la forma en que se presentó por primera vez en la conciencia anglosajona. Más adelante, continuó con el modo en que México fue visto por los viajeros anglosajones durante sus primeras décadas de vida independiente.

Finalmente, el estudio concluye con la percepción que los estadounidenses tenían de los mexicanos durante la independencia de Texas y la guerra de 1847, época en la cual se definió y acentuó aún más la percepción negativa de los mexicanos, siendo expresada en forma explícita en los diarios norteamericanos y en las opiniones de algunos políticos y diplomáticos de Estados Unidos.

Los juicios sobre los mexicanos los he tomado en su mayor parte de las obras de Reginald Horsman y Albert Weimberg, quienes dedican un capítulo sobre México en sus respectivas obras, citando numerosas opiniones de políticos, diplomáticos, periodistas y, en menor medida, ciudadanos comunes, acerca de los mexicanos. No obstante, también me apoyo en Josefina Vázquez, Gene Black, Alexander DeConde, Michael Hunt, principalmente.

El marco metodológico utilizado es el de las percepciones y su influencia en la Relaciones Internacionales, el cual fue utilizado en un foro celebrado en el Tecnológico de Monterrey en el año 2005, y editado por *The Woodrow Wilson Center* y *Letras Libres*, con el título de *Perceptions and Misconceptions in U.S.-Mexican Relations*. Se trata de un tema relativamente nuevo desde la

perspectiva de las Relaciones Internacionales, con una todavía notable ausencia de investigación profusa y sostenida en los ámbitos de investigación europeo e hispanoamericano, concentrándose los principales estudios en Estados Unidos.

A diferencia de las variables tradicionales de naturaleza política y estratégica que han dominado los modelos de política exterior, la variable psicológica toma en cuenta que los Estados no son seres vivos y que las decisiones en todos los niveles de los acontecimientos internacionales son tomadas por hombres y mujeres susceptibles a la influencia de las percepciones. En otras palabras, en el marco del proceso de toma de decisiones en Política Exterior y en el escenario internacional, no sólo existen e influyen variables de naturaleza política y estratégica, sino que desempeña un papel clave la variable psicológica, que se expresa fundamentalmente a través del proceso de percepción y de los conceptos y mecanismos a éste vinculados.

Las percepciones que uno tiene de sí mismo y de los demás son importantes, tanto para las personas como para los Estados, generando normalmente fuertes emociones y sentimientos. Aún cuando hay todavía muchísimo por aprender acerca de la influencia de las percepciones en las decisiones y el comportamiento político internacional, ya se ha dado un primer paso al aceptar la importancia que tienen los procesos cognitivos y emocionales humanos en los acontecimientos mundiales, permitiéndonos comprender e interpretar acontecimientos presentes y pasados e incluso hacer predicciones sobre el futuro.

CAPÍTULO 1

Marco metodológico

*“Si los hombres definen las situaciones como reales,
ellas son reales en sus consecuencias”*
W. I. Thomas*

1.1 Las percepciones y su influencia en las Relaciones Internacionales

El acercamiento de la relación bilateral entre México y Estados Unidos desde el punto de vista de las percepciones nos lleva al tema de las relaciones de naturaleza humana entre las dos naciones. Aun cuando las relaciones entre países se refieren a los Estados, es obvio que no son entidades abstractas, sino que están compuestos de seres humanos susceptibles a las influencias de las percepciones, las cuales influyen en la forma en que los gobiernos tratan su política exterior hacia otros países.

Como esclarecimiento metodológico, la palabra percepción se refiere a “una representación mental basada en información incompleta que es derivada más de una información sensorial que de una reflexión metódica. Por consiguiente, una percepción puede no ser precisa, pero es capaz de producir una imagen ilustrativa”.¹ Aun cuando son una representación mental no completamente exacta de la realidad, las percepciones forman la porción dominante de conocimiento común en cualquier país.

Es un axioma en la psicología social que las acciones de los individuos están influenciadas por sus percepciones de las opiniones, los valores y las expectativas de los demás. En muchas situaciones, estas percepciones no son

* Sociólogo estadounidense (1863-1947). Cita extraída en Florentino Rodao, “Imágenes y proceso de toma de decisiones”, [en línea], *Terceras Jornadas. Imagen, cultura y tecnología*, Madrid, Universidad Carlos III, Dirección URL: <http://www.florentinorodao.com/academico/aca05a.htm>, [consulta: 20 febrero de 2008].

¹ Jesús Reyes Heróles, “Changing Perceptions”, en Andrew Selee, *Perceptions and Misconceptions in U. S.-Mexico Relations*, USA, The Woodrow Wilson Center and Letras Libres, 2005, p. 45.

problemáticas, pero en algunas otras, “las creencias acerca de lo que otros piensan pueden ser erróneas por la falta de información exacta, equivocada o simplemente insuficiente. Cuando esta inexactitud es sistemática y colectiva más que meramente idiosincrática, las consecuencias en las acciones dependen más sobre estas creencias que pueden ser profundas.”²

Igualmente, en la psicología política está ampliamente aceptada la creencia de que para comprender la conducta humana, tenemos que entender cómo piensa la gente, interpretar su entorno y examinar sus decisiones. En este sentido, para poder entender el comportamiento internacional, “tenemos que mirar dentro de la ‘caja negra’ del Estado, y estudiar los objetivos, las creencias y las percepciones de los tomadores de decisiones.”³

Es así que cuando hablo de la influencia de las percepciones en las Relaciones Internacionales, me refiero a la diferencia en cómo las naciones se perciben unas a otras y el cómo ellas son realmente. Con frecuencia hay un gran abismo entre la percepción y la realidad, lo que afecta sobremanera las relaciones entre los países. En otras palabras, en ciertas circunstancias de carácter internacional, a menudo se responde no a las realidades, sino más bien a la ficción que algunas naciones o grupos de naciones se han creado de sí mismas y de los demás.

Las ideologías y el nacionalismo son algunos de los factores que han contribuido sobremanera a que las naciones se vean unas a otras en una forma equivocada o estereotipada. Contribuye también a esta separación entre la realidad y la percepción en las relaciones del más alto nivel, las creencias de aquellos que están en el papel de tomar decisiones. Tradicionalmente se ha considerado que los altos funcionarios encargados de la política exterior, quienes ciertamente son personas que generalmente están por encima de la media intelectual del resto de la población, son teóricamente más inmunes a los impulsos emocionales, y que sus decisiones están basadas en fundamentos racionales y motivadas por cálculos políticos. Sin embargo, “las percepciones también influyen en ellos; los

² James M. Fields y Howard Schuman, “Public Beliefs About the Beliefs of the Public”, *The Public Opinion Quarterly*, núm. 4, vol. 40, UK, Oxford University Press, invierno 1976-1977, p. 427.

³ Robert Jervis, “Signaling and Perception”, *Political Psychology*, Kristen Monroe, ed., Earlbaum, 2002, p. 2.

factores psicológicos confieren un grado importante de emotividad a sus decisiones”.⁴

También se encuentran aquellos quienes influyen en las decisiones y tienden a percibir el mundo de afuera en términos de imágenes preconcebidas. De este modo, es necesario entender que además de discernimientos racionales, las personas tienen emociones así como creencias que influyen en su manera de ver el mundo. Las percepciones que las personas tienen de sí mismas y de los demás, “no son una colección de rasgos no vinculados, sino más bien una constelación de características que se agrupan juntas en formas significativas”,⁵ y aunque queda mucho por entender, “es evidente que el modo en que los individuos y los grupos ven a otros y el modo en que ellos se ven así mismos están mutuamente relacionados”.⁶

En el caso concreto de las Relaciones Internacionales, las percepciones que los ciudadanos y las elites políticas y económicas en diferentes países tienen unos de otros, juegan un poderoso papel en la forma en que los gobiernos tratan su política exterior hacia otros países, pues las percepciones públicas pueden formar y constreñir las decisiones de los líderes políticos e influir en la formación de las relaciones diplomáticas.

Más aún, las percepciones públicas pueden determinar el margen en el que los políticos manejan las relaciones diplomáticas, puesto que crean “el espacio donde el trabajo conjunto se vuelve posible, los temas a ser dirigidos, la naturaleza del acercamiento para tratarlos, las soluciones a ser consideradas, las modalidades del trabajo colectivo, y aún *el lenguaje del intercambio diplomático*

⁴ Michael J. Shapiro y G. Matthew Bonham, “Cognitive Process and Foreign Policy Decision-Making”, *International Studies Quarterly*, núm. 2, vol. 17, USA, The International Studies Association, junio, 1973, p. 147. Incluso es posible hablar de diferentes percepciones de la *realidad* entre aquellos funcionarios encargados de la representación nacional y aquellos funcionarios que trabajan en organizaciones internacionales como la Organización de Naciones Unidas (ONU), como resultado de ambientes y actividades diplomáticas diferentes. Véase al respecto Randolph M. Sirvenson, “Role and Perception in International Crisis: The Cases of Israeli and Egyptian Decision Makers in National Capitals and the United Nations”, *International Organization*, núm. 3, vol. 27, USA, University of Wisconsin Press, verano de 1973, pp. 329-345.

⁵ Emanuele Castano; Simona Sacchi; Peter Hays Gries, “The Perception of the Other in International Relations: Evidence for the Polarizing Effect of Entitativity”, *Political Psychology*, núm. 3, vol. 24, USA, Blackwell Publishing Inc., 2003, p. 450.

⁶ Robert Jervis, *op. cit.*, p. 3.

son determinados por la interacción de las percepciones”.⁷ En suma, las percepciones “no son triviales, puesto que influyen en el comportamiento de las sociedades y de sus individuos. Un número infinito de nuestros comportamientos individuales o nacionales nos es dictado por ellas”.⁸

1.2 La teoría racional de la decisión en política exterior

La teoría racional de la decisión ha sido y sigue siendo hoy en día el modelo más aceptado y desarrollado, tanto por los teóricos de las Relaciones Internacionales como por los actores que toman decisiones en el ámbito de la Política Exterior, para entender y estudiar la realidad internacional. Esta teoría tiene sus raíces en la Economía y descansa sobre el concepto del *homo economicus*, caracterizado

Por actuar sólo en aras de su propio interés y beneficio; disponer de toda la información acerca del problema planteado o situación abordada; conocer todas las posibles alternativas sobre las que elegir, así como las consecuencias que se derivarán de cada una de ellas; buscar la maximización del resultado; y tiene la habilidad y capacidad de jerarquizar las alternativas, de acuerdo a la satisfacción esperada y a la probabilidad de maximización de los resultados.⁹

Enlazado a este concepto se encuentra el de la “acción racional”, el cual puede ser definido como “la acción eficientemente diseñada para conseguir fines políticos y económicos conscientemente seleccionados.”¹⁰ Al aplicar los conceptos, principios y características racionales al estudio de las Relaciones Internacionales, surge el denominado modelo geo-estratégico, cuyos elementos claves son la estrategia y el poder, y el actor internacional es el Estado.

Al tratar de explicar el por qué los Estados se comportan de la manera en que lo hacen, este modelo asume que éstos tienen fines prioritarios, como el de su propia

⁷ Jesús Reyes Heróles, *op. cit.*, p. 45. Las cursivas son mías.

⁸ Alfonso Alfaro, “Miradas de perfil. Encuentros y desencuentros culturales entre México y los Estados Unidos”, en Olga Pellicer y Rafael Fernández de Castro, *México y Estados Unidos; las rutas de la cooperación*, México, Instituto Matías Romero-ITAM-SRE, 1998, p. 246.

⁹ Rubén Herrero de Castro, *La realidad inventada: percepciones y proceso de toma de decisiones en política exterior*, Madrid, España, Plaza y Valdés, 2007, p. 41.

¹⁰ *Ibid.*, p. 42.

supervivencia y la búsqueda de poder. Su comportamiento refleja un propósito y una intención y sus acciones son una calculada solución a un problema estratégico. Es así, que la explicación de una situación internacional consiste en mostrar cuál era el objetivo que un Estado perseguía a través de una acción particular y por qué ésta era una solución razonable en términos de los fines del Estado.

Para los analistas estratégicos, las personalidades de los distintos hombres de estado son irrelevantes, al igual que sus creencias e ideologías, pues los actores en la Política Internacional son como “cajas negras” cuyo interior no es necesario entender, ya que todas ellas son lo mismo en términos de motivos, objetivos y acciones. Las únicas diferencias residen en el tamaño de las “cajas”, su poder y su emplazamiento estratégico.

Al utilizar el modelo racional geo-estratégico, los analistas no necesitan conocer lo que hay dentro de las cajas. Trabajando desde fuera, pueden deducir la naturaleza de las intenciones de los Estados extrapolando a partir de la forma en cómo actúan en el escenario internacional. Sin embargo, este modelo presenta grandes deficiencias estructurales, como el ser excesivamente normativo y excluir u omitir los factores psicológicos y emocionales.

Aunque el poder, la geografía, los recursos económicos y la población de un país suponen oportunidades y obstáculos que condicionan las elecciones disponibles y son elementos válidos y necesarios de análisis, no bastan para explicar la realidad internacional por sí solos. La existencia de inesperados e inciertos hechos tanto internos como externos hace prácticamente imposible alcanzar objetivos estratégicos con acciones plenamente efectivas y eficientes. Además, la existencia de múltiples actores y la diversidad de sus objetivos originan diferentes racionalidades. Si a ello se añade elementos tales como la ineptitud, negligencia y errores humanos, se puede concluir que las asunciones sobre las que descansa el modelo racional clásico no pueden darse en el mundo real, dado que los seres humanos no son omniscientes.

Asimismo, al relegar la variable psicológica, el modelo geo-estratégico deja

implícito que un cambio de liderazgo no supondría ningún cambio en la política exterior de un país, dado que el comportamiento de todos los Estados deriva de una misma naturaleza, lo cual, como se demuestra en la simple observación del acontecer internacional, no es así. Las decisiones que toma una personalidad de Estado es una acción humana que genera cambios a nivel interno e internacional, alterando una determinada realidad según sea el nivel al cual se decide.

Ante la aceptación de estas deficiencias estructurales que suponen una excesiva simplificación de la realidad internacional, algunos especialistas, dentro de la perspectiva racional, han propuesto “abrir las cajas” y ver si es posible encontrar una mejor explicación del comportamiento de los Estados estudiando el interior de los mismos. Al hacerlo, han agregado otro tipo de elementos en sus análisis, como la ideología y la cultura.

En este sentido, se ha considerado que las cajas comunistas, fascistas y democráticas, por ejemplo, tienen diferentes motivos y por ello se comportan de manera diferente, al igual que, por razones culturales, no se comportan igual las cajas de Europa, Asia o América Latina. La conclusión que se ha extraído de estos nuevos matices es que no todas las cajas son negras.

1.3 Esbozo teórico del sistema de creencias

Para comprender mejor el concepto de percepción, se hace necesaria una breve revisión teórica del sistema de creencias. Una idea o creencia es definida como “la información que una persona tiene sobre otra, materias generales y asuntos concretos”, la cual, “tiene su origen en la necesidad de dotar de significado a todo aquello que hace y rodea al individuo, que se traduce y desdobra en una doble necesidad: la de encontrar un propósito/fin a sus actos y la de tener suficientes razones/motivos/justificaciones para las acciones que lleva a cabo.”¹¹

Los individuos, en su afán de mejorar su relación con el entorno y su

¹¹ *Ibid.*, p. 160.

interpretación del mismo, integran sus ideas en una estructura de creencias que implica una visión global, que se compone de imágenes del pasado, del presente y del futuro, incluyendo todo aquel conocimiento organizado que el individuo tiene sobre sí mismo y el mundo. De acuerdo con Douglas C. Foyle, esta estructura es como un “conjunto de lentes a través de los cuales la información relacionada con el entorno físico y social es recibida, e incluyen usualmente principios e ideas generales acerca de ese entorno.”¹²

Se establece por lo tanto una relación bidireccional entre imágenes y sistema de creencias, de tal manera que los individuos actúan de acuerdo con las imágenes que ellos se han formado del entorno y de las demás personas, pero a su vez en el proceso de formación de éstas será clave su estructura de creencias, de la cual pasarán a formar parte las imágenes que van acumulando. Una imagen, por tanto, es un aspecto concreto de un todo que es la estructura de creencias.

En cuanto a los componentes que integran una estructura de creencias se encuentran el componente evaluativo, el cual establece la deseabilidad de los distintos resultados, que serán resultado de los distintos cursos de acción (componente conductista). Cada uno de estos cursos y sus resultados se asocia con grupos particulares e individuales con ciertos atributos (componente identificativo), que son quienes toman las decisiones y/o experimentan los resultados. Los actores, acciones y resultados difieren en moralidad y/o legitimidad (componente normativo). Los componentes evaluativo, conductista, identificativo y normativo se interrelacionan y apoyan en principios, argumentos, ejemplos y metáforas mostrando supuestamente la verdad/lo correcto y acertado de la ideología (componente explicativo). Este último componente es el más influyente, llegando en ocasiones a fusionarse con el propio sistema, produciéndose entonces una identificación entre ambos. En la arena política, los sistemas de ideas pueden encontrarse en la forma de ideologías y culturas políticas. Reconociendo que ambos conceptos son susceptibles de confundirse, es preferible considerar a la ideología como un subsistema de creencias que operan dentro del principal, influyendo sobre el mismo y que contribuye a su

¹² Douglas C. Foyle, “Public Opinion and Foreign Policy: Elite Beliefs as a Mediating Variable”, *International Studies Quarterly*, núm. 41, USA, Blackwell Publishers, 1997, p. 144.

justificación.¹³

Bajo estos fundamentos teóricos, las percepciones son consideradas como “procesos integrativos por los cuales los estímulos llegan a ser interpretados por el individuo, produciéndose dicho proceso como el resultado de la integración de los hechos que suponen un estímulo con los conocimientos previos y creencias del actor”.¹⁴ Como resultado de este proceso, los individuos dotan de significado y contenido al entorno que los rodea, construyendo representaciones mentales, con el objetivo de buscar coherencia y estabilidad frente a la complejidad de la realidad en la que se desenvuelven.

1.4 El enfoque cognoscitivo en las Relaciones Internacionales

En las últimas décadas ha habido un creciente interés por estudiar el sistema internacional desde la perspectiva de la psicología, motivo por el cual se han venido acrecentando los estudios que tratan de explicar la toma de decisiones en política exterior utilizando conceptos cognitivos. Este enfoque moderno intenta trazar las estructuras de creencias de los tomadores de decisiones y explorar las implicaciones de estas estructuras en el modo en que los acontecimientos internacionales son entendidos y en las alternativas políticas que son consideradas.

La escasa investigación que había sobre la materia hasta hace poco se había debido en parte al amplio interés que los especialistas en relaciones internacionales habían puesto en los factores “objetivos” como las estructuras de organización, los intereses burocráticos, las coacciones externas, la distribución de poder y la bipolaridad y multipolaridad del sistema internacional. Además, las percepciones habían sido consideradas como sumamente subjetivas, aún idiosincráticas, y sólo posibles de entender después de los hechos a través de una evaluación detallada de memorándums diplomáticos, diarios y memorias.

¹³ Rubén Herrero de Castro, *op. cit.*, pp. 162-163.

¹⁴ *Ibid.*, p. 143.

Pero recientemente, algunos especialistas han desarrollado argumentos para utilizar conceptos cognoscitivos que ayuden a explicar la toma de decisiones en política exterior y las relaciones internacionales. Aunque inicialmente no se predijo un nexo causal directo entre el factor cognoscitivo y la política exterior, subsecuentes investigaciones han encontrado que la dinámica cognitiva se produce “cuando una persona recibe información sobre un evento internacional y ésta es procesada a través de su estructura de creencias (que contiene conceptos acerca de los actores y las acciones en el sistema internacional), y la conclusión acerca de lo que pasó y de lo que se debe hacer por su nación.”¹⁵

Ciertamente aún existen problemas importantes por resolver dentro de este nuevo enfoque. En primer lugar, ha sido más descriptivo que teórico, siendo todavía bastante incompleta una integración entre la teoría del nivel psicológico y la teoría en el nivel de relaciones internacionales. En segundo lugar, la mayoría de los modelos cognitivos que tratan de predecir las opciones de política exterior han integrado sólo parcialmente las emociones y afectos de los tomadores de decisiones, permaneciendo excesivamente abstractos.

No obstante, a pesar de estos obstáculos, existen buenas razones para utilizarlo. Entre los más importantes se encuentra el hecho de que las investigaciones sobre la materia han argumentado de manera general que “la forma de ver el mundo y las creencias ideológicas influyen en las decisiones de política exterior”,¹⁶ y que incluso “pueden ser consideradas como una guía de acción en el comportamiento en el exterior.”¹⁷

Inicialmente se utilizó el concepto de imagen para analizar el sistema internacional. Kenneth Boulding, uno de los pioneros de este enfoque, había definido las imágenes como “las estructuras de unidad de comportamiento cognitiva, afectiva y evaluativa, o su visión de sí misma y de su universo”. De acuerdo con él, las imágenes que eran más importantes para el sistema

¹⁵ Michael J. Shapiro y G. Matthew Bonham, *op. cit.*, p. 148.

¹⁶ Richard K. Herrmann, *et al.*, “Images in International Relations: An Experimental Test of Cognitive Schemata”, *International Studies Quarterly*, núm. 3, vol. 41, USA, The International Studies Association, septiembre, 1997, p. 404.

¹⁷ Douglas C. Foyle, *op. cit.* p. 144.

internacional eran “las que una nación tenía de sí misma y de los otros actores del sistema que constituyen su entorno internacional.”¹⁸

Bajo esta premisa, se consideró que las imágenes nacionales jugaban un papel importante en los dirigentes de un país “como resultado de un proceso de percepción selectiva, afectada por la visión histórica que se tiene de países y sucesos, por el sistema educativo dominante, por la proyección que realizan los medios de comunicación y desde luego el enfoque ideológico que predomina.”¹⁹

Dentro de la perspectiva de las percepciones, los trabajos empíricos y teóricos han destacado tres tipos de percepciones que son particularmente importantes para explicar el comportamiento internacional de los Estados: la percepción relativa de poder, las percepciones acerca de las intenciones de los otros Estados, y las percepciones del grado de distanciamiento cultural entre Estados.²⁰

Dentro de esta relación entre el sistema de creencias, percepciones y toma de decisiones, ha habido un creciente interés en las imágenes nacionales estereotipadas como un factor significativo en la dinámica del sistema internacional. La distinción entre naciones “buenas” y “malas”, afirman los especialistas, ha conducido a errores prácticos de juicios y decisiones, suscitando dos fenómenos de percepciones equivocadas:

El primer fenómeno concierne al efecto egocéntrico, esto es, una percepción centrada en uno mismo, basada en el principio de que el mundo sólo puede ser entendido cuando se relaciona con la mente del propio individuo. El segundo fenómeno, localizado en el nivel colectivo, concierne al efecto etnocéntrico. A través de ésta percepción equivocada, uno adopta una aptitud emocional basada en la idea de que nuestro propio grupo étnico, nación o cultura, es superior a otros, razón por la cual es legítimo

¹⁸ Richard K. Herrmann, *et al.*, *op. cit.*, p. 407.

¹⁹ Priscila Sosa, “El contexto de las nuevas percepciones norteamericanas sobre México”, *Cuadernos Semestrales*, núm. 20, México, CIDE, 1986, p. 15.

²⁰ Richard K. Herrmann y Jonathan W. Keller, “Beliefs, Values, and Strategic Choice: U.S. Leader’s Decisions to Engage, Contain and Use Force in an Era of Globalization”, *Journal of Politics*, núm. 2, vol. 66, USA, Southern Political Science Association, mayo, 2004, p. 560.

actuar conforme a nuestros respectivos intereses.”²¹

Es así que la influencia de las imágenes nacionales en el sistema internacional es considerada como una asociación evidente con importantes repercusiones en la realidad internacional:

Los funcionarios con poder de decisión actúan sobre su definición de la situación y sobre sus imágenes de otros Estados así como del suyo propio. Estas imágenes, a su vez, dependen de su sistema de creencias, y estas pueden o no pueden ser representaciones exactas ‘de la realidad’. De este modo, se ha sugerido que el conflicto internacional con frecuencia no es entre Estados, sino más bien entre las imágenes deformadas de los Estados.²²

Las decisiones que toma un actor tienen lugar en “la realidad internacional”, pero éstas son tomadas en el ámbito de “la realidad internacional percibida”. Cada una de sus decisiones en política exterior opera dentro de un contexto de predisposiciones psicológicas que comprenden factores sociales, como las ideologías y las tradiciones, las cuales derivan de la acumulación del legado histórico de su nación; y factores personales, esto es, las actitudes idiosincráticas. Ambas, constituyen la estructura de creencias de los tomadores de decisiones, el lente a través del cual la información externa pasa y es asimilada. Mientras más rígido o cerrado sea la estructura de un sistema de creencias, es más probable que se produzcan imágenes distorsionadas y erróneas. Las situaciones de tensión y crisis, agravan aún más la brecha entre percepciones y la realidad.²³

Es así que la noción básica que había concebido a las percepciones como arbitrarias y completamente idiosincráticas ha sido sobrepasada. Al afectar las opciones y acciones políticas en política exterior, se ha concluido que “en el mundo de las relaciones internacionales, los eventos están formadas por las

²¹ Mathieu Guidere y Newton Howard, “The Clash of Perceptions”, *Center for Advanced Studies*, marzo, 2006, p. 4.

²² Ole R. Holsti, “The Belief System and National Images: A Case of Study”, *The Journal of Conflict Resolution*, núm. 3, vol. 6, USA, Sage Publications, Inc., septiembre, 1962, p. 244.

²³ Abraham Ben-Zvi, “American Preconceptions and Policies toward Japan, 1940-1941: A Case Study in Misperception”, *International Studies Quarterly*, núm. 2, vol. 19, USA, The International Studies Association, junio, 1975, pp. 229-230.

percepciones”,²⁴ principio que se ha convertido en “la idea primaria detrás del fondo operacional y de otros esfuerzos que tratan de estudiar las bases cognoscitivas de la toma de decisiones”.²⁵

Aunque los modelos de toma de decisiones siguen haciendo hincapié en el procesamiento de información racional y la optimización de las opciones, se debe tener en cuenta “que su base empírica tiene su origen en las percepciones que tienen los sujetos, es decir, en las construcciones de la realidad de los tomadores de decisiones en política exterior.”²⁶

Se puede calificar de intrascendente la influencia de las percepciones en las relaciones internacionales e, incluso, como en la teoría racional ortodoxa, no tenerlas en cuenta por no cuantificables, pero su existencia es un hecho claro y objetivo. Finalmente, no sobra decir que han demostrado ser útiles no sólo para entender e interpretar un fenómeno o hecho histórico, sino también y de manera especial, para definir el comportamiento posterior de los individuos y de los Estados en el escenario internacional.

1.5 La opinión pública y la política exterior

En cualquier sociedad democrática, la legitimidad requiere del apoyo popular, lo que sugiere que es deseable un significativo grado de armonía entre la opinión pública y la política gubernamental. En una democracia, los políticos y los funcionarios del gobierno están sostenidos por elecciones regulares, lo que los enfrenta en forma constante a las restricciones impuestas por la opinión pública, la cual, no es sino el electorado que, al momento de emitir su voto, define la frontera de lo posible en los asuntos de política pública.

Ciertamente el grado de autonomía que disfrutaban los presidentes en la toma de

²⁴ Bruce Bueno de Mesquita, *op. cit.*, p. 291.

²⁵ Richard Herrmann, “The Power of Perceptions in Foreign-Policy Decisions Makings: Do Views of the Soviet Union Determine the Policy Choices of American Leaders”, *American Journal of Political Science*, núm. 4, vol. 30, USA, Midwest Political Science Association, noviembre, 1986, p. 841.

²⁶ Richard Herrmann, *et al.*, *op. cit.*, p. 404.

decisiones es el producto de muchos factores que van mucho más allá de la atención pública o del interés público. No obstante, un alto grado de interés público les permite a los jefes de Estado un mayor margen de acción en la conducción de la política interna y externa.

Una de las razones por la que los políticos consideran a la opinión pública al momento de tomar sus decisiones en materia de política exterior es la necesidad de los presidentes por mantener o incrementar su *capital político*. El componente clave en el capital político son los *ratings* de aprobación. Cuando los presidentes son capaces de mantener niveles altos de aprobación pueden influir más en su trato con el Congreso. Las políticas externas impopulares pueden erosionar rápidamente el capital político y debilitar los prospectos de la administración en su agenda tanto doméstica como externa.²⁷

Pese a que la población en general de cualquier país tiene únicamente vagas referencias en aspectos concretos de asuntos externos, su opinión es estimada en función del impacto electoral que pueden tener las decisiones gubernamentales en política exterior, pues “no son los puntos de vista habituales de la población los que son críticos para los cálculos políticos, sino el potencial de que la opinión pública responda negativamente en las siguientes elecciones.”²⁸

En este sentido, recientemente la literatura sobre política exterior ha visto un mayor interés acerca del papel que juega la opinión pública en la política exterior. Mientras que la opinión pública había sido tradicionalmente ignorada en el campo de las Relaciones Internacionales, siendo caracterizada más por su “temperamento” que por sus opiniones razonadas, la literatura académica actual considera que el público “está razonablemente bien informado y posee creencias estables y estructuradas en política exterior”.²⁹ En tanto, expresiones como “no es un buen momento” o la “opinión pública no esta preparada para esto”, se han

²⁷ Thomas Knecht, “Public Opinion and Foreign Policy: The Stages of Presidential Decision Making”, *International Studies Quarterly*, núm. 50, USA, Blackwell Publishing, 2006, p. 708.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ Pierangelo Isernia; Zoltán Juhász; Hans Rattinger, “Foreign Policy and the Rational Public in Comparative Perspective”, *The Journal of Conflict Resolution*, núm. 2, vol. 46, USA, Sage Publications Inc., abril, 2002, p. 201.

convertido en términos comunes dentro del lenguaje político.

La opinión pública, y especialmente en lo que respecta a la política exterior, había tenido una pobre reputación entre los teóricos y los observadores de la política. En Estados Unidos, James Madison, Alexander Hamilton y otros fundadores del sistema político estadounidense, se refirieron a la opinión pública en términos de pasiones infundadas, con movimientos violentos y fluctuantes. En una palabra, habían temido a la tiranía potencial de la mayoría.³⁰

Hasta mediados del siglo XX, el criterio convencional había sido el que la opinión pública no tenía mucha importancia para los hacedores políticos. Para la escuela de pensamiento elite-céntrico, por ejemplo, la población en general estaba mal informada y era ambivalente sobre los temas de política externa, además de que su opinión estaba sujeta a las fluctuaciones de su “estado de ánimo”.

Por su parte, los realistas veían estas características como justificación para que las autoridades basaran la política externa únicamente en una concepción del “interés nacional”, más que en tratar de adivinar las preferencias de la población. De acuerdo con Hans Morgenthau, “los requerimientos racionales de una buena política externa no pueden venir en principio del cálculo del apoyo de la opinión pública cuyas preferencias son más emocionales que racionales”. Igualmente, George Kennan arguyó que la opinión pública “puede fácilmente extraviarse dentro de áreas del sentimentalismo y la subjetividad, las cuales hacen una guía pobre e inadecuada para la acción nacional”.³¹

Subsecuentes observadores estuvieron de acuerdo con estos criterios, como Walter Lippmann, quien fue un fuerte y persistentemente crítico de quienes ponían demasiada atención en la opinión pública. Afirmó, “que la realidad objetiva difería mucho de ‘estereotipos’ o ‘imágenes en nuestras cabezas’, y era profundamente escéptico sobre la sabiduría del público”.³²

³⁰ Robert Y. Shapiro y Benjamin I. Page, “Foreign Policy and the Rational Public”, *The Journal of Conflict Resolution*, núm. 2, vol. 32, USA, Sage Publications Inc., junio, 1988, pp. 211-212.

³¹ Thomas Knecht, *op. cit.*, p. 707.

³² Robert Y. Shapiro y Benjamin I. Page, *op. cit.*, p. 212.

La imposibilidad de medir con exactitud el factor emocional y la inexistencia de conexiones directas entre las imágenes y las interpretaciones que conllevan las decisiones estatales, fueron uno de los motivos que habían llevado a desdeñar el papel de las percepciones y su influencia en la política exterior. Además, en los primeros estudios sistemáticos acerca del papel de la opinión pública en los asuntos de política exterior realizados en la primera mitad del siglo XX, se había encontrado un alto grado de indiferencia sobre los temas internacionales, acentuándose la estabilidad más que la volatilidad como la característica principal de opinión pública. Se arguyó, que una crisis en política exterior podía transformar la indiferencia pública en una vaga aprensión temporal, o incluso en ira, pero la reacción seguía siendo superficial.

Sin embargo, en las últimas décadas los académicos han empezado a cambiar este criterio, arguyendo que la opinión pública responde racionalmente a los eventos y políticas internacionales. En contraste con mucho del trabajo pionero sobre la opinión y política externa, “los estudios recientes demuestran una fuerte correlación entre la opinión pública y las opciones de política externa, y en algunas ocasiones una mayor conexión que con los temas de política doméstica. Aún más importante, la literatura revisionista arguye que la opinión pública puede potencialmente influir en las decisiones de política externa o aún más, determinar las decisiones”.³³

Un estudio novedoso que se ha vuelto un referente importante ha sido el de Benjamin I. Page y Robert Y. Shapiro, quienes concluyeron “que en los temas que son centrales en el interés público y para los cuales sus opiniones están claramente definidas, la congruencia entre el sentimiento popular y la política exterior es casi tan fuerte como entre la opinión pública y la política doméstica”.³⁴ Además, utilizando análisis cuantitativos, “los investigadores han encontrado un alto grado de consistencia entre la opinión pública y la política exterior y un alto grado de congruencia entre los cambios de opinión y las modificaciones en

³³ *Ibíd.*

³⁴ Moroslav Nincic, “A Sensible Public: New Perspectives on Popular Opinion and Foreign Policy”, *The Journal of Conflict Resolution*, núm. 4, vol. 36, USA, Sage Publications Inc., diciembre de 1992, p. 774.

política exterior”.³⁵

A pesar de que la atención pública en temas de relaciones exteriores es esporádica, la literatura en política exterior ha descrito un alto grado de atención pública en los momentos de crisis que involucran el uso de la fuerza militar, y un menor interés en los temas de no crisis como el comercio exterior o la ayuda al exterior. No obstante, en algunos estudios recientes se ha concluido que, en ocasiones, también existe una elevada atención pública en los asuntos de no crisis.

Finalmente, las recientes investigaciones sobre votación y elecciones en Estados Unidos muestran que una porción sustancial de la opinión pública considera los temas de política exterior y sus logros al momento de su elección entre los candidatos. Es así que en la literatura reciente sobre política exterior se han modificado los criterios convencionales acerca de la influencia que tiene la opinión pública en la política exterior.

³⁵ Douglas C. Foyle, *op. cit.*, p. 142. La obra citada es de Benjamin Page y Robert Shapiro, *The Rational Public: Fifty Years of Trends in Americans' Policy Preferences*, USA, University of Chicago Press, 1992.

CAPÍTULO 2

La percepción estadounidense de sí mismos

*“[...] y nosotros los americanos somos especiales,
un pueblo elegido, el Israel de nuestra época;
llevamos el arca de las libertades al mundo [...]”
Dios ha predestinado, la humanidad espera,
grandes cosas de nuestra raza.”*
Herman Melville*

2.1 Sobre la necesidad de conocer la percepción estadounidense de sí mismos

Para poder entender la percepción que los estadounidenses tuvieron de los mexicanos durante la primera mitad del siglo XIX es imprescindible conocer la percepción que ellos tenían de sí mismos. Es decir, debemos examinar previamente la forma en cómo ellos veían y entendían el mundo y su papel en el. Como se verá en las páginas siguientes, en el mundo que ellos percibían los protagonistas de la historia eran ellos mismos, ya sea por cumplimiento de una muy elevada designación divina o como resultado de un proceso ineludible de evolución del género humano.

Los orígenes de esta peculiar cosmovisión se encuentran profundamente arraigados en el pasado. Su raíz es europeo y fundamentalmente inglés, y su desarrollo en el continente americano se remonta al arribo de los primeros colonos ingleses y en el establecimiento de las trece colonias fundadoras de los Estados Unidos. A partir de entonces y hasta principios del siglo XIX, ésta percepción se fue modelando y adecuando con la propia experiencia histórica norteamericana.

Lo sorprendente de esta singular cosmovisión radica no sólo en su persistencia y continuidad en la historia de Estados Unidos, sino también por su elasticidad, pues lo mismo abriga dogmas religiosos como principios científicos e

* Novelista estadounidense (1819-1891). Párrafo extraído en Ernest Tuveson, *Redeemer Nation: the Idea of America's Millennial Role*, USA, The University of Chicago Press, 1968, pp. 156-157.

ilustrados. Además, llama poderosamente la atención su utilización con pueblos tan diversos como los indios, los españoles, los hispanoamericanos y, por su puesto, los mexicanos.

2.2 La tradición WASP y el carácter nacional estadounidense

Aun cuando los Estados Unidos son el resultado de la interacción de una diversidad de grupos de inmigrantes, cuyas características étnicas, raciales y culturales se expresan de manera peculiar, lo que lo hace un país extraordinariamente complejo, diverso y en algunos casos contradictorio, la influencia de la tradición WASP (blanco, anglosajón y protestante) ha marcado el curso de su historia a partir de un marco de valores y creencias que le imprimen un sello distintivo. Conceptos como la libertad y la democracia, y ciertas creencias como su fuerte convencimiento de ser un pueblo excepcional, dotado con una misión nacional de alcance mundial, han conformado su auténtico modo de ser, lo que los separa de los demás pueblos y naciones.

Los Estados Unidos son una sociedad fundada y creada por los colonos del siglo XVII, que eran, por su composición étnica y racial, casi exclusivamente blancos, británicos y protestantes. A pesar de la inmigración de un gran número de europeos en el siglo XVIII, los angloamericanos que se establecieron en aquellas colonias no se concibieron como una pluralidad. Para ellos, “las comunidades atlánticas eran básicamente inglesas. A través de la asimilación de otros blancos en los términos establecidos por ellos mismos, los angloamericanos estuvieron determinados a mantener el carácter inglés de las colonias y su propia posición privilegiada dentro de ella”.³⁴ El idioma y las costumbres dominantes eran ingleses; no incluían, desde luego, ni a los indios ni a los negros en cualquier evaluación de sí mismos.³⁵

³⁴ Alexander DeConde, *Ethnicity, race, and American Foreign Policy*, USA, Northeastern University Press, 1992, p. 11.

³⁵ Por indios me refiero concretamente a los pueblos nativos que habitaban en Norteamérica antes del arribo de los europeos al continente Americano.

Desde entonces y hasta el momento actual, la cultura central de Estados Unidos sigue siendo principalmente la cultura de aquéllos colonos ingleses que fundaron la sociedad estadounidense. Sus orígenes como sociedad de colonos angloprotestantes “ha marcado profunda y duraderamente (más que ningún otro factor) la cultura, las instituciones, el desarrollo histórico y la identidad de Estados Unidos.”³⁶ Los elementos centrales de dicha cultura incluyen la religión cristiana, los valores y moralismo protestantes, una ética del trabajo, la lengua inglesa y las tradiciones británicas en materia de ley, justicia y limitación del poder gubernamental.

2.3 Los estadounidenses frente al espejo

Desde sus orígenes históricos a principios del siglo XVII, los estadounidenses se han percibido a sí mismos como el nuevo pueblo elegido de Dios, destinados a crear “una ciudad en la colina”, en América, “la tierra prometida”. Asimismo, se ven como los guardianes de la libertad, con la misión providencial de preservar, perfeccionar y fortalecer la democracia para beneficio de toda la humanidad. Y más aún, en algunos momentos de gran exaltación nacional, se han concebido como los descendientes mejor dotados de una raza especial de hombres. En suma, creen que su país es superior a todos los demás países del mundo gracias a su cercanía a Dios, por su superioridad moral y racial, y por ser la expresión más acabada de la civilización occidental.

Esta percepción de superioridad siempre ha estado presente en la vida y discursos públicos de aquel país y es parte de la esencia misma del pueblo estadounidense. Sus raíces se encuentran en la Reforma protestante y su filiación en la teología calvinista con sus doctrinas de predestinación y vocación y sus postulados de éxito y regeneración; en el conflicto hispano-inglés del siglo XVI y su derivación en la Leyenda Negra; en el mito secular de una naturaleza libre de las instituciones políticas anglosajonas con su posterior transformación con las ideas de la Ilustración; en el mito del desplazamiento de

³⁶ Samuel Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, México, Paidós, 2004, p. 63.

la raza teutónica hacia el oeste; en la propia experiencia histórica de Estados Unidos en su contacto directo con los indios, negros y mexicanos; en la adopción de las teorías raciales europeas y en la confección de las propias; así como en su triunfante guerra de independencia y su éxito económico alcanzado.

El conjunto de todos estos elementos se conglomeran en las “dos grandes escatologías de la historia, la milenarista de la antigua Biblia y la liberal de la ilustración europea, anglosajona en buena dosis”, que juntas integran “los grandes puentes del discurso político nacional norteamericano.”³⁷ Estos elementos configuran su aprehensión de superioridad nacional con la idea de ser un pueblo elegido por Dios, dotados con la misión de salvar y transformar al resto del mundo, y la idea de que ellos y sus instituciones son un ejemplo y modelo a seguir para el resto de la humanidad. Esta idea de ser únicos, con un destino especial entre todas las demás naciones, “los ha conducido a una obsesión por sí mismos... una ingenuidad ahistórica que iguala el Yo con el Mundo”.³⁸ La autocomplacencia se ha convertido en su norma de conducta, observando en sí mismos solamente virtudes y ningún defecto.

El resultado de estas creencias ha sido una desmesurada arrogancia, misma que los ha llevado a una actitud de absoluta condescendencia hacia los demás países y pueblos del mundo, pues el “pueblo elegido” está destinado a ser el custodio del futuro de la humanidad, carga sobre sus hombros el peso progresivo de la civilización, *the white man's burden*, y juzga a todos los demás no sólo porque cree que es el mejor elemento humano para la realización de su propio ideal, sino también porque sólo a su propia nación le atribuye un destino y misión especial.

³⁷ José Luis Orozco, *De teólogos, pragmáticos y geopolíticos. Aproximación al globalismo norteamericano*, Barcelona, España, Gedisa, 2001, p. 28.

³⁸ Ziauddin Sarder, *¿Por qué la gente odia Estados Unidos?*, Barcelona, España, Gedisa, 2003, p. 274.

2.4 El pueblo elegido de Dios

Desde la llegada del Mayflower y la fundación de la colonia de Plymouth en 1620, la expresión “La Nueva Israel de Dios” ha sido frecuente en la historia de Estados Unidos. El mito del pueblo elegido es una creencia vetusta que ha estado presente en el imaginario colectivo de muchos pueblos del mundo, pues se trata de

Una de las metáforas más potentes de la historia de la humanidad. La historia que cuenta forma la base del judaísmo, del cristianismo y del Islam [...] que juntos forman el grupo religioso más grande de la humanidad. Es la base de la cosmología social de estos pueblos; sus supuestos se han interiorizado e incorporado en ideologías y estructuras profundas, sin ser cuestionados.³⁹

A lo largo de la historia, las naciones e imperios se han imaginado a sí mismos como pueblos elegidos dotados con una misión especial. Roma, China y Gran Bretaña, por ejemplo, fueron seducidos por sueños de grandeza y destino providencial. Sin embargo, el caso de Estados Unidos es ciertamente excepcional, pues “no es insólito que un pueblo se considere elegido, pero sí es mucho más raro que un pueblo reciba –al parecer– abundantes pruebas empíricas de esta elección del Señor”.⁴⁰ La elección de Dios se reveló, primero, en la fundación y supervivencia de aquellas minúsculas colonias, seguida de su triunfante revolución de independencia contra el poder imperial de la Gran Bretaña, y confirmada en las décadas siguientes por una sorprendente prosperidad económica.

La colonización misma fue investida de un halo religioso. Los colonos ingleses definieron su propósito en el Nuevo Mundo utilizando términos bíblicos. Ellos eran un “pueblo elegido”, con la misión de erigir en América la “Nueva Israel” o la “Nueva Jerusalén”, lo que les confirió un fuerte sentimiento de

³⁹ Johan Galtung, *Fundamentalismo USA. Fundamentos teológico-políticos de la política exterior estadounidense*, Barcelona, España, Icaria, 1999, pp. 22-23.

⁴⁰ Reginald Horsman, *La raza y el Destino Manifiesto: orígenes del anglosajismo racial norteamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 13.

superioridad y de ejemplaridad frente el resto del mundo. De acuerdo con los primeros colonos ingleses, ellos eran “como una ciudad ubicada en una colina, a la vista entera de toda la tierra, con la mirada del mundo sobre nosotros, porque nos profesamos como un pueblo en alianza con Dios”.⁴¹ Con su arribo a América, la “tierra prometida”, el Señor se proponía crear un nuevo cielo y una nueva tierra, el hogar de la justicia, el país de Dios.

En consonancia con la idea de su elección se encontraba la idea de misión. Los colonos ingleses creían tener una simple y urgente obligación en el Nuevo Mundo: implementar el reino del cielo en la tierra. Desde entonces, la creencia de ser un pueblo elegido “ha justificado el concepto misional de su quehacer histórico, tan singular en la historia de Estados Unidos”,⁴² y aunque la misión ha llegado a tener diferentes interpretaciones, “en las mentes de algunos de sus apóstoles ha reflejado el deseo de educar, liberar o mejorar el mundo”.⁴³

De acuerdo con Ernest Tuveson, en los lemas milenaristas que consideraban a Estados Unidos como “la nación redentora”, la idea misional fue dividida en al menos dos formas diametralmente opuestas. Una sostiene que Estados Unidos es un nuevo Edén. Su ejemplo puede y debe inspirar a otros a continuar sus propias revoluciones en contra de las antiguas tiranías e injusticias, pero el deber primordial de los estadounidenses es desarrollar y proteger su propia tierra como un refugio. En contraste está el nuevo Israel, donde el pueblo elegido debe estar en guardia y debe tomar acción para destruir sin misericordia la corrupción del Enemigo que trata de introducirse.⁴⁴

A finales del siglo XVIII, los *padres fundadores* transformaron este milenarismo bíblico protestante en el lenguaje del excepcionalismo estadounidense. Inicialmente el pueblo elegido había sido identificado con los *santos visibles* de las iglesias congregacionales de Nueva Inglaterra. Mas tarde, éstos se

⁴¹ Peter Bulkeley, “La ciudad sobre la montaña (1651)”, en Angela Moyano Pahissa, *EUA. Documentos de su historia socioeconómica I*, México, Instituto José María Luis Mora, 1988, p. 253.

⁴² José Fuentes Mares, *Génesis del expansionismo norteamericano*, México, El Colegio de México, 1984, p. 33.

⁴³ Edward McNall, *The American Idea of Mission*, USA, Rutgers University Press, 1957, p. 32.

⁴⁴ Ernest Tuveson, *Redeemer Nation: the Idea of America's Millennial Role*, USA, The University of Chicago Press, 1968, p. 132-133.

transformaron en los ciudadanos norteamericanos, y las esperanzas de Nueva Inglaterra se transfirieron a los nuevos Estados Unidos. La tiranía inglesa y un viejo mundo católico serían los adversarios con los que tendrían que pelear los nuevos herederos de estas creencias.

Para poder alcanzar estos objetivos y vencer los obstáculos que podrían interponerse en su camino, los estadounidenses asumieron una mentalidad explícitamente religiosa. Así, por ejemplo, en 1777 Abraham Keteltas, capellán en el Ejército Revolucionario, declaró que lo que estaba en juego con la guerra de independencia:

Era la causa de confianza contra el error y la falsedad, la causa de la justicia contra la inequidad, la causa de los oprimidos contra el opresor, la causa de la religión pura contra el fanatismo y la superstición [...], en pocas palabras, es la causa del cielo contra el infierno, del Padre del universo contra el príncipe de las tinieblas y destructor de la raza humana.⁴⁵

En general, el discurso revolucionario norteamericano fue impregnado con este tipo de ideas de fuerte contenido religioso, convirtiéndose de hecho en un discurso oficial.

2.5 Los paladines de la libertad

La libertad y la democracia han sido términos frecuentes en la vida pública del pueblo norteamericano. Desde el triunfo de su independencia, Estados Unidos se ha presentado a sí mismo como una gran nación misionera que tiene la responsabilidad de divulgar los conceptos de libertad, igualdad y justicia por todo el mundo. Los *padres fundadores*, quienes se erigieron como los paladines de las libertades y los derechos del hombre, “creyeron con añorante fe de puritanos que Estados Unidos cumplía la misión providencial de preservar

⁴⁵ John B. Judis, “The Author of Liberty: Religion and U.S. Foreign Policy”, [en línea], *Dissent*, USA, Michael Walzer, otoño 2005, Dirección URL: <http://dissentmagazine.org/article/?article=182>, [consulta: 4 de marzo de 2008].

y perfeccionar la democracia y de aplicar la doctrina de los derechos naturales a las tareas concretas de gobierno”.⁴⁶

La Providencia misma, afirmó orgullosamente Benjamín Franklin, había asignado a Estados Unidos un puesto de honor en la lucha por la dignidad y la felicidad de toda la humanidad. Ese era el gran designio que la Providencia les había asignado; una misión histórica de gran relevancia. Al examinar cuidadosamente esta aserción, es posible dilucidar que se trata nada menos que de la primigenia creencia calvinista de elección y vocación, pero ahora secularizada y presentada con el ropaje de las ideas de la Ilustración: “la divina providencia ha escogido y conducido especialmente al pueblo norteamericano para desarrollar un tipo más elevado de libertad y civilización, que el que otro país haya jamás alcanzado”.⁴⁷

Después de su triunfante guerra de independencia, John Adams le escribió premonitoriamente a Thomas Jefferson que “nuestra acendrada, virtuosa y en extremo briosa y federativa república vivirá para siempre, regirá al mundo e introducirá la perfección del hombre”. Por su parte, John Fiske afirmó que el deber de Estados Unidos era el de “establecer en la mayor parte del mundo lo más alto de la civilización y el más perfecto orden político nunca antes visto por la humanidad”.⁴⁸

En suma, los estadounidenses, y más concretamente sus líderes políticos, han creído tener el mejor sistema político creado por la humanidad, evocándoles anhelos de grandeza y superioridad:

El nacimiento de nuestra nación significó el comienzo de una nueva historia. La formación y progreso de un sistema político que no había sido aplicado, el cual nos separa del pasado y nos conecta al futuro; hasta el momento y de acuerdo con lo observado en el desarrollo entero de los derechos naturales del hombre, en lo moral, en lo político

⁴⁶ Juan A. Ortega y Medina, “Fundamentos doctrinales del *Manifest Destiny*”, *Anglia. Anuario de Estudios Angloamericanos*, vol. 5, México, UNAM-FFyL, 1973, p. 35.

⁴⁷ James Bryce, “Política, carácter y opinión de los Estados Unidos. (1891)”, en Silvia Núñez García, *EUA, Documentos de su Historia Socioeconómica III*, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, t. 6, 1988, p. 191.

⁴⁸ Edward McNall, *op. cit.*, p. 207.

y en la vida nacional. Nosotros confiadamente podríamos asumir que nuestro país está destinado a ser la gran nación del futuro.⁴⁹

2.6 La política exterior de Estados Unidos

Ambas creencias, la ser un pueblo elegido por Dios y la de ser los paladines de la libertad y la democracia, han influido profundamente en la política exterior de Estados Unidos. Con frecuencia, los estadounidenses han creído tener el deber mesiánico de llevar la versión de su democracia y de su organización social al resto del mundo. Ha sido igualmente frecuente, que insistan en que esa promoción de sus ideas y valores es para beneficio no sólo de Estados Unidos, sino también para beneficio de toda la humanidad.

A lo largo de su historia, los estadounidenses, y más específicamente los anglosajones protestantes, han invocado la Biblia cristiana para explicar el papel de su país en el mundo. Presidentes como John Adams, Andrew Jackson, Franklin Roosevelt y, más recientemente, George W. Bush, por ejemplo, han atribuido el papel de su país a la Providencia, explicando y justificando una política exterior dedicada, afirman ellos, a expandir la libertad y la democracia por todo el mundo.

Los orígenes de esta peculiar relación se encuentran profundamente arraigados en el protestantismo que fue traído a América desde Inglaterra en el siglo XVII. El inglés puritano originalmente creyó que Inglaterra iba a ser la “Nueva Israel”. Cuando la corona inglesa pasó a Elizabeth I (1558-1603) y los clérigos protestantes exiliados regresaron a Inglaterra después de haber sido acosados, pregonaron que Dios era inglés, lo que significaba, por supuesto, que Dios era protestante y que los ingleses eran su pueblo elegido.⁵⁰

⁴⁹ John L. O’Sullivan, “The Great Nation of Futurity”, en Norman Graebner, *Manifest Destiny*, USA, The American Heritage Series, 1968, p. 16.

⁵⁰ Walter A. McDougall, “The colonial origins of American Identity”, *Orbis*, núm. 49, USA, invierno 2005, p. 13.

Tras la caída de Oliver Cromwell en la revolución de 1658, ésta creencia se trasladó a América. Nueva Inglaterra, escribió Cotton Mather, ministro de la Vieja iglesia del Norte de Boston, era “el lugar de la Tierra que el Dios de los Cielos escogió como el centro del futuro reino.” Jonathan Edwards, la principal figura del Gran Despertar de los años 1740, predijo que ‘el amanecer, o al menos el preludio, de que el trabajo glorioso de Dios... se iniciará en Estados Unidos’.⁵¹ Al convertirse con el tiempo en la base de su visión mundo, “estas ideas religiosas se infiltraron en el entendimiento de la política exterior de Estados Unidos”.⁵²

Evidentemente, estas creencias religiosas no explican plenamente la política exterior estadounidense. Sus decisiones y acciones de política externa son tomadas por una serie de consideraciones que no necesariamente encajan dentro de este marco religioso; la economía y la geopolítica son algunos otros elementos de gran importancia en la elaboración y ejecución de su política exterior. Sin embargo, sobre las principales cuestiones relacionadas con la guerra y la paz, la idea de ser una nación elegida, y la tentativa de transformar y salvar al mundo del mal, han desempeñado un papel importante al explicar y justificar sus acciones en el exterior.

La influencia que la religión ejerce en la política exterior de Estados Unidos ha procedido igualmente del modo en que los estadounidenses comprenden su papel y responsabilidades en el mundo. De acuerdo con John Judis, existen tres componentes claves en esta relación. El primero, es la idea que tienen los estadounidenses de ser “un pueblo elegido por Dios”. El segundo, es la creencia de que tienen la misión o *calling* de transformar el mundo. Finalmente, el tercer componente es la idea de que al llevar a cabo su misión, ellos están representando las fuerzas del bien contra el mal.⁵³

Las creencias religiosas y puntos de vista de los tomadores de decisiones en política exterior también ejercen un gran influjo en esta relación que es en sí

⁵¹ John B. Judis, *op. cit.*

⁵² Kirsten Verclas, “Religion and its Impact on Foreign Policy in the United States and Germany: Similarities and Differences”, *AICGS*, febrero 2008, p. 4.

⁵³ John B. Judis, *op. cit.*

misma una fuente de legitimidad para el comportamiento gubernamental tanto en casa como en el exterior.⁵⁴

En general, en más de doscientos años de historia, la religión ha sido en Estados Unidos una fuerza muy importante en la política, la identidad y la cultura de aquel país, pues:

Modela el carácter nacional, ayuda a formar las ideas que los estadounidenses tienen sobre el mundo, e influye en la forma en cómo los estadounidenses responden a los acontecimientos más allá de sus fronteras. La religión explica a los estadounidenses el sentido de sí mismos como un pueblo elegido y su creencia de que ellos tienen el deber de difundir sus valores por todo el mundo. Por supuesto, no todos los estadounidenses creen en este tipo de cosas. Pero es suficiente con aceptar que esas ideas ejercen una profunda influencia en el comportamiento de este país en casa y en el extranjero.⁵⁵

En conclusión, la intensidad religiosa de los primeros colonos y su afirmación de estar en “alianza con Dios” para la creación de “una ciudad en la colina”, ha constituido un marco de entendimiento que ha guiado el comportamiento de los estadounidenses dentro y fuera de su país, y ha estado presente en la vida y discursos públicos desde su fundación en el siglo XVII y hasta el día de hoy: “la teoría de la nación electa, la nación redentora, el imperio feliz de la perfecta sabiduría y perfecta virtud, casi llegó a ser la creencia oficial”.⁵⁶

En un país donde virtualmente todos sus habitantes afirman creer en Dios, la “religión en Estados Unidos no sólo está viva, sino también es más duradera que cualquier otra cosa en su historia”.⁵⁷ Estas creencias han sido “tan ampliamente aceptadas por los ciudadanos norteamericanos y, en particular

⁵⁴ Jonathan Fox, “Religion as an Overlooked Element of International Relations”, *International Studies Review*, núm. 3, vol. 3, USA, otoño 2001, p. 59.

⁵⁵ Walter Russell Mead, “God’s Country”, [en línea], *Foreign Affairs*, USA, septiembre-octubre de 2006, Dirección URL: <http://www.foreignaffairs.org/20060901faessay85504/walter-russell-mead/god-s-country.html>, [consulta: 20 marzo de 2008]-

⁵⁶ Arthur Schlesinger, “America: Experiment or Destiny?”, *American Historical Review*, núm. 3, vol. 82, USA, junio de 1977, p. 518.

⁵⁷ George Bishop, “American’s Belief in God”, *The Public Opinion Quarterly*, núm. 3, vol. 63, USA, otoño 1999, p. 421.

por sus líderes y las elites dedicadas a la política exterior, que es una parte tan interiorizada de su forma de ver el mundo que ni siquiera se dan cuenta de que su percepción del mundo está manipulada”.⁵⁸ Mientras que para el resto del mundo este tipo de discurso nos puede parecer descabellado, para los norteamericanos significa una auténtica forma de ver el mundo.

A continuación, se expone brevemente el origen y evolución de los elementos constitutivos de esta aprehensión de superioridad de Estados Unidos, y su influencia en las relaciones de la población blanca estadounidense con los indios y los negros, pues para tratar de entender la percepción y actitud estadounidense hacia los mexicanos durante la primera mitad del siglo XIX, es necesario examinar previamente las relaciones entre los estadounidenses y aquellos dos grupos.

2.7 Origen y evolución de los elementos constitutivos de la percepción de superioridad estadounidense

2.7.1 La Reforma protestante

La Reforma protestante del siglo XVI constituyó uno de los hechos formativos más importantes en la creación de Estados Unidos. Aquella revolución religiosa rompió con la unidad doctrinal del cristianismo occidental e inició las confesiones protestantes, gestando además nuevos tipos de conciencias occidentales que surgieron al tiempo de las nacionalidades, separando a los reformadores protestantes del pensamiento católico europeo.⁵⁹

⁵⁸ Johan Galtung, *op. cit.*, p. 31.

⁵⁹ Martín Lutero y Juan Calvino fueron los principales protagonistas de la Reforma religiosa del siglo XVI que derivó en la ruptura de la unidad de la Iglesia, dividiendo a los cristianos de occidente en católicos y protestantes. Estos últimos se fragmentaron a su vez en numerosas sectas, una de las cuales es el puritanismo. El puritanismo es la doctrina religiosa que se negó a aceptar el anglicanismo y que exigía la purificación de la iglesia. Sus principales fundamentos fueron establecidos en el Sínodo de Dort, en el año 1619. Dentro de sus principales resoluciones se encontraba la creencia en la predestinación y vocación (*calling*) divina. Los puritanos pensaban que el hombre desde su nacimiento estaba impregnado por la semilla de la maldad, de la corrupción y el pecado, por lo que estaba condenado a vivir en las tinieblas y a no recibir la salvación. Para los puritanos, la Biblia y sólo ella poseía la única verdad en tanto que era una viva y real suma de inspiración religiosa, política, social, moral, cultural y hasta económica. La afirmación central del puritanismo se basa en la autoridad suprema de Dios sobre los asuntos humanos, pues únicamente Dios decide quién se salvaba

Pero fue en Inglaterra donde estas corrientes se entrelazaron más fuertemente que en el resto de Europa, “para formar un tipo especial de hombre, a quien estaba reservado el dominio de Norteamérica. Se trata del hombre puritano, en sentido amplio, nombrado así no tanto por sus creencias religiosas como por su típica concepción del mundo. Dos fueron los elementos originarios de su constitución: el calvinismo y la inconfundible predisposición racionalista del alma inglesa”.⁶⁰ Con el arribo de los colonos ingleses a América, el alma puritana pasaría a constituir “la sustancia originaria del hombre estadounidense, razón última y causa primera de la historia de los Estados Unidos, presupuesto típico, único y propio, no dado en ninguna otra circunstancia o lugar.”⁶¹

Colmado de valores puritanos y antiguas virtudes anglosajonas, el hombre reformado puritano se caracterizaría principalmente por “su idea mesiánica de construir un mundo de simple Historia Natural, fundamentada en la valoración del individuo y encaminada a realizar la felicidad en la Tierra”.⁶² Mientras que Inglaterra había tenido una revolución puritana que no llegó a crear una sociedad puritana, en Estados Unidos se creó una sociedad puritana sin haber padecido una revolución puritana. En suma, la Reforma protestante “creó una nueva sociedad. Caso único entre todos los países, Estados Unidos es hijo de aquella Reforma. Sin ella no existiría el país que hemos conocido”.⁶³

2.7.2 La teología Calvinista

La teología de Juan Calvino ha sido determinante en la percepción de superioridad moral que tiene la sociedad estadounidense de sí misma, pues en ella se encuentran, con su concepto negativo del hombre, sus doctrinas de la

y quién está condenado. De este modo, la humanidad estaba dividida en dos tipos de hombres: los elegidos y los réprobos. El hombre puritano se consideraba, por supuesto, del lado de los elegidos o predestinados.

⁶⁰ Miguel Espinosa, *Las grandes etapas de la historia americana*, Madrid, España, Revista de Occidente, 1957, p. 33.

⁶¹ *Ibid.* p. 37.

⁶² *Ibid.*

⁶³ Samuel Huntington, *op. cit.*, p. 88.

predestinación y vocación, así como con sus postulados de éxito y regeneración, los fundamentos de las ideas de elección y destino especial, regeneración moral y superioridad nacional de Estados Unidos.⁶⁴

De acuerdo con la teología calvinista, en el hombre no existe un ápice de bondad, pues en toda la humanidad no hay sino pecado a causa de una naturaleza corrupta y sucia. Si algún hombre tenía una mínima porción de bondad, sólo a Dios, de donde procedía en absoluto, era atribuible. Ni siquiera las buenas obras humanas contribuyen a la salvación del hombre, pues ésta le pertenece exclusivamente a Dios, quien por razones divinas que a él solo competen, selecciona a unos y condena a otros.

De este modo, la teología de Juan Calvino había dividido a la humanidad entre hombres predestinados y réprobos: "llamamos predestinación al eterno decreto con que su Majestad ha determinado lo que quiere hacer de cada uno de los hombres: porque él no los creía a todos en una misma condición y estado; mas ordena los unos a vida eterna; los otros a perpetua condenación".⁶⁵ La predestinación calvinista constituía un decreto divino que inhabilitaba al hombre para ser elegido o rechazado por cuenta propia: "Calvino creía que la salvación estaba predestinada y no podía ser obtenida ni por las buenas obras ni por indulgencia e insistió en que aquellos que estaban predestinados -los electos- tenían la obligación y capacidad de eliminar la maldad".⁶⁶

Junto a la doctrina de la predestinación se encuentra la doctrina de la vocación o *calling*, según la cual, el hombre predestinado tenía la misión providencial de salvar y regenerar al resto del mundo mediante el ejercicio de su trabajo:

La vocación es un cierto género de vida ordenado e impuesto por Dios a cada hombre y que va encaminado al bien común. Lo que un hombre realiza en el mundo, por palabra o hecho, lo lleva a cabo en virtud de su

⁶⁴ Juan Calvino (1509-1564) *La Institución de la religión cristiana*, escrita en 1536, constituye no sólo la obra central de Calvino, sino también el tratado más importante de toda la literatura protestante.

⁶⁵ Juan A. Ortega y Medina, *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1972, p. 81.

⁶⁶ Richard Mansbach, "Calvinism as a Precedent for Islamic Radicalism", *The Brown Journal of World Affairs*, vol. XII, USA, primavera-verano de 2006, p. 110.

vocación diligente. Una vocación personal presupone la ahincada actividad en algún oficio o profesión, no importa si humilde o soberbia, si simple o complicada [...] sobre el cual derrama Dios sus temporales bendiciones: sus marcas o señales visibles de elección; de éxito intramundano.⁶⁷

De acuerdo con Calvino, Dios había entregado el mundo al hombre reformado para que éste, a través de su actividad humana transformadora y con el perfeccionamiento de sus dones y cualidades espirituales, ejecutara:

Un alto y fundamental destino lo mismo en la aquendidad que en la allendidad: posición social determinante por lo que toca a este mundo y posición social trascendental santificante por lo que se refiere al otro. Este doble llamado valorativo y finalista [...] impele al hombre cristiano protestante hacia Dios a través del mundo; es decir a la salvación predestinatoria por la vía del ejercicio intramundano.⁶⁸

La doctrina de la vocación fue prevaeciente entre los puritanos, pues “creían que era necesario estudiar la palabra de Dios y examinar las habilidades con las que Dios te había dotado para determinar tu llamamiento. El llamamiento siempre estaba conectado con el trabajo. No se permitía el ocio”.⁶⁹ Para el hombre reformado-puritano, la acción de reconquista del paraíso terrenal, tras el pecado original de Adán y Eva, no sería a través de una aptitud contemplativa, sino con una actuación intensa y práctica en y sobre el mundo.

Además, la doctrina vocacional estimaba el progreso del hombre como signo patente de su elección, es decir, la satisfacción y recompensa de Dios, por la actividad regeneradora y salvadora del hombre reformado, se revelaría en el nivel más alto por el individuo, por la comunidad o por el Estado. De este modo, los signos de la nación elegida serían la salud, la prosperidad y la felicidad, todo ello con la aprobación y bendición de Dios. Por el contrario, el retroceso, el

⁶⁷ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 83.

⁶⁸ *Ibid.* p. 99.

⁶⁹ Sally Frahm, “The Cross and the Compass: Manifest Destiny, Religious Aspects of the Mexican-American War”, *Journal of Popular Culture*, núm. 2, vol. 32, USA, otoño de 2001, p. 88.

fracaso y la imperfección, fueron considerados por los puritanos como estigmas que evidenciaban la condenación.

Sin embargo, dentro de la cristiandad reformada, los puritanos se consideraron como los únicos depositarios del decreto divino de elección el cual, junto con la doctrina vocacional, gestaron su complejo de superioridad, pues era la Providencia misma la que había determinado su santidad innata: “el hombre puritano elegido, el electo, verbigracia el que, en cuanto tal, tiene plena confianza de haber sido elegido, se siente destinado a ser amo del mundo. Con el poder del Señor y por el honor y gloria de Dios se juzga predestinado a dominar y pues transformar el mundo”.⁷⁰

La teología calvinista impregnó lentamente y de manera general el pensamiento político y social de Estados Unidos, dándole al pueblo estadounidense una ardientemente religiosidad y espíritu misionero. La doctrina religiosa de Juan Calvino era “una síntesis de racionalismo semita e instinto religioso, que propugnaba, entre otras cuestiones más teológicas, la justificación del individuo por el trabajo, la perfección de los escogidos y el propio sacerdocio de sí mismo, convirtiendo la comunidad política en una verdadera oligarquía de santos.”⁷¹

Ambas doctrinas fueron acogidas por la corriente puritana que colonizó la América inglesa, fijando con ellas las bases justificativas de su empresa colonial. Ahí, se fueron modelando con la propia experiencia práctica de las colonias, construyendo la tesis misional y de superioridad de lo que andando el tiempo serían los Estados Unidos.

2.7.3 La imagen del Nuevo Mundo en el Viejo Mundo

La primera imagen que Europa se había formado de América a fines del siglo XVI, era la de una “tierra deseable”, un paraíso terrenal donde la vida de los hombres se prolongaba hasta la inmortalidad, donde nadie trabajaba, con un

⁷⁰ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 87.

⁷¹ Miguel Espinosa, *op. cit.*, p. 33.

clima siempre cálido, alimento abundante y lleno de riquezas ilimitadas. Los mitos contruidos acerca de las riquezas de América, su clima y su tierra, “eventualmente reforzaron la temprana presunción de que América estaba predestinada a ser una Nueva Jerusalén, un sitio especialmente favorecido por Dios, quizás el verdadero lugar que él había escogido para iniciar el reinado milenarío de Cristo”.⁷²

La naturaleza americana se presentó plena de posibilidades ante los ojos de los descubridores y colonizadores anglosajones, resultando inevitable “que el descubrimiento de una magna, casi inhabitada y rica tierra, inspirará visiones de otra ‘edad de oro’, la cual podría surgir mientras Europa se hundía en una época senil.”⁷³

También se creyó que el momento de su descubrimiento formaba parte de algún plan divino que tenía por meta el establecimiento del nuevo reino de Dios en la tierra, pues “el hecho de que Dios hubiera ocultado a América por tanto tiempo, hasta la Reforma que purificó la iglesia, hasta la invención de la imprenta que difundió la Biblia cristiana, fue por que Él lo había estado preparando para alguna última manifestación de Su gracia. El Nuevo Mundo era ciertamente una parte, quizás el clímax, de la historia redentora; América era la profecía divina concluida”.⁷⁴

Incluso para los puritanos, el Nuevo Mundo emergió como el área geográfica ideal, en la cual podrían venerar a Dios a su manera sin temor a ser asediados por las demás corrientes cristianas: “perseguidos en su país a causa de sus creencias religiosas, condenados, como el viejo pueblo elegido de Dios, los puritanos se sintieron justificados al proclamar a América como la tierra prometida donde ‘la obra providencial’ de Dios estaba por manifestarse.”⁷⁵ Los obstáculos que habían afrontado crearon en ellos un

⁷² Michael Kammen, “The Problem of American Exceptionalism: A Reconsideration”, *American Quarterly*, núm. 1, vol. 45, USA, marzo, 1993, p. 8.

⁷³ Ernest Tuveson, *op. cit.*, p. 93.

⁷⁴ Arthur Schlesinger, *op. cit.*, p. 515.

⁷⁵ Dion Leon, “Natural Law and Manifest Destiny in the Era of the American Revolution”, *The Canadian Journal of Economics and Political Science*, núm. 2, vol. 23, USA, mayo, 1957, p. 229.

fuerte complejo de persecución, resistencia y martirio, lo que favoreció su propósito de fundar comunidades libres, fuera del alcance de la cristiandad católica que juzgaban completamente corrompida.

Sin embargo, muy pronto las riquezas de América despertaron una montañosa codicia que cambió la ilusión del Nuevo Mundo como mansión de la felicidad. En su contacto directo con los pueblos nativos, los europeos creyeron ver algo infernal y truculento en ellos, “aquellos animales que tenían apariencia de hombres”, “hijos del diablo”, y de los cuales podía esperarse cualquier género de perversidad: traiciones, brutalidad, codicia, pereza. El reverso de la imagen del Nuevo Mundo era la de una tierra gobernada por Satán, poblada por hombres y bestias salvajes.

No obstante, ni el retrato de una tierra en poder del Diablo y habitada por sus súbditos, los salvajes pieles rojas, ni tampoco la posibilidad de que la religión de aquellos pueblos pudiera presentar una rivalidad antes las verdades reveladas en la Biblia cristiana, inhibieron a los colonos ingleses a acometer su empresa de descubrimiento y colonización.

Más aún, sus simples tribulaciones les parecieron probar un rol de historia redentora:

Tal es la perversidad de los hombres malos, instrumentos del diablo en esta nuestra edad, que no soportan [...] que prospere nada que tienda a dar gloria a Dios y a expandir la fe cristiana [...] Confío en que Dios le ha hecho a usted instrumento suyo para acrecentar el número y mover a los hombres de poder a redimir al pueblo de Terranova y aquellas partes, de la cautividad del Faraón espiritual: el Diablo.⁷⁶

2.7.4 La colonización inglesa en América: el sentido de elección y misión de los colonos.

Los colonos sintieron que habían sido llamados desde su casa y hogar para

⁷⁶ Howard Munford Jones, *Este extraño nuevo mundo. Años formativos de la cultura norteamericana*, México, Editorial Hispanoamericana, 1966, p. 150.

soportar un inimaginable orden y rigor en una tierra peligrosa. Así, supusieron que alguien de gran relevancia “los había enviado a Nueva Inglaterra, como dijera Edward Johnson, para una grandioso trabajo providencial, ‘porque este es el lugar donde el Señor creará un nuevo Cielo y una nueva Tierra’. El Señor se propuso ‘hacer de sus soldados de Nueva Inglaterra lo más grandioso de esta época’”.⁷⁷

El descubrimiento del Nuevo Mundo, y la empresa de colonización inglesa en América, fueron investidos por un poderoso sentimiento de elección y destino providencial: “con su abundante tierra, vastos recursos, y clima apropiado, América aparecía como la tierra prometida... lista para ser ocupada por el pueblo elegido de Dios”.⁷⁸

El lenguaje con el que los puritanos describían el Nuevo Mundo manifestó una clara insinuación de que la colonización de América podía estar destinada a ser el núcleo de la ejecución de un muy elevado plan providencial y como la eclosión de un pueblo milenario: “siempre consideré la colonización de América con reverencia y asombro, como la luz de la majestuosa escena y designio Providencial para la iluminación de la ignorancia y la emancipación de la esclavitud en todo el mundo”.⁷⁹

Seguros de que Dios los había hecho un instrumento suyo para redimir a los pueblos paganos de Terranova, así como a los demás pueblos del mundo, los peregrinos y puritanos ingleses se consideraron a sí mismos como un pueblo peculiar: “Peter Bulkeley afirmó sucintamente la primera idea a mediados del siglo XVII cuando dijo a los puritanos que el Señor espera más de ti que de los otros pueblos... tú serás un pueblo especial, un pueblo único, y no habrá como tú en toda la tierra”.⁸⁰

En 1630, John Winthrop, primer gobernador de la Bahía de Massachussets, proclamó en un sermón a bordó de embarcación *Arbella* que “debemos ser

⁷⁷ Arthur Schlesinger, *op. cit.*, p. 514.

⁷⁸ Edward McNall, *op. cit.*, p. 30.

⁷⁹ Ernest Tuveson, *op. cit.*, p. 25.

⁸⁰ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 119.

como una ciudad en la colina”, “los ojos de todo el mundo están sobre nosotros”. Winthrop y sus acompañantes “imaginaron una Nueva Cannán, donde ellos podrían erigir una luz para el mundo”.⁸¹ En poco tiempo, “el sentido de elección y de misión de los puritanos de Nueva Inglaterra, y su descripción de América como la tierra prometida, lentamente vino a impregnar a la nación entera”.⁸²

Los colonos de la Nueva Inglaterra consideraron que su colonia era, además, un ejemplo para el mundo, y creyeron tener la obligación de llevar la Palabra de Dios a otros pueblos: “de su fidelidad al ‘llamamiento’ o ‘vocación’, los angloamericanos concluyeron la certeza de su ejemplaridad; de ésta la de su superioridad, y de todo ello su misión al servicio del bien y en perjuicio de los malvados, seguros de que de no llevar sus dones a los descarriados, pervertidos por los falsos cultos y sacerdotes, transgredirían su responsabilidad moral”.⁸³ La vocación o *calling* evangelizador era un mandato divino por el cual Dios haría llegar su Palabra a los pueblos idólatras que habitaban las nuevas tierras a través de su nuevo pueblo elegido: los colonos ingleses reformados puritanos.

2.7.5 La salvación y regeneración de los indios

Los colonos ingleses conservaron el impulso calvinista de salvar y regenerar a la humanidad, justificando su empresa colonial en América principalmente en términos religiosos. Para los colonos ingleses, los pueblos indios de América eran los enemigos de Dios. El determinismo teológico calvinista que había dividido a la humanidad entre hombres elegidos y réprobos con su doctrina de la predestinación, cruzó el Atlántico y definió las relaciones entre los colonos ingleses y los pueblos indios de América: “existen dos partidos en el nuevo mundo, el partido de Dios y el del diablo. El partido de Dios es blanco, puritano

⁸¹ John W. Caughey, “Our Chosen Destiny”, *The Journal of American History*, núm. 2, vol. 52, USA, septiembre, 1995, p. 239.

⁸² Eric Kaufmann, “American Exceptionalism Reconsidered: Anglo-Saxon Ethnogenesis in the ‘Universal’ Nation, 1776-1850”, *Journal of American Studies*, núm. 33, UK, 1999. p. 6.

⁸³ José Fuentes Mares, *op. cit.*, p.32.

y encargado de redimir al mundo de los errantes. Mientras el partido de Satanás es de piel oscura”.⁸⁴

Los colonos no creían que los indios pertenecieran a una raza aparte: “Adán y Eva también eran sus padres, pero el pecado original le había dado a Satanás el dominio territorial que necesitaba para enfrentarse a Dios en los siglos por venir”.⁸⁵ Fue así que la empresa de colonización inglesa en América fue entendida inicialmente como el acto de comunicar a los indios la palabra divina contenida en la Biblia, a fin de lograr su conversión al verdadero credo de Dios y elevarlos así a la civilización cristiana.

Al considerar que ninguna estructura colonial hubiera sido legítima sin haber cumplido previamente con el requisito doctrinal, el proyecto de colonización inglesa fue presentado como el cumplimiento de un deber ineludible, como la realización de una justa y necesaria catarsis moral:

Aunque el derecho inglés de posesión se fundamentaba en el argumento de la proximidad mayor geográfica de las islas británicas respecto a las costas septentrionales americanas y, sobre todo, en los viajes y descubrimientos ultramarinos... se juzgaba más seguro apoyarse en lo teológico; es decir, en el indudable compromiso de predicar y difundir la religión cristiana (en su modalidad protestante anglicana) entre los paganos pieles rojas: mandato divino que no podía ser diferido, contravenido ni desechado.⁸⁶

De este modo, los principales beneficiarios de la empresa de colonización serían, a juicio de los propios colonos, los pueblos nativos, “a quienes harían transitar de la falsedad a la verdad, de la oscuridad a la luz, del anchuroso camino de la muerte al sendero de la vida, de la idolatría supersticiosa al cristianismo sincero, del diablo a Cristo, del infierno al Cielo”.⁸⁷

⁸⁴ María del Rosario Rodríguez Díaz, *El Destino Manifiesto en el discurso político norteamericano, 1776-1849*, México, Alborada Latinoamericana, 1997, p. 23.

⁸⁵ Charles M. Segal, *Puritans, Indians, and Manifest Destiny*, USA, G.P. Putnam's Sons, 1997, p. 33.

⁸⁶ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 14.

⁸⁷ Paul Johnson, *Estados Unidos. La historia*, España, Grupo Z, 2001, p. 46.

La bondad puritana por salvar a los indios de su inevitable perdición reflejaba un franco deseo por ejecutar el precepto divino de salvación, tarea que sólo los verdaderos electos del Señor podrían realizar: “Si Satán, como dijera Cotton Mather poco después, había ‘traído’ a los indios a Norte América con la esperanza de burlar a Dios, entonces la sinceridad de los peregrinos y puritanos difícilmente podría negarse a confrontar al ‘pueblo perdido’ de Norte América con la voluntad de Dios en forma de su propio modelo social.”⁸⁸ El cumplimiento de la misión puritana de salvar y regenerar a los indios era inseparable del requerimiento de que ellos abandonaran sus propias costumbres y creencias.

2.7.6 El uso apropiado de la tierra

Para los puritanos, las nuevas tierras eran un don del cielo y era un mandato divino el trabajarla productivamente. A pesar que los indios habían cultivado sus tierras mucho mejor que los propios colonos ingleses e, incluso, cuando las colonias dependieron inicialmente de las cosechas de los indios, y más aún, cuando los indios habían sido fuertemente reprimidos por suspender la entrega de grano ante las continuas exigencias de maíz, los colonos les imputaron que sus tierras no estaban siendo cultivadas o eran mal cultivadas, razón por la cual creían tener el deber cristiano de enseñarles el modo conveniente de hacerlo.

Para el colono inglés, el indio era un ente ocioso porque no lo veía trabajar la tierra de sol a sol como lo hacía el campesino de la vieja Europa:

Perezosos, traicioneros y crueles son los adjetivos que más aparecen en las crónicas de ultramar para caracterizar a los indios. Este punto de vista teológico y práctico acarrearía consecuencias particularmente graves para los pieles rojas; éstos podían ser, sin que a nadie le remordiera la conciencia lo más mínimo [...] desposeídos de sus tierras, considerada la gran abundancia que tenían de ella y la poca cuenta que

⁸⁸ Charles M. Segal, *op. cit.*, p. 33.

hacían de la misma al no obtener los frutos si no los que por sí misma producía la naturaleza.⁸⁹

“Henchir la tierra y sojuzgarla” era la misión ordenada al hombre, y era asimismo su destino. Para cumplir este deber cristiano, era preciso que tanto los ingleses como los indios cultivaran el suelo apropiadamente. No hacerlo, era un claro indicio de condena, de incumplimiento de la vocación salvadora. Aún cuando las demás empresas de colonización en América, la española y la portuguesa, habían concebido sus empresas de colonización como sagradas, “únicamente los puritanos de Nueva Inglaterra concibieron el territorio mismo como algo sagrado”.⁹⁰

Ante la presencia de los indios, los colonos esgrimieron que el derecho legítimo de posesión de la tierra se fundamentaba en el cultivo apropiado de la misma. Los indios, según John Winthrop, habían recibido de Dios sólo el derecho natural de posesión, pero no el derecho civil, que implicaba el mejoramiento del suelo, la cría de ganado y la multiplicación de los frutos y cosechas. Los colonos puritanos, por supuesto, habían recibido de Dios ambos derechos. La doctrina del uso apropiado de la tierra les permitió justificar moralmente la apropiación de territorios ocupados por los indios pues, desde el punto de vista teológico, se trataba de un derecho de ocupación de la tierra por parte de los electos del señor.

Durante el siglo XVII, fueron frecuentes los argumentos relacionados al derecho que tenían los colonos ingleses de ocupar las tierras de los indios, arguyendo que la providencia misma había decretado que los cultivadores tenían que ser los colonos blancos cristianos reformados. La doctrina del uso apropiado de la tierra sería utilizada nuevamente en todas aquellas ocasiones en que los estadounidenses tuvieron interés en tierras ocupadas por otros pueblos, incluyendo a los mexicanos. Para los colonos, y en general para la Corona inglesa, “la política básica de la colonización fue proclamar como

⁸⁹ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.* p. 75.

⁹⁰ Anders Stephanson, *Manifest Destiny. American Expansion and the Empire of Right*, USA, Hill and Wang, 1995. p. 6.

‘vacante’ las tierras de los indios, pues sus ocupantes no la estaban utilizando en la forma apropiada”.⁹¹

Por otra parte, la conversión del indio pagano, la civilización del salvaje, podía llevarse inicialmente a través métodos pacíficos, pero si esta política fallaba, era razonable hacer uso de la violencia. El nuevo hombre reformado-puritano se autoexigía y demandaba de los demás una actividad mundana incesante y productiva.

Aunque el *calling* evangelizador implicaba la conversión de los indios al cristianismo y su posterior transformación en entes capaces de convivir en sociedad; en suma, hacer de ellos hombres civilizados, los colonos convenían en que si los indios a cambio de todos sus bienes materiales sólo recibían el de su conversión cristiana, podrían darse por bien recompensados, pues a cambio de las “perlas de la Tierra” los indios recibirían las “perlas del cielo”. Más aún, aunque los colonos convenían en que los indios serían a su debido tiempo apelados por Dios, estimaban que Él se reservaba o alargaba el tiempo de hacerlo: “Dios no ha querido que una gracia tan abundante como lo es la luz de Su palabra y conocimiento sea revelada a aquellos infieles antes del tiempo acordado para ello.”⁹²

En poco tiempo, los colonos se dieron cuenta de que la población nativa moría a una velocidad alarmante. El arribo de nuevas enfermedades, introducidas por los propios colonizadores y contra las que los indios no tenían una resistencia natural, devastó comunidades y pueblos enteros. La enfermedad y la muerte parecían estar abriendo el campo a los peregrinos, volviendo disponibles las tierras: “las epidemias de 1616-19 y 1633-34 drásticamente redujeron la fuerza y número de las cuatro principales naciones indias. Para los peregrinos y puritanos, estas epidemias parecieron ser la mano de Dios haciendo espacio para Sus seguidores en el Nuevo

⁹¹ Jaime E. Rodríguez O. y Kathryn Vincent, *Common Border, Uncommon Paths. Race, Culture, and National Identity in U.S.-Mexican Relations*, USA, SR Books, 1997, p. 8.

⁹² Juan Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 16.

Mundo”.⁹³

Por la misma pero contraria razón, el rápido crecimiento de la población blanca fue considerado como una evidente manifestación de elección divina:

Dios nos ha bendecido con salud y fuerza... muchos que aquí se sentían débiles y enfermizos, allá están más fuertes y vigorosos. Mientras otras plantaciones diversas han sido las tumbas de sus habitantes y sus cifras han disminuido, Dios ha hecho prosperar tanto el clima para nosotros, que nuestros cuerpos están más aclimatados, y nuestros hijos nacen más fuertes, por lo cual nuestras cifras se han incrementado en extremo.⁹⁴

Una vez asentada la tesis misional evangelizadora como principal base justificativa de la empresa colonial inglesa en América, los colonos ingleses procedieron a la tarea abierta de socavar la obra espiritual española en las indias a fin de ampliar el “área de la religión reformada”.

2.7.7 La Leyenda Negra y su continuidad en América

Al momento del rompimiento protestante con la Iglesia católica, fueron sembradas las semillas de una intensa animadversión hacia España. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII, el juicio inglés respecto a España estuvo condicionado por el conflicto histórico entre el misoneísmo hispánico católico y la modernidad anglo-protestante. Esta antipatía hacia España fue heredada a los colonos ingleses en América, y a lo largo del siglo XVI se fue consolidando en una visión hipercrítica de la obra colonial española en América, una visión atiborrada de prejuicios y estereotipos.⁹⁵

⁹³ Charles M. Segal, *op. cit.*, p. 31.

⁹⁴ Anónimo, Signos de elección divina, en Angela Moyano Pahissa, *EUA. Documentos de su historia socioeconómica I*, México, Instituto José María Luis Mora, 1988, p. 249.

⁹⁵ De acuerdo con Ricardo García Cárcel, la Leyenda negra fue un término inventado por Julián Juderías, un funcionario del Ministerio de Estado español, que en un concurso literario celebrado en 1913 presentó un libro que fue premiado con el título: *La Leyenda negra y la verdadera historia*. Juderías definía así la Leyenda negra: “Por leyenda negra entendemos el ambiente creado por los fantásticos relatos que acerca de nuestra patria han visto la luz pública en todos los países, las descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los

Desde finales del siglo XVI, el mundo hispano sufrió las consecuencias de la Leyenda Negra urdida por Inglaterra y Holanda, una aptitud antihispana que desarrolló un profundo odio hacia España: “La premisa básica de la Leyenda Negra es la de que los españoles se han manifestado a lo largo de la historia como seres singularmente crueles, intolerantes, tiránicos, obscurantistas, vagos, fanáticos, codiciosos y traicioneros”.⁹⁶ Durante la Reforma protestante, las innovaciones en la impresión de diarios fueron utilizadas eficazmente por los pregoneros de la propaganda antiespañola, alcanzando su mayor difusión durante los conflictos de holandeses e ingleses contra España, en las décadas posteriores a 1560.

El anticatolicismo en Inglaterra estuvo fuertemente ligado a una profunda animadversión hacia el Papa y España. Poco tiempo después del rompimiento de Enrique VIII con la iglesia católica, los ingleses emprendieron una lucha interna contra el conflicto religioso así como también una guerra internacional contra las católicas España y Francia. Sin embargo, como España llegó a ser la potencia dominante en Europa y la defensora de la fe católica, los ingleses vinieron a temer y odiar todo lo relacionado a España.

En América, los colonos ingleses que vinieron a fundar las trece colonias nacieron en esta atmósfera de intolerancia: “a pesar del muy repetido mito de que los colonizadores ingleses venían al Nuevo Mundo en busca de la libertad religiosa, en los hechos la intolerancia religiosa caracterizó sus primeras colonias”.⁹⁷ Cuando llegaron al Nuevo Mundo, habían traído con ellos el mismo odio hacia el Papa y España que había caracterizado a los ingleses de aquellos días.

Fue así que los colonos ingleses vieron a los españoles “como abandonados

españoles como individuos y como colectividad, la negación o por lo menos la ignorancia sistemática de cuanto es favorable y hermoso en las diversas manifestaciones de la cultura y el arte, las acusaciones que en todo el tiempo se han lanzado contra España, fundándose para ello en hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad”. En Ricardo García Cárcel, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, España, Alianza Editorial, 1992, p. 13.

⁹⁶ Philip W. Powell, *Árbol del odio*, México, Porrúa, 1972, p. 15.

⁹⁷ Jaime E. Rodríguez O. y Kathryn Vincent, *op. cit.*, p. 4.

por Dios para convertirse en siervos del anticristo, esto es, el Papa romano”.⁹⁸ En tanto, sus colonias en el Nuevo Mundo fueron consideradas como centros de depravación y vicios. De este modo, si inicialmente la empresa de colonización inglesa en América había sido entendida como el mandato divino de evangelizar al indio, ahora también se regeneraría la tierra inficionada por la colonización española.

La ampliación del *área de la religión reformada*, “implicaba naturalmente el combate por la tierra enseñoreada hasta entonces por Satanás y por sus diabólicos e incondicionales servidores los católicos españoles; envolvía, asimismo, la disputa contra éstos a fin de arrebatárles el control que poseían sobre las almas y los cuerpos de los indios falsamente adoctrinados”.⁹⁹ Regeneración doble: indios paganos y recristianización de los indios evangelizados por los españoles.

Aunque la empresa colonial inglesa no difería mucho de su coetánea española, pues ambas se justificaban en pos de un beneficio espiritual-material, los ingleses se dieron a la tarea de vilipendiar la obra catequizadora de los españoles, criticando fuertemente sus “monstruosas crueldades en las Indias occidentales”, con el firme propósito de desprestigiarla y acreditar la propia:

Si se demostraba la perversidad del sistema espiritual español bien fácil sería mostrar a continuación las depravaciones de su sistema administrativo y político; y si éste se comprobaba que era tan malo como se pensaba, Inglaterra se ganaba por derecho propio el de su seguridad y permanencia natural y trascendental (argumento bíblico de pueblo elegido, providencial) en América.¹⁰⁰

La exaltación de las atrocidades de la obra espiritual española en las Indias fue una manera con que Inglaterra procuró socavar el título más legítimo que sustentaba España en América: el espiritual. Sin embargo,

Nadie explicaba concretamente, desde dentro, en qué consistía la falla

⁹⁸ Sally Frahm, *op. cit.*, p. 86.

⁹⁹ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, 43.

¹⁰⁰ *Ibid.*

evangelizadora española; aunque se señalaban, desde fuera, sus efectos destructivos sobre el carácter y comportamiento de los indios; empero como la religión de los españoles había permanecido (*sic*) empecatadamente papista, el fracaso de la misión espiritual española se atribuía por entero al corrompido catolicismo romano. Se imponía, por tanto, la necesidad de purificar el método, de regenerarlo.¹⁰¹

Durante aquella época, los colonos ingleses se solazaron proclamando a los cuatro vientos las terribles críticas enarboladas por Bartolomé de Las Casas en su obra *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, construyendo con ellas toda una estructura de poderosísimas razones con las cuales buscaron anular el derecho español a las Indias. En poco tiempo, la *Brevísima* se convirtió en la más poderosa arma de los enemigos de España, la más conocida y usada como fuente de información para escritores extranjeros sobre la conducta hispana en ultramar y, más aún, fue el punto de apoyo de una imagen general sobre la historia y el carácter español.¹⁰²

¹⁰¹ *Ibid.*

¹⁰² En la *Brevísima*, Las casas se refería así de los indios: "En estas ovejas mansas, y de calidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotadas, entraron los españoles, desde luego y que las conocieron, como lobos e tigres y leones cruelísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no se ha hecho de cuarenta años a esta parte, hasta hoy, e hoy en este día lo hacen sino despellazadas, matallas, angustiallas, afligillas, atormentallas y destruyillas por las extrañas nuevas e varias e nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad, de las cuales algunas pocas abajo se dirán, en tanto grado, que habiendo en la isla Española sobre tres cuentos de ánimas que vimos, no hay de los naturales de ella docientas personas. ... los cristianos con sus caballos y espadas e lanza comienzan a hacer matanzas e crueldades estrañas en ellos. Entraban en los pueblos, ni dejaban niños y viejos, ni mujeres preñadas ni paridas que no desbarrigaban e hacían pedazos, como si dieran en unos corderos metidos en sus apriscos. Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría al hombre por medio, o le cortaba la cabeza de un piquete o le descubría las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres, por las piernas, y daban de cabeza con ellas en las peñas. Otros, daban con ellas en ríos por las espaldas, riendo e burlando, e cayendo en el agua decían: bullís, cuerpo de tal; otras criaturas metían a espada por las madres justamente, e todos cuantos delante se hallaban. Hacían unas horcas largas, que juntasen casi los pies a la tierra, e de trece en trece, en honor y reverencia de Nuestro Redemptor e de los doce apóstoles, poniéndoles leña al fuego, los quemaban vivos. Comúnmente mataban a los señores y nobles de esta manera: que hacían unas parrilladas de varas sobre horquetas y atábanlos en ellas poniéndoles por debajo fuego manso, para que poco a poco, dando alaridos en aquellos tormentos, desesperados, se les salían las ánimas. Y porque toda la gente que huir podía se encerraba en los montes y subía a las sierras huyendo de hombres tan inhumanos, tan sin piedad y tan feroces bestias, extirpadores y capitales enemigos del linaje humano, enseñaron y amaestraron lebreles, perros bravísimos que viendo a un indio lo hacían pedazos en un credo, y mejor arremetían a él u lo comían que si fuera un puerco. Estos perros hicieron grandes estragos y carnicerías. Y por que algunas veces, raras y pocas, mataban los indios algunos cristianos con justa razón y santa justicia, hicieron ley entre sí, que por un cristiano que

Aunque Las Casas no fue el único que indujo una visión crítica sobre la colonización española en América, él fue, posiblemente, la figura que más influyó en los deformados puntos de vista sobre el carácter de los españoles y su papel en América. Las Casas, quien es considerado como el padre de la *Leyenda Negra Americana*, tuvo una intención piadosa. El objetivo de su obra era la de llevar hasta Carlos V la verdad sobre la Conquista de América, el incumplimiento de las leyes y disposiciones de la Corona por los colonizadores; en una palabra, que se terminasen las guerras de conquista y el sistema de encomiendas como forma de civilizar al indígena. Su labor tuvo un resultado positivo, así, la sanción real de Carlos V en 1542 a las llamadas *Leyes Nuevas* restringía las encomiendas y la esclavitud de los indios.¹⁰³

A lo que Las Casas se había opuesto era “a que los inofensivos indios fuesen sometidos a un régimen general de esclavitud injustamente, sin culpa ni pena; por que para él eso era tan inhumano y contra Dios como lo fuera allá en España esclavizar a la masa labriega y artesana, la villana y la campesina, para servir a unos intrusos e improvocados extranjeros.”¹⁰⁴

Mas las atrocidades que él había denunciado en su obra fueron magnificadas por los colonos ingleses, quienes denunciaron que España había cubierto su avaricia y ambiciones en América con el velo de la religión:

Ellos, pese a lo que alegan, han invadido los reinos de las Indias para obtener oro y poder, en lugar de emplearse en reducir a la gente al cristianismo. En una sola isla llamada La Hispaniola, los españoles han destruido trescientas mil almas... un pobre e inocente pueblo de Dios que podía haber sido ganado a Su conocimiento. La historia de lo dicho se encuentra en un escrito redactado por un obispo de la propia nación española, llamado Bartolomé de Las Casas, y ha sido traducido al inglés

los indios matasen, habían los cristianos de matar cien indios”, en Ricardo García Cárcel, *op. cit.*, pp. 226-227.

¹⁰³ *Ibid.*

¹⁰⁴ Fernando Ortiz, “La ‘Leyenda Negra’ contra Fray Bartolome”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2, vol. 217, 1978, p. 107.

bajo el título de Las Crueldades españolas.¹⁰⁵

Las incisivas críticas de Las Casas se extendieron por Europa precisamente en la época en que los ingleses comenzaron a disputar el monopolio ibérico en el Nuevo Mundo, y cuando holandeses e ingleses iniciaron su largo período de conflictos contra España. El violento colorido de las acusaciones de Las Casas fue hecho a la medida para acrecentar una propaganda concebida con el ánimo de demostrar que los españoles, por sus crueldades y codicia, estaban moralmente incapacitados para retener sus derechos sobre los territorios del Nuevo Mundo.

Lo peor fue que dicho resabio histórico del Viejo Mundo se hizo extensivo, sin excepción, a todos los pueblos hispanoamericanos, en tanto descendientes de la cultura católica española. La amarulencia anglosajona contra el pueblo y la cultura española iniciada en el siglo XVI, configuró la matriz de la percepción y actitud estadounidense hacia los pueblos allende al Río Bravo: “la leyenda negra proveyó a los estadounidenses un amplio conjunto de estereotipos negativos. Estos fueron usualmente atribuidos al hombre latinoamericano que fue descrito, dependiendo de las circunstancias y los prejuicios del observador, como supersticioso, obstinado, perezoso, cobarde, fútil, pretencioso, deshonesto, sucio, impráctico y corrupto.”¹⁰⁶

Los habitantes de cualesquiera de las ciudades coloniales hispanoamericanas eran, por extensión, tan malvados y corruptos como sus progenitores españoles. Años más tarde, con los movimientos independentistas de los pueblos hispanoamericanos y sus constantes fracasos por erigir gobiernos estables, vino un resurgir de la Leyenda Negra y de la obra de Las Casas en el flamante traje de la Ilustración. Durante las primeras décadas del siglo XIX, “Norteamérica vio en Iberoamérica nada más que un grupo de pueblos de semibárbaros tumultuosos, mercedores únicamente de un gobierno

¹⁰⁵ Juan Ortega y Medina, *op. cit.* p. 48.

¹⁰⁶ Michael Hunt, *Ideology and U.S. Foreign Policy*, USA, Yale University Press, 1987, p. 59.

despótico.”¹⁰⁷

Como puede advertirse, el envilecimiento que los estadounidenses hacen de los pueblos hispanoamericanos es una actitud que se encuentra enraizada en añejas tradiciones culturales. En opinión de Philip Powell, norteamericano, por cierto, “este prejuicio... rige nuestras actitudes hacia los países hispánicos, así como las relaciones entre ellos y nosotros. Con frecuencia se ven las ramas y el fruto de esta actitud: desdén y abandono de la cultura hispánica; arrogancia gubernamental”.¹⁰⁸ A pesar de sus errores y deformaciones, la *Brevísima* “sigue siendo un manual para aquéllos que desean constatarlo y afirmarse en su creencia de la singular depravación española.”¹⁰⁹

La persistencia de la Leyenda Negra en el imaginario norteamericano con su juicio condenatorio de la cultura hispana ha sido “perpetuada en los textos escolares, conservada en las caricaturas de los diarios, pormenorizado en la retórica política e incluso incorporada en los puntos de vista de los políticos...”¹¹⁰ Resultado de antagonismos ancestrales, sus conceptos han llegado a convertirse en prejuicios perennes que, si no son posible destruir, sí es necesario entender.

2.7.8 Herencia del mito de un pasado anglosajón libre

Los colonos ingleses también acogieron, como parte de su herencia histórica, el mito secular de una naturaleza libre de las instituciones políticas anglosajonas, según el cual, los anglosajones descendían directamente de los germanos, una raza pura de hombres que tenía un especial instinto por la libertad. Según este mito, los anglosajones, hasta antes de la invasión normanda a Inglaterra, habrían disfrutado de importantes derechos y libertades políticas. En este mito, y en su posterior transformación con las ideas de la

¹⁰⁷ Leopoldo Zea, “The Interpenetration of the Ibero-American and North-American Cultures”, *Philosophy and Phenomenological Research*, núm. 3, vol. 9, marzo de 1949, p. 542.

¹⁰⁸ Philip W. Powell, *op. cit.*, p. 5.

¹⁰⁹ *Ibid.* p. 47.

¹¹⁰ Michael Hunt, *op. cit.*, p. 58.

Ilustración durante la guerra de independencia norteamericana, se encuentra otro de los fundamentos de la percepción de superioridad nacional estadounidense.

La Reforma protestante despertó un gran interés por las fuentes religiosas anglosajonas, las cuales pusieron el hincapié en las tribus germánicas como colonizadoras de Inglaterra, produciendo el socavamiento de las leyendas medievales sobre los orígenes del pueblo inglés: “fuesen cuales fuesen los argumentos sobre el estado de Inglaterra antes de la llegada de los anglosajones y sobre la condición de Inglaterra después de la conquista normanda, había un consenso general en que la Inglaterra de los anglosajones había sido un país cuyos ciudadanos estaban protegidos por buenas leyes y en que habían florecido las instituciones representativas y el juicio por jurado.”¹¹¹

El elogio de las cualidades peculiares del pueblo germano fue común en el continente europeo durante la Reforma protestante, y en Inglaterra, particularmente, había recibido un gran ímpetu hablar acerca de la herencia germana en los orígenes y en las instituciones de los anglosajones, quienes hasta antes de la invasión normanda en el siglo XI habrían llevado la libertad política a Inglaterra, habiendo creado una Edad de Oro del buen gobierno: “cuando los teutones invadieron Inglaterra y se establecieron sobre las ruinas de celtas y romanos, llevaron con ellos sus instituciones del gobierno popular y en el curso del tiempo desarrollaron el gobierno representativo”.¹¹² Al mito de una Iglesia anglosajona pura, desarrollado en el siglo XVI, vino a añadirse, en el siglo XVII, el mito de un gobierno anglosajón libre.

La fuente primaria para las características de los pueblos germánicos fue la *Germania*, de Tácito, continuamente mencionada durante los siglos siguientes a la Reforma protestante, en la que se defendía la idea de los germanos como una raza noble amante de la libertad: “en los pueblos de Germania, escribió Tácito, el mundo vio una raza no contaminada por mezcla con otras razas, un

¹¹¹ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 28.

¹¹² Charles Beard, “The Teutonic Origins of Representative Government”, en *The American Political Science Review*, núm. 1, vol. 26, febrero, 1932, pp. 29-30.

pueblo peculiar y puro, distinto de todos. Esta raza 'pura', arguyó Tácito, tenía un elevado código moral y un profundo amor a la libertad y a los derechos individuales".¹¹³

En la descripción del valor y los altos principios de las tribus germánicas, los anticuarios ingleses subrayaron la herencia germánica en las instituciones anglosajonas, colocando a los ingleses "como los descendientes de antiguos grupos raciales, los 'teutones'; los teutones a su vez fueron ocasionalmente rastreados con un grupo más antiguo, los 'arios'".¹¹⁴ La conclusión final sobre las raíces del pueblo inglés fue que "la sangre germana fluía en sus venas", y con ella les había sido también transmitida "una herencia de libertad".¹¹⁵ Los pueblos germanos eran sus ancestros y ambos compartían una herencia común.

Inicialmente se insistió en el origen común de sajones, daneses y normandos; las grandes invasiones a Inglaterra por daneses y normandos simplemente habrían reunido un antiguo linaje. Aunque las tribus germanas estaban siendo extensamente elogiadas, todavía no se habían hecho grandes esfuerzos por separar los orígenes de los pueblos de la temprana historia europea y, en particular, aquellos pueblos que se suponía eran de descendencia germana.

Los colonos ingleses en el Nuevo Mundo, simplemente heredaron el mito de un pasado anglosajón libre: "como ingleses coloniales, los inmigrantes de América absorbieron plenamente la visión mítica del pasado inglés desarrolladas entre 1530 y 1730. Los ingleses creyeron a pie juntillas que los anglosajones constituían una rama particularmente victoriosa de aquellos pueblos germánicos amantes de la libertad."¹¹⁶

2.7.9 El movimiento histórico de la civilización

¹¹³ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 26.

¹¹⁴ Paul Kramer, "Empires, Exceptions, and Anglo-Saxons: Race and Rule between the British and United States Empires, 1880-1910", *The Journal of American History*, núm. 4, vol. 88, marzo, 2002, p. 1322.

¹¹⁵ Edward McNall, *op. cit.*, p. 47.

¹¹⁶ Reginald Horsman, *op. cit.* p. 30.

Los anglosajones también seguían un rumbo, un movimiento de desarrollo histórico en el mundo. Desde la temprana historia europea, el Occidente fue considerado como la región en que se encontraba la tierra de la eterna juventud y felicidad, como la arena en la que se decidiría el destino de las naciones. El surgimiento de esta idea en Inglaterra, “fue identificado con una etapa de un movimiento inexorable hacia el occidente que había comenzado en la India, se había vigorizado en los bosques de Germania, y ahora estaba en el Imperio Británico”.¹¹⁷

La idea del desplazamiento de la civilización hacia el occidente hizo surgir entre los colonos ingleses el sueño de una nueva sede para la grandeza y perfeccionamiento de la civilización mundial. Aunque la idea del progreso incluía la literal transformación de la tierra, también incluía la idea del oeste como el lugar de futura grandeza:

Aunque las ideas puritanas contribuyeron a la creencia de que, de alguna manera especial, el pueblo del continente americano influiría sobre el mundo, los mitos más fundamentales sobre el progreso dieron un significado especial al avance de los pioneros a través del continente americano. Al desplazarse hacia al oeste, los pioneros norteamericanos fueron considerados, tanto en Europa como en América, como los continuadores de un movimiento de civilización que no había cesado desde los tiempos más remotos. Toda la idea de América como el ‘fruto más noble’ se había fortalecido en Inglaterra y en las colonias americanas por la obvia prosperidad y el progreso de las colonias trasatlánticas. La civilización parecía estar pasando del Asia Menor a Grecia, a Roma, a Inglaterra y, a través del Atlántico, al Nuevo Mundo.¹¹⁸

La prosperidad de las colonias inglesas pareció confirmar la idea de la civilización como un movimiento histórico: “Los americanos... *son los peregrinos de occidente* que están llevando con ellos la inmensa masa de las artes, las ciencias, el vigor y la industria que comenzaron desde hace largo

¹¹⁷ Paul Kramer, *op. cit.*, p. 1322.

¹¹⁸ Reginald Horsman *op. cit.*, p. 120.

tiempo en el Oriente: *ellos completarán el gran círculo*".¹¹⁹ El Imperio continuaba su marcha hacia el oeste y "probablemente su sede última será América [...] el mayor imperio que jamás existió [...] sólo podemos anticipar el período, no muy lejano, en que el IMPERIO AMERICANO abarcará millones de almas, al oeste del Mississippi".¹²⁰

El círculo se había completado; no había más continentes por descubrir, ni uno más allá hacia el oeste, pues sólo estaba el lejano oriente, el lugar donde originalmente había iniciado su marcha la civilización. En América se encontraba una enorme y deshabitada tierra para ser transformada. Mientras que los europeos en su civilización podían percibir decadencia como avance, los colonos ingleses podían avizorar un colosal progreso. La mera riqueza de América fue causa de constante asombro para los europeos por sus densos bosques y sus tierras interminables. Después de un siglo de asentamiento inglés, América era una populosa tierra de ricas granjas, pululantes ciudades y puertos atestados; en cualquier parte de su territorio podían verse manifiestas señales de progreso.

2.7.10 La guerra de independencia: el idealismo revolucionario

Los estadounidenses de la generación revolucionaria dieron un nuevo vigor al mito de un pasado anglosajón libre: al luchar por sus libertades políticas, creían que estaban reforzando sus vínculos con aquellos anglosajones de descendencia germana amantes de la libertad. Pero en un hecho de suma importancia, la revolución de independencia transformó el antiguo mito de libertad anglosajona, convirtiéndolo en un derecho natural de toda humanidad.

Los colonos ingleses justificaron su independencia de Gran Bretaña argumentando que el gobierno británico se estaba desviando de los conceptos ingleses de libertad, ley y gobierno por consentimiento, erigiéndose a sí mismos como los defensores de los valores ingleses tradicionales contra los

¹¹⁹ José Luis Orozco, *op. cit.*, p. 56.

¹²⁰ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 124.

esfuerzos del gobierno británico por subvertirlos. Cualesquiera que hayan sido las diversas inspiraciones de los revolucionarios norteamericanos, “había una poderosa y general creencia en que estaban actuando como ingleses: ingleses luchando por los principios de gobierno popular y de libertad, introducidos en Inglaterra más de mil años antes por aquellos anglosajones de altos principios, amantes de la libertad, llegados de los bosques de Germania”.¹²¹

Los colonos pelearon contra Inglaterra no porque se hubiesen sentido anti-ingleses, sino porque eran ingleses; se sentían orgullosos de su herencia inglesa y de su descendencia anglosajona. Sin embargo, “estaban retirando su lealtad al que consideraban como un sistema corrompido e injusto; pero no estaban negando a sus antepasados y podían admirar a los ingleses, mientras odiaban al gobierno británico... muchos de sus dirigentes creían que, con excepción de los Estados Unidos, Inglaterra era el país más feliz y democrático que hubiera bajo el Sol”.¹²²

Tampoco estaban luchando por derechos que no habían tenido antes; más bien, sostenían los derechos constitucionales ingleses contra su distorsión por las acciones arbitrarias del gobierno inglés. De este modo, “la revolución americana se inspiró en la lucha parlamentaria (inglesa) del siglo XVII. La filosofía de la Declaración (de la Independencia) era... no nueva, sino la buena y antigua doctrina inglesa nuevamente formulada para amoldarse a la presente emergencia”.¹²³ La guerra de independencia norteamericana era una especie de confirmación providencial de ideas ya aceptadas, pero hasta ahora sólo demostradas en los textos de historia.

Sin embargo, en un giro de gran trascendencia, los revolucionarios estadounidenses fueron mucho más allá de la provincial idea inglesa de libertad. En lo que hasta entonces había sido en Inglaterra un exclusivo derecho de cuna de los ingleses, en América se transformó, bajo la influencia de las ideas de la Ilustración, en un derecho natural de toda la humanidad. Al luchar por su independencia, los Estados Unidos estaba llevando “sus propias

¹²¹ *Ibid.* p. 34.

¹²² *Ibid.* p. 117.

¹²³ Hans Hohn, *El pensamiento nacionalista en los Estados Unidos*, Argentina, Ediciones Troquel, 1966, p. 22.

convicciones más allá de la mera organización política interior, haciendo de su tesis un credo de universalidad y transformándola en ideal apto para todos los pueblos. Configurando su estructura de gobierno, los norteamericanos imaginaron encarnar una vieja ambición de la humanidad, no alcanzada hasta el siglo XVIII".¹²⁴

De acuerdo con los líderes de la generación revolucionaria, con la independencia de Estados Unidos, la humanidad, por fin, estaba forjando su destino con instituciones que hacían proteger los derechos naturales del hombre y permitían su plena realización. La primigenia idea de que Estados Unidos eran un espacio providencial seleccionado para propósitos divinos "encontró una contraparte en la idea secular de la nueva nación como un espacio privilegiado para la exhibición de un nuevo orden mundial, un gran 'experimento' para beneficio de toda la humanidad".¹²⁵ En forma directa, el republicanismo estadounidense fue equiparado con la libertad y el progreso universal.

La joven república proclamaba que estaba llamada a representar un papel importante en todo el mundo. La hazaña de su independencia era una señal manifiesta de que la Providencia en realidad la había destinado a grandes hechos, confiriéndole "un nuevo estatus a la teoría de Estados Unidos como 'una nación elegida' o 'una nación redentora', confiada por el Todopoderoso con el encargo de llevar su luz al mundo no regenerado".¹²⁶ En las décadas siguientes, la sorprendente prosperidad económica alcanzada por Estados Unidos aumentó la confianza en que la Providencia trabajaba por medio de la nueva república para dar una nueva vida a la humanidad.

La causa de América, escribió Thomas Paine en la introducción de su *Sentido Común*, es en gran medida la causa de toda la humanidad. Thomas Jefferson afirmó que era imposible no darse cuenta de que ellos estaban actuando para beneficio de toda la humanidad, de que su nación era la última y mayor

¹²⁴ Miguel Espinosa, *op. cit.*, p. 68.

¹²⁵ Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 5.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 516.

esperanza del mundo. Consagrada como la mejor forma de gobierno nunca antes vista para dar a los ciudadanos felicidad y virtud, “América, pensó su confiado pueblo, estaba por convertirse en el nuevo centro creativo del mundo.”¹²⁷

George Washington definió en su primer discurso inaugural que “la preservación del sagrado fuego de la libertad y el destino del modelo republicano de gobierno son justamente considerados, quizás, tan profundamente, tan finalmente, puestos a prueba en manos del pueblo americano”.¹²⁸ Andrew Jackson, en su discurso de despedida dijo al pueblo estadounidense que “Dios los había escogido para ser los guardianes de la libertad, para preservarla en beneficio de la raza humana”.¹²⁹ John Adams le escribió premonitoriamente a Jefferson que “nuestra pura, virtuosa, en extremo briosa y federativa república vivirá siempre, gobernará el globo e introducirá la perfección del hombre.”¹³⁰

Fue a partir de este momento cuando los estadounidenses comenzaron a hablar de democracia en sentido ilustrado de la palabra. Antes habían hablado de libertad y derechos del ciudadano, entendidos como derechos tradicionales de los ingleses, pero no de derechos del hombre. La nueva fe democrática y su deseo de exportar su revolución creó dos tendencias: la de ayudar a la creación de otras repúblicas y la de extender el área de la libertad, liberando a los territorios vecinos del yugo de gobiernos tiránicos.¹³¹

La generación revolucionaria había heredado la idea ilustrada de que toda la humanidad era una sola especie capaz de mejorar indefinidamente, y creía que los principios de autogobierno eran aplicables a todas las comunidades en la más vasta escala. Se creía, en suma, en la capacidad universal de todos los pueblos para beneficiarse del ejemplo y de la ayuda de Estados Unidos.

¹²⁷ Dion Leon, *op. cit.*, p. 227.

¹²⁸ Arthur Schlesinger, *op. cit.*, p. 512.

¹²⁹ Edward McNall, *op. cit.*, p. 17.

¹³⁰ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 44.

¹³¹ Josefina Vázquez de Knauth, “El Congreso de los Estados Unidos ante la guerra del 47”, *Anglia. Anuario de estudios angloamericanos*, México, FFyL-UNAM, vol. 5, 1973.

La misión nacional de los estadounidenses era dirigir a otras naciones hacia la revolución, provocar el sentido de emulación en todos los dominios de la tierra y mejorar el género humano. Sin embargo, la premisa fundamental de la idea misional era que, como dijera John Jay en 1777, “los norteamericanos formaban el primer pueblo favorecido por la Providencia con la oportunidad de elegir racionalmente sus formas de gobierno, y por lo tanto de organizarlas sobre el respeto por ‘los grandes e igualitarios derechos de la naturaleza humana’”.¹³² En el ordenamiento establecido por la Providencia, los estadounidenses eran los campeones especiales de los derechos de todos los hombres.

Sin embargo, el optimismo de la generación revolucionaria sobre la capacidad universal de toda la humanidad para beneficiarse del ejemplo y la ayuda estadounidense dio un nuevo giro en la primera mitad del siglo XIX. Las ideas y sueños originales de Estados Unidos se fundieron con una variedad de teorías científicas raciales llevadas desde Europa occidental, para transformar el idealismo revolucionario de un indefinido progreso humano universal en una ideología del destino racial continental, hemisférico y aún mundial, para un particular pueblo elegido.

2.7.11 Surgimiento del anglosajismo científico racial

A finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, un cambio en el pensamiento científico europeo occidental puso las bases para un anglosajismo racial. Los avances científicos de los siglos XVI y XVII habían permitido defender la unidad de la especie humana sobre bases no cristianas. Al separar la ciencia de la teología, los científicos allanaron el camino a la ciencia para que llegara a respuestas totalmente distintas a la ortodoxia cristiana según la cual toda la humanidad descendía de Adán y Eva.

Todavía a principios del siglo XIX, predominaba la idea de la Ilustración de que

¹³² Albert Weinberg, *El Destino Manifiesto*, Buenos Aires, Argentina, Paidós, 1968, p. 29.

toda la humanidad era una sola y que era capaz de mejorar indefinidamente; la diferencia de logros entre los hombres se explicaban por el medio en que vivían y no por diferencias físicas innatas. Durante el siglo anterior, la actitud tradicional hacia los pueblos no europeos había consistido en considerarlos como tribus degeneradas, pero los filósofos de la Ilustración sugirieron la posibilidad de un progreso indefinido de toda la humanidad.

Pero a principios del siglo XIX, los hombres de ciencia dieron un cambio importante: no eran las circunstancias ni el medio, sino diferencias físicas inherentes y específicas las que explicaban las diferencias de realizaciones entre los hombres. La observación, comparación y clasificación científica utilizadas inicialmente para defender la unidad humana en el siglo XVIII, fueron empleadas en el siglo XIX para demostrar las diferencias humanas, abriendo el paso a explicaciones poligénicas y a construcciones de distinciones raciales. Se dejó de hablar de la humanidad para hablar de razas, y la fe en la monogenia no impidió una creencia en las diferencias innatas entre los hombres.

Se había pasado de un interés por lo universal a lo particular, de un interés en lo que naciones y pueblos tenían en común a un interés en lo que los hacía diferentes. De importancia central fue el pensamiento alemán que, ante la Revolución francesa, había abandonado las ideas universales de la Ilustración y acelerado la corriente hacia el particularismo, destruyendo la visión ilustrada de una sola humanidad. Individuos, naciones y razas fueron dotados con un espíritu personal que los distinguía de todos los demás. Se dio por sentada la unión de lengua, nación y raza, y la idea de la nación como unidad política fue reemplazada por la de nación como comunidad cultural.

Pero en un aspecto todavía más importante, las nuevas teorías raciales lograron establecer mediante métodos comparativos razones de superioridad e inferioridad entre los hombres. El antiguo mito de las tribus germanas fue revitalizado y vinculado a la existencia de instituciones políticas superiores. Se arguyó que las características raciales superiores creaban instituciones poderosas y, a la inversa, que las características inferiores producían instituciones débiles. Las anteriores explicaciones sobre el origen germánico

del supuesto amor a la libertad entre los sajones estaban recibiendo una extensa elaboración.

Todo lo mejor que había en Europa y en el mundo fue atribuido cada vez más exclusivamente a los caucásicos, quienes fueron descritos como una fuerza en constante expansión y que, además, habían heredado sus mejores características raciales a los pueblos germánicos que avanzaban hacia el oeste desde el Asia: “los caucásicos por sí mismos habían creado las grandes obras de la ciencia, de la literatura, de la poesía y de las artes. Los gobiernos liberales -democracias, republicas, aristocracias, monarquías limitadas- eran igualmente proezas de los caucásicos.”¹³³

Mientras que la raza caucásica estaba siendo ampliamente reconocida como una raza superior a todas las demás, los germanos fueron reconocidos como la raza más talentosa de los caucásicos, y los anglosajones fueron reconocidos como los descendientes mejor dotados entre los germanos. Se cantaron las glorias a los anglosajones como germanos que habían sentido un instintivo amor a la libertad, y habían sabido convertirla en un gobierno y una nación eficientes y poderosos. Se llegó a argüir, que “la propagación de las instituciones y del imperio de Inglaterra había sido la mejor realización del potencial espiritual de las tribus germanas.”¹³⁴

Sin embargo, aunque a los ingleses les fascinó ver que su linaje estaba siendo remontado desde mucho tiempo atrás, no estuvieron dispuestos a aceptar una teoría que hacía de los sajones un fragmento de una gran masa europea, razón por la cual establecieron diferencias entre ellos y los demás pueblos de ascendencia germana:

Un obstáculo importante a la vinculación de germanos, sajones, daneses y normandos como una sola gran raza fue que los ingleses se consideraban a sí mismos como el grupo supremo dentro de la tradición germánica. Aprovecharon las nuevas ideas para dar a los sajones un

¹³³ Edward McNall, *op. cit.*, p. 191.

¹³⁴ Reginald Horsman, “Origins of Racial Anglo-Saxonism in Great Britain before 1850”, *Journal of the History of Ideas*, núm. 3, vol. 3, julio-septiembre, 1976, p. 392.

pasado aún más distante y glorioso, pero también continuaron poniendo a los sajones por encima de todos los demás pueblos que, supuestamente, compartían una común herencia germánica e indoeuropea. Los sajones llegaron a ser la crema de la crema.¹³⁵

El antiguo mito de los anglosajones libres creado en el siglo XVI, estaba siendo mezclado con ideas de la inherente superioridad racial caucásica y con la grandeza y destino teutónicos:

Los caucásicos no eran una sola raza, sino un grupo de razas relacionadas, únicos portaestandartes de la civilización. El creador ha implantado en este grupo de razas un instinto que, a pesar de ellas, las empuja a pasar por encima de todas las dificultades al llevar adelante su gran misión de civilizar la tierra. Al expandirse, cubrir la tierra y 'suplantar a los tipos inferiores', las razas caucásicas estaban 'cumpliendo con una ley de la naturaleza'. No se trata de una misión pacífica, pues las razas inferiores estaban condenadas. Las naciones y las razas, como los individuos, tienen cada una un destino especial. Algunas nacieron para gobernar y otras para ser gobernadas.¹³⁶

A mediados del siglo XIX, el sencillo elogio de las instituciones y la libertad anglosajona, que tanta importancia adquirió en los siglos XVI y XVII, sufrieron un profundo cambio en Inglaterra. En lugar de subrayar la libertad anterior, los nuevos teorizantes estaban soñando con un mundo formado de acuerdo con los deseos de una raza anglosajona que suponían innatamente superior. Había una firme y creciente fe en que todo lo bueno para los anglosajones era bueno para el resto del mundo.

Los ingleses fueron atraídos por la idea de su raza como fuerza regeneradora de todo el mundo, ya que en la Gran Bretaña, en todas sus colonias y en los Estados Unidos mismos, los anglosajones al parecer estaban completando aquella marcha iniciada en los albores de la historia por aquellos tribeños arios. Fue este nuevo aspecto del pensamiento científico racial el que también cayó

¹³⁵ Reginald Horsman, *op. cit.* p. 63.

¹³⁶ *Ibid.* pp. 193-194.

en un terreno más fértil al otro lado del Atlántico: en los Estados Unidos.

2.7.12 Los Estados Unidos: la realidad práctica

Años posteriores a la Revolución estadounidense, los sueños de mejora y cooperación universal de la generación revolucionaria se transformaron a principios del siglo XIX a causa de un cambio operado en el pensamiento científico europeo occidental, por problemas prácticos inherentes a la guerra con los indios y la esclavitud de los negros, así como también por el creciente orgullo de su ascendencia anglosajona.

Las nuevas teorías raciales del pensamiento científico encontraron un campo particularmente fértil en América, donde las nuevas teorías, especialmente las del pensamiento racial inglés, fueron acogidas por los científicos e intelectuales estadounidenses. En los primeros años del siglo XIX, el concepto de raza empezó a adquirir un significado cada vez mayor en el pensamiento científico y popular tanto de Europa como de Estados Unidos, y en poco tiempo “la desigualdad inherente de las razas estaba sencillamente aceptada como un hecho científico en Estados Unidos.”¹³⁷

El optimismo ilustrado de una capacidad universal de toda la humanidad se enfrentó a la visión práctica estimulada por el contacto directo entre blancos, indios y negros. Mientras que en el oeste las esperanzas de la Ilustración chocaron con sangrientas batallas y odios fronterizos, en el sur se tropezaron con la continua presencia de los negros. Para entonces, muchos en Estados Unidos estaban ansiosos por justificar la esclavización de los negros, y la expulsión y posible exterminio de los indios: “los periódicos populares, la prensa diaria y muchos políticos norteamericanos buscaron ávidamente pruebas científicas de distinciones raciales a favor del reciente orden norteamericano y mundial. La comunidad intelectual aportó los testimonios que ellos necesitaban.”¹³⁸

¹³⁷ Samuel Huntington, *op. cit.*, p. 80.

¹³⁸ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 13.

Aunque los indios y los negros ya habían sido rechazados por la sociedad blanca estadounidense desde mucho antes de la existencia de un pensamiento científico racial coherente que justificara su envilecimiento social, ahora las ideas de quienes continuaban degradándolos como seres innatamente inferiores fueron reforzadas simplemente por toda una variedad de argumentos científicos e intelectuales.

Los teóricos sobre la raza aportaron una gran cantidad de argumentos en los que se defendían las diferencias innatas de las razas; no eran las circunstancias ni el medio, sino diferencias físicas inherentes y específicas las que explicaban por qué los indios estaban extinguiéndose y por qué los negros estaban esclavizados. Se argumentó que ambos eran al menos una variedad permanentemente inferior o incluso una especie completamente separada de la población blanca estadounidense.

La nueva ciencia sostenía que la sangre determinaba la raza, haciendo que la miscegenación o cualquier otro tipo de mezcla entre blancos, indios y negros pareciera un daño mortal de contaminación para la raza superior. Las nuevas teorías raciales fueron utilizadas por los abolicionistas del norte, “no sólo para eliminar la esclavitud sino también para remover a los negros a través de proyectos de colonización”. También permitió establecer “un ranking ‘interno’, haciendo de los anglosajones la más avanzada y vigorosa de entre todas las razas blancas.”¹³⁹

En el sur, las nuevas teorías permitieron que el expansionismo territorial fuera explicado sobre la base de que los estadounidenses eran un pueblo destinado a alcanzar un gran poder y prosperidad. La remoción de los indios era necesaria para la civilización. Si los indios sufrían durante el proceso, sería debido “a su flaqueza racial y no a la avariciosa búsqueda de riqueza y poder de los norteamericanos.”¹⁴⁰

¹³⁹ Anders Stephanson, *op. cit.*, p. 55.

¹⁴⁰ María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 81.

En poco tiempo el concepto de “raza” envolvió todo el pensamiento político estadounidense, implícita o explícitamente. Benjamin Franklin, parangón del optimismo del siglo de la Ilustración, compartió las nuevas ideas raciales. Él mismo dividió a la humanidad de acuerdo con el color de su piel, asignándole a cada una características inherentes. Sus discernimientos raciales fueron “completamente compartidos por sus contemporáneos y figuraron constantemente en el pensamiento de subsecuentes generaciones.”¹⁴¹

Andrew Jackson aseveró que los indios “no tienen la inteligencia, la industria, los hábitos morales o el deseo de mejoramiento. Si se establecen y conviven con una población conformada por una raza civilizada y superior, ellos irremediablemente sucumbirán y no tardarán en desaparecer.”¹⁴² Durante la presidencia de George Washington, una circular del Congreso de los Estados Unidos proclamó “que los pieles rojas estaban privados por naturaleza de la dignidad moral que distingue al hombre de la bestia”, y que por lo mismo “debían ser aniquilados totalmente.”¹⁴³

Los estadounidenses habían fracasado en su misión regeneradora y transformadora del indio, más le imputaron a los indios su propio fracaso a quienes además condenaron científicamente a la extinción. El tema de la extinción inevitable del indio se reiteró constantemente, y el juicio definitivo sobre el esfuerzo de los misioneros y de la civilización era que resultaban inútiles:

Hagamos lo que hagamos, el indio sigue siendo indio. No es un ser susceptible de civilización; y todo contacto de él con la raza blanca es la muerte. Retrocede ante ella, absorbiendo todos sus vicios y ninguna de sus virtudes. No puede ser civilizado, así como el leopardo no puede cambiar sus manchas. Ha terminado su carrera, y probablemente ha cumplido con su misión en la tierra. Ahora está desapareciendo gradualmente, para ceder el lugar a un orden superior de seres. La ley

¹⁴¹ Michael Hunt, *op. cit.*, p. 48.

¹⁴² María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 81.

¹⁴³ Juan A. Ortega y Medina, “El mundo nuevo en la mente ibérica y sajona”, *Secuencia*, núm. 12, septiembre-diciembre, 1988, p. 13.

de la naturaleza debe seguir su curso.¹⁴⁴

La resistencia india a la rápida asignación de sus tierras fue empleada para condenarlos como bárbaros. Mientras que la agresión anglosajona fue saludada como viril, la obstinación india fue condenada como bestial. En suma, fueron considerados como seres salvajes que no podían ser incorporados dentro de la sociedad blanca, y condenados por negarse a aceptar el Dios y la civilización que se les ofrecía.

Despreciados por negarse a convertirse en caballeros blancos, los indios fueron juzgados como un obstáculo para la civilización. Por tanto, era posible despojarlos de aquellas tierras, maltratarlos y masacrarlos, porque al defender su modo de vida y rechazar las oportunidades ofrecidas habían mostrado que se hallaban sumidos en una barbarie irremediable.

La idea de la igualdad innata, de la capacidad de mejorar y civilizar a los indios, no desapareció rápidamente ni por completo del pensamiento estadounidense. La visión ilustrada siguió teniendo sus defensores en algunos misioneros quienes creían en la posible transformación del indio. Pero para mediados del siglo XIX, la convicción general en Estados Unidos era que el indio estaba condenado al exterminio.

Por su parte, los negros habían sido degradados en la práctica a una categoría racial fija e inferior mucho antes del surgimiento del nuevo anglosajismo científico racial y de su adopción por los científicos e intelectuales estadounidenses. En la vida cotidiana, los negros habían sido tratados por la población blanca como seres esencialmente distintos aun cuando no hubiese una razón científica que justificara la existencia de su envilecimiento racial. A principios del siglo XVIII, “los estadounidenses estaban aplicando explícitamente sus juicios raciales sobre los negros. En el sur, este legado intelectual fue combinado con intereses económicos produciendo la más extrema negro fobia.”¹⁴⁵

¹⁴⁴ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 217.

¹⁴⁵ Michael Hunt, *op. cit.*, pp. 49-51.

Desde su primer contacto con los negros, los colonos ingleses los concibieron “como un pueblo distinto, con nexos particularmente poderosos con el reino animal. Los negros no sólo fueron vistos como rebajados porque eran esclavos: también eran esclavizados por lo que se consideraba como su naturaleza diferente y envilecida”.¹⁴⁶ La presencia de un gran número de negros en la condición de esclavos y la impaciencia con que el sur trató de justificar su sistema esclavista, hicieron que muchos estadounidenses se mostraran receptivos a las nuevas teorías raciales, arguyendo que por su naturaleza, los negros eran innatamente incapaces de beneficiarse de la libertad.

El clima intelectual de la generación revolucionaria había favorecido la abierta aprobación de una doctrina de la igualdad innata de todos los hombres, alentando algunos ataques contra la esclavitud; se pensaba que la falta de realizaciones de los negros podía explicarse por el medio original en que vivían y por su condición de esclavos. Sin embargo, las críticas no produjeron en la generación revolucionaria argumentos a favor de incorporar a los negros a la sociedad blanca, creando una gran contradicción en el que ahora se consideraba como el país más libre del mundo con un gobierno supuestamente basado en la igualdad natural de todos los hombres.

En los hechos, las ideas de la Ilustración no habían influido en los blancos que estaban directamente en contacto con los negros, ni en los fronterizos que chocaban con los indios. El rechazo práctico de la visión de una sola humanidad según la Ilustración sólo había sido temporalmente encubierto por la prevaeciente filosofía trasatlántica de la Ilustración y por la avidez con que la elite intelectual la había aceptado durante el período de la revolución.

La euforia inicial en reformar a otros pueblos se había debido también a su desconocimiento y distanciamiento original, y porque parecían no tener intereses básicos que chocaran con los de Estados Unidos. Además, el racismo sureño no había desarrollado todavía un cuerpo de pensamiento

¹⁴⁶ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 143.

coherente que justificara la degradación de los negros.

Pero a principios del siglo XIX, los científicos e intelectuales habían dado a la población blanca estadounidense una confiada explicación de por qué los negros estaban esclavizados, por qué los indios estaban siendo exterminados, y por qué la población blanca estaba extendiendo rápidamente sobre las tierras adyacentes. Las suposiciones tácitas acerca de la inferioridad del indio y del negro, que habían imbuido el pensamiento de los americanos blancos desde el período colonial, por primera vez formaron una teoría racial coherente que justificaba su envilecimiento racial.

La experiencia práctica estadounidense en su contacto directo con los indios y los negros apresuraron el desplome de la teoría de la Ilustración y ayudaron a producir teorías científicas sobre su inferioridad connatural. Pero en otro hecho de gran importancia, la degradación de los indios y los negros vino acompañada de una entronización de la raza blanca como superior, y en particular, una entronización de la “raza” anglosajona americana.

El contacto directo de blancos, indios y negros, le dio cierta cualidad fervorosa y única a los argumentos de un destino racial anglosajón, lo que motivo un mayor interés estadounidense por su herencia anglosajona: “directamente desde Alemania, o a través de Inglaterra, llegó a los estadounidenses la inspiración de vincular su pasado anglosajón con sus más distantes raíces teutónicas y arias, concibiéndose a sí mismos como el más vital y enérgico de aquellos pueblos arios que se habían difundido hacia el occidente.”¹⁴⁷

La inferioridad connatural de indios y negros se había convertido en un hecho científico, a lo cual, la elite científica e intelectual estadounidense agregó una ideología anglosajona americana que establecía que en Estados Unidos una superior raza norteamericana estaba destinada a moldear el destino de gran parte del mundo. Aunque desde la época colonial los estadounidenses se habían considerado como un pueblo elegido, para mediados del siglo XIX,

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 117.

creían también que eran un pueblo elegido con una ascendencia racial impecable.

El remodelamiento del mundo se lograría ahora por el ejemplo y por la expansión física de Estados Unidos, pues Dios estaba llevando la civilización al mundo por medio de la raza caucásica y su rama anglosajona americana. Además, se arguyó que Dios le había dado, para su propia conservación y pureza, un claro sentido de antagonismo racial: “cuando se encontraban las razas superiores e inferiores, la única esperanza para estas últimas era la servidumbre o la esclavitud. El encuentro era fatal para la raza inferior.”¹⁴⁸

Ahora el futuro de América y del mundo se pensaba en función de la dominación de los anglosajones americanos, y la subordinación o desaparición de las razas inferiores; mantener pura la sangre caucásica-anglosajona era asegurar la continuación de la civilización y el progreso universal. Por consiguiente, “la extensión del área de la libertad podía estar representada únicamente por la expansión de Estados Unidos. En suma, se había procedido a nacionalizar la libertad.”¹⁴⁹

Mientras los estadounidenses estaban siendo presentados como una raza innatamente superior a cualquier otro grupo humano, y como la rama más vigorosa del pueblo anglosajón, los demás pueblos del mundo eran condenados a la extinción: “si las razas más débiles y más abyectas hayan o no de regenerarse y superarse, es algo que está todavía muy lejos de resolverse. ¿Qué diríamos si el plan de Dios fuera poblar el mundo con un material superior y de mejor calidad?”¹⁵⁰

Bajo la influencia de las doctrinas europeas de una supuesta superioridad de la raza aria, “los americanos adoptaron la teoría de que rama anglosajona de aquella raza era la más talentosa de todas, y que cada logro político que

¹⁴⁸ *Ibid.* p. 217.

¹⁴⁹ *Ibid.* pp. 123-124.

¹⁵⁰ Josiah Strong, “Los anglosajones y el futuro del mundo”, en Silvia Núñez García, *EUA. Documentos de su historia socioeconómica III*, México, Instituto José María Luis Mora, 1988, p. 71.

engrandeció la libertad del hombre podía ser acreditado a ello”.¹⁵¹ A mediados del siglo XIX, los estadounidenses estaban compartiendo el descubrimiento inglés de que el secreto del triunfo anglosajón no se encontraba en sus instituciones, sino en su sangre.

Aunque los estadounidenses apoyaron con entusiasmo la idea de que el mundo sería moldeado por una raza superior que impusiera su voluntad a toda una gama de razas inferiores, no todos estuvieron dispuestos a aceptar la idea de que los estadounidenses eran, simplemente, anglosajones transplantados. Algunos fueron aún más lejos, arguyendo que los estadounidenses formaban una raza separada, superior y única. Durante esta época, “con el acentuamiento del tono laico y los modos experimentales de la ciencia positiva y sus cimientos darvinistas, los Estados Unidos aparecerán ahora, simplemente, como el teatro vivo de la evolución, como el país darwiniano por excelencia.”¹⁵²

Finalmente, cuando el expansionismo territorial de los Estados Unidos llegó al sudoeste y a California en los decenios de 1830 y 1840, los mexicanos simplemente fuimos metidos dentro del expansionismo democrático y regenerador estadounidense, en el debate científico-racial, y en el destino providencial de la nación que se concebía a sí misma como el mejor elemento humano para la realización de su propia misión universal.

¹⁵¹ Edward McNall, *op. cit.*, p. 46.

¹⁵² José Luis Orozco, *op. cit.*, p. 132.

CAPÍTULO 3

La percepción estadounidense de los mexicanos y su influencia en la relación bilateral

*“México era pobre, perturbado, en anarquía, casi en ruinas;
¿qué podía hacer para contener la mano de nuestro poder,
para impedir el avance de nuestra grandeza?
Nosotros somos anglosajones americanos;
era nuestro destino poseer y gobernar este continente;
¡estábamos obligados a hacerlo! Éramos un pueblo elegido
y esta era la herencia asignada a nosotros;
¡habíamos de empujar a todas las demás naciones
ante nosotros!” / Walt Whitman, en el *Brooklyn Daily Eagle*,
1846.*

3.1 Los estadounidenses a principios del siglo XIX

Cuando el expansionismo norteamericano puso en contacto directo a estadounidenses y mexicanos a mediados del siglo XIX, los estadounidenses ya tenían perfectamente trazada e interiorizada su percepción de superioridad moral y racial. Durante los decenios de 1830 y 1840, cuando fue obvio que los intereses de Estados Unidos y de México eran incompatibles, y que los mexicanos sufriríamos, se encontraron debilidades innatas en nosotros. Los estadounidenses nos colocaron dentro de una jerarquía de razas superiores e inferiores. Mientras ellos se presentaron a sí mismos como la crema de la crema –la flor de los caucásicos- los mexicanos fuimos descritos como una raza mixta, adulterada por innumerables matrimonios entre españoles, indios y negros. Durante aquellas primeras décadas de vida como país independiente, el juicio común estadounidense acerca de los mexicanos fue el de considerarnos como un pueblo inferior, degenerado, flojo, incapaz, cobarde, supersticioso, atrasado e inmoral, producto de toda una mezcla emponzoñada de color.

* Poeta norteamericano (1819-1892). Párrafo extraído de Reginald Horsman, *La raza y el destino manifiesto: orígenes del anglosajismo racial norteamericano*, México, FCE, 1985, p. 323.

Desde su nacimiento, los estadounidenses incorporaron en su flamante nación el espíritu religioso de la Reforma protestante en su acepción calvinista, los elementos del histórico conflicto religioso y cultural entre Inglaterra y España, mejor conocidos como la Leyenda Negra, así como la adopción del mito de un pasado anglosajón libre. Todos ellos fueron elementos que configuraron de manera especial el carácter de la nueva nación.

Mientras la religiosidad puritana les dio a los estadounidenses un gran impulso religioso y misionero, la Leyenda Negra les proveyó una fuerte dosis de prejuicios y estereotipos. Por último, su anglosajismo racial les gestó un fuerte complejo de superioridad al considerarse a sí mismos como una raza particularmente especial de hombres que disfrutaba del mejor sistema político creado por la humanidad.

La joven república proclamó que era una nación destinada a grandes hechos, dotada con una misión histórica de gran trascendencia en beneficio de toda la humanidad. Su supervivencia como minúsculas colonias, su exitosa guerra de independencia contra el poder imperial de la Gran Bretaña, y su prosperidad económica alcanzada en las décadas siguientes, fueron colocadas en una secuencia de victorias que habían comenzado con el descubrimiento de América y la Reforma protestante, e interpretadas como la confirmación palpable, manifiesta, de su elección y predestinación. De este modo, la insistencia de los estadounidenses por considerarse a sí mismos como un pueblo elegido no era en modo alguno una simple pretensión o capricho, sino el cabal cumplimiento de un muy elevado designio providencial.

Para principios del siglo XIX, este era el retrato que los estadounidenses se habían creado de sí mismos. Más el encuentro entre estadounidenses y mexicanos con la independencia de Texas y la guerra de 1847, exacerbaron su percepción de superioridad racial. De acuerdo con el historiador norteamericano Reginald Horsman, "el catalizador en la adopción abierta de un anglosajismo racial fue el encuentro de norteamericanos y mexicanos en el Sudoeste, la revolución de Texas y la guerra con México. Al enfrentarse a los

mexicanos, los norteamericanos claramente formularon la idea de que ellos eran la raza anglosajona".¹⁵²

Durante las décadas de 1830 y 1840, el anglosajismo racial estadounidense adquirió una agresividad sin parangón que fue descrito en un lenguaje de orden, fuerza y poder; mientras los estadounidenses se presentaron como los descendientes mejor dotados de los germanos e innatamente superiores a cualquier otro grupo humano, los mexicanos fuimos colocados al nivel de los indios de Norteamérica, y condenados a seguir el mismo camino de su extinción. En los años de la guerra con México, "los prejuicios religiosos y culturales de los Estados Unidos, mezclados con una fuerte dosis de la Leyenda Negra, fácilmente se entremezclaron en una intolerancia racista que llegó a ser prominente en el siglo XIX y que pareció justificar la conquista estadounidense de su vecino del sur."¹⁵³

3.2 Hispanoamérica y la Nueva España

Todos los países y pueblos latinoamericanos herederos de la cultura católica española fueron vilipendiados por los estadounidenses desde su nacimiento mismo como países independientes. John Adams, por ejemplo, quien estaba profundamente influenciado por los prejuicios antihispanos, dudaba que los nuevos países de América del Sur logran establecer gobiernos representativos. En su opinión, "el pueblo de la... América [española] es más ignorante, el más supersticioso de todos los católicos romanos... [El] que... un gobierno libre... se introduzca y establezca entre esta gente, en todo este vasto continente o cualquiera de sus partes... me parece a mí... tan absurdo como lo serían planes similares para establecer democracias entre los pájaros, las bestias y los peces".¹⁵⁴ Otros, como Andrew Jackson, se mostraron abiertamente hostiles hacia los pueblos del sur por tratarse de una "mezcolanza inferior".

¹⁵² Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 286.

¹⁵³ Jaime E. Rodríguez O. y Kathryn Vincent, *op. cit.*, p. 6.

¹⁵⁴ *Ibid.*

A diferencia de la admiración y simpatía que despertó la exitosa guerra de independencia de Estados Unidos entre los caudillos insurgentes de América del Sur e, incluso, tras haber vislumbrado en el pueblo norteamericano un aliado natural, los estadounidenses “nos siguieron viendo con los lentes ahumados de sus rancias monomanías antiespañolas, penetraron con sus inveterados prejuicios y estereotipos históricos la veste solemne y descubrieron o vieron tras ella a la misma vitanda criatura hispánica, incluso todavía más degenerada. La crueldad, la indolencia, la cobardía y el fanatismo españoles siguieron vigentes para caracterizar ahora a los descendientes de la espuria España”.¹⁵⁵ La Leyenda Negra, acogida por aquéllos primeros colonos provenientes de Europa en el siglo XVI, seguía vigente y ahora estaba siendo utilizada por los propios estadounidenses para calificar a los pueblos de Hispanoamérica.

A juicio de los estadounidenses, los pueblos de América del Sur carecíamos del carácter moral indispensable para una política estable y libre a causa de nuestra herencia histórica y prolongada servidumbre colonial. Los latinoamericanos, dijo el Secretario de Estado norteamericano John Quincy Adams en 1821, “no tienen los elementos básicos para un gobierno bueno o libre. El poder arbitrario, militar y eclesiástico, estaban impregnados en su educación, en sus hábitos y en todas sus instituciones”.¹⁵⁶ Los constantes fracasos que siguieron a los primeros intentos de los nuevos países por establecer gobiernos representativos les parecieron confirmar sus acerbadas críticas sobre el carácter y moral de los pueblos hispanoamericanos, alimentando a su vez su propia percepción de superioridad por el éxito político que ellos habían alcanzado.

Al envilecimiento cultural de los nuevos países de América del Sur se sumó, en las primeras décadas del siglo XIX, su degradación racial. Desde la perspectiva racial estadounidense, “los principales linajes raciales en América Latina, los ibéricos, los americanos nativos, los negros, y las ‘razas mestizas’,

¹⁵⁵ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, pp. 10-11.

¹⁵⁶ Michael Hunt, *op. cit.*, p. 59.

estaban todas por debajo de la escala humana”.¹⁵⁷ Los *mongrel races*, como frecuentemente se designaba a los pueblos del sur, conformaban una mezcla de razas completamente degeneradas e incapaces de disfrutar de las libertades políticas de que gozaban los estadounidenses.

En el caso concreto de México, el hecho de que los mexicanos fuéramos vecinos no nos conquistó una simpatía más bondadosa que la que los estadounidenses podrían sentir por otros pueblos latinoamericanos. Aunque inicialmente las trece colonias inglesas permanecieron distantes del territorio de la Nueva España, los colonos ingleses ya tenían una imagen sobre el pueblo y la cultura de sus habitantes por causa de su herencia española. A los ojos de los colonos, la Nueva España era “una región tropical exótica, entenebrecida por una dictadura medieval y poblada por una mezcla de razas extrañas a la cultura inglesa.”¹⁵⁸

La distancia territorial que separaba inicialmente las dos empresas coloniales no tenía comparación con la brecha cultural: “el imperio español resultaba más lejano que la India, Argelia y China, no porque en América fuesen mayores las distancias, o inhospitalarios los desiertos, sino por la profunda zanja que entre ambas áreas históricas y culturales cayó en odio histórico a España, y por supuesto a su obra colonizadora en el Nuevo Mundo.”¹⁵⁹

En concreto, la relación entre México y Estados Unidos había comenzado desde “mucho antes de que las dos naciones existieran como tales. Surgió de un choque de culturas y sistemas imperiales e incluyeron una dosis de codicia, fanatismo y racismo”.¹⁶⁰ En opinión de los colonos ingleses, la Nueva España hervía de corrupción; pero entre todas las ciudades la de México se llevaba las palmas. La desmoralización de los mexicanos manaba de una fuente muy odiada por los puritanos: del catolicismo. El y sólo el era el responsable del contagio de ambiente. De acuerdo a Juan Ortega y Medina, la forma como se

¹⁵⁷ Alexander DeConde, *op. cit.*, p. 28.

¹⁵⁸ José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 4.

¹⁵⁹ *Ibid.*

¹⁶⁰ Stanley R. Ross, “Mexican-U.S. Relations: an historical perspective”, en *U.S. Policies toward Mexico*, USA, American Enterprise Institute for Public Policy Research, 1979, p. 6.

presentó por primera vez México ante la conciencia anglosajona fue de manera negativa; es decir, hispánica y papista.¹⁶¹

3.3 Las primeras décadas del México independiente

Una vez que México alcanzó su independencia, el desdén de los estadounidenses hacia los mexicanos fue avistado por nuestro primer representante diplomático en aquel país. Tan temprano como 1822, José Manuel Zozaya, primer enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en Washington durante el imperio de Iturbide, dio alarma a su gobierno de que los estadounidenses eran un pueblo arrogante que consideraba a los mexicanos como seres inferiores:

La soberbia de estos republicanos no les permite vernos como iguales sino como inferiores, su envanecimiento se extiende en mi juicio a creer que su capital lo será de todas las Américas: aman entrañablemente a nuestro dinero, no a nosotros, ni son capaces de entrar en convenio de alianza o comercio sino por su propia conveniencia, desconociendo la recíproca. Con el tiempo han de ser nuestros enemigos jurados, y con tal previsión los debemos tratar desde hoy, que se nos venden como amigos.¹⁶²

Desde un inicio, los estadounidenses habían transferido diestramente los conceptos de la Leyenda Negra, tales como la superstición, la intolerancia y la pereza española, a sus vecinos del sur. Mientras que el autoritarismo y el despotismo calificaban la cultura de México, nuestra población fue descrita como degenerada, salvaje, floja, inmoral y corrupta. Ante la mirada juiciosa de los estadounidenses, los mexicanos éramos el resultado de una triste mezcla de sangre entre las desdichadas razas española, india y africana, habiendo heredado las peores cualidades que en cada una de ellas predominaba.

¹⁶¹ Juan Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, México, Porrúa y Obregón, 1953, p. 20.

¹⁶² Ana Rosa Suárez Argüello, "José Manuel Zozaya y el inicio de las relaciones de México con EU", *Secuencia*, núm. 20, Mayo-Junio, 1991, p. 172.

Fue así, que la primera ola de estadounidenses que visitó México a principios del siglo XIX, reportó que había encontrado una población completamente negra, cobarde y cruel, adicta al juego y de baja moral. Stephen F. Austin, en su visita a la ciudad de México en 1822, declaró que los mexicanos “‘son fanáticos y supersticiosos en extremo, y la desidia para ser la orden del día’. Para hombres como Austin, la diferencia entre españoles y mexicanos era que éstos últimos eran aún más inferiores por causa de su mezcla racial.”¹⁶³ Un visitante en la ciudad de México a principios de la década concluyó que la mayoría de su población ‘no carecía de nada, pero sus extremidades eran más torpes que la de los monos’.”¹⁶⁴

En la jerarquía racial establecida por los anglosajones americanos, y en la que ellos obviamente ocupaban el peldaño más alto, estaban los españoles y franceses por debajo de ellos, pero “aún más debajo de la escala estaban los mexicanos, quienes fueron descritos como ‘ignorantes, supersticiosos, malévolos y sin ninguna concepción de la industria y el ahorro’.”¹⁶⁵ Todas estas apreciaciones fueron juicios comunes entre los viajeros anglosajones, que para aquella época ya tenían profundamente arraigadas sus suposiciones tácitas acerca de la inferioridad connatural de los pueblos de piel oscura.

Estas también fueron las mismas consideraciones de Joel R. Poinsett, primer diplomático anglosajón en México. Protestante puritano y con un manifiesto rechazo a la cultura hispana, llegó a México por primera vez en 1822 como agente especial del Departamento de Estado. Aunque se le había comisionado para que informara sobre las condiciones imperantes en México después de su independencia, el propósito real de su visita había sido el de “solicitar un cambio muy serio en la frontera entre Estados Unidos y México, equivalente a lo que se conseguiría después de la guerra de 1847.”¹⁶⁶

Fruto de ese viaje fue su libro *Notes on Mexico*, donde recogió sus impresiones

¹⁶³ Jaime E. Rodríguez O. y Kathryn Vincent, *op. cit.*, p. 9.

¹⁶⁴ Michael Hunt, *op. cit.*, p. 60.

¹⁶⁵ Edward McNall, *op. cit.*, p. 196.

¹⁶⁶ Carlos Bosh García, “Joel R. Poinsett (1825-1829), en Ana Rosa Suárez Argüello, *En el nombre del Destino Manifiesto. Guía de ministros y embajadores de Estados Unidos en México 1825-1993*, México, Instituto Mora-SRE, 1998, p. 15.

de su visita a nuestro país, y el cual estaba destinado a formar en el pueblo estadounidense una imagen puntual sobre México. Al igual que muchos de sus contemporáneos, su opinión estuvo sobrecargada del juicio implacable que lanzó sobre la sociedad a la que llegó y de la incompreensión que mostró ante el mundo que encontró. De acuerdo con la investigadora Marcela Terrazas, los valores que portaba éste viajero-diplomático chocaron con un universo que percibió papista, satánico e irremediabilmente hispánico. Finalmente, el encuentro, o más bien el desencuentro con el mundo hispanoamericano, y en este caso con México particularmente, no modificó sustancialmente los arraigados prejuicios; más bien los confirmó convirtiéndolos en juicios. Su experiencia en el suelo mexicano no transformó su apreciación negativa sobre este país, más bien la reafirmó.¹⁶⁷

Como se puede advertir en las líneas precedentes, desde mucho antes del inicio de nuestra vida como país independiente, la cultura y el pueblo de México habían sido simplemente rebajados a los ojos de los estadounidenses. Años más tarde, en las décadas de 1830 y 1840, nuestro envilecimiento fue completado al ser presentados como una raza que durante un largo tiempo había estado mezclándose con los indios y los negros. El perenne estado de desolación de nuestro país y la inestabilidad e incompetencia del gobierno mexicano se debían, arguyeron los norteamericanos, a las inadecuaciones de una población inferior.

Durante la independencia de Texas y la guerra de 1847, el menosprecio general de los estadounidenses hacia los mexicanos fue expresado en un discurso público en los Estados Unidos que llegó incluso a una completa deshumanización en los momentos de mayor exaltación bélica. Fuimos considerados como seres viles y degradados, peor que bárbaros, y condenados a seguir el mismo camino de la extinción de los indios. El mundo se beneficiaría, se dijo, si una raza superior poblara y gobernara el territorio de México, en lugar de la despreciable y degradada raza mexicana.

¹⁶⁷ Marcela Terrazas y Basante, "Joel R. Poinsett, primer viajero-diplomático anglosajón en México", *Secuencia*, núm. 20, Mayo-Agosto, 1991, p. 52.

Durante aquéllos años de hostilidades hacia México, los estadounidenses nuevamente hablaron, al igual que como lo hicieron en su trato con los indios, del uso apropiado de la tierra, de predestinación geográfica, de la extensión del área de la libertad, del derecho de posesión de todo el territorio mexicano en virtud de una ley superior a los pergaminos y a las áridas reglas diplomáticas y de la regeneración del pobre e indolente pueblo mexicano, el cual era una raza de hombres imbéciles, producto de toda una mezcla emponzoñada de color. Fue con el conjunto de todas estas creencias “que los norteamericanos demandaron en 1845 la ocupación de todo el territorio de Oregón, la anexión de Texas, y posteriormente la guerra contra México y la conquista de Nuevo México y California.”¹⁶⁸

3.4 La independencia de Texas

Antes de abordar la independencia de Texas y su anexión a los Estados Unidos desde la perspectiva estadounidense, es necesario contextualizar el interés norteamericano por este territorio y el proceso por el que fue finalmente incorporada dentro de la Unión Americana. El propósito es comparar la independencia de Texas y su *re-anexión* a los Estados Unidos, con la guerra del 47 y el fracaso del movimiento expansionista que en su momento de mayor efervescencia estuvo dispuesto a la incorporación de todo el territorio mexicano.

Históricamente, las costas de Texas habían sido exploradas por España desde el siglo XVI. A partir de ese momento, sucesivas expediciones, capitulaciones, cédulas reales y mapas de la época, confirmaban con claridad su pertenecía al territorio de la Nueva España. Aunque los intentos de colonización española durante los siglos XVI y XVII fracasaron a causa de la belicosidad y nomadismo de las tribus indígenas, fueron las pretensiones francesas sobre Texas, a finales del siglo XVII, las que llevaron al gobierno de la Nueva España a impulsar la fundación de misiones, las cuales lograron

¹⁶⁸ Jesús Velasco Márquez, *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)*, SepSetentas, México, 1975, p. 72.

establecerse finalmente a principios del siglo XVIII.

Lo anterior es de gran relevancia ya que los estadounidenses insistentemente han considerado que Texas les pertenecía por ser parte de la Luisiana. El territorio de la Luisiana había pertenecido a España por donación voluntaria de Francia en 1764. Más tarde, en 1800, pasó nuevamente a poder de Francia por el tratado de San Ildefonso. Aunque los límites de la Luisiana nunca se extendieron hasta la provincia texana, en un hecho de suma importancia, la cesión de España a Francia no demarcó los límites fronterizos de la provincia referida, hecho que los estadounidenses aprovecharon hábilmente, pues al comprarla a Francia en 1803, alegaron que la provincia de Texas y parte de las Floridas pertenecían al territorio adquirido. Incluso, afirmaron que la Luisiana se extendía hasta el río Bravo.

Las ambiciones de Estados Unidos por el territorio mexicano ya habían sido percibidas desde la época colonial. La advertencia que hiciera el representante de España ante el gobierno estadounidense, Luis de Onís, al virrey Venegas a principios del siglo XIX, fue un claro ejemplo:

Cada día - escribió Onís el primero de abril de 1812 - se van desarrollando más y más las ideas ambiciosas de esta república, y confirmándose sus miradas hostiles contra España: V. E. se halla enterado ya por mi correspondencia, que este gobierno se ha propuesto nada menos que fijar sus límites en la embocadura del Río Norte o Bravo, siguiendo su curso hasta el grado 31 y desde ahí tirando una línea recta hasta el mar Pacífico, tomándose por consiguiente las provincias de Texas, Nuevo Santander, Coahuila, Nuevo Méjico y parte de la provincia de Nueva Vizcaya, y la Sonora. Parecerá un delirio este proyecto a toda persona sensata, pero no es menos seguro que el proyecto existe, y que se ha levantado un plan expresamente de estas provincias por orden del gobierno, incluyendo también en dichos límites la isla de Cuba, como una pertenencia natural de esta república.¹⁶⁹

¹⁶⁹ Gastón García Cantú, *Las invasiones norteamericanas en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 13.

Ante la amenaza que representaba el expansionismo territorial de los Estados Unidos, las autoridades de la Nueva España consideraron que un grupo de gentes adictas a España conformaría una buena barrera para detener el ensanchamiento territorial angloamericano. Sólo poblando Texas, se arguyó, se lograría defender a este territorio y al resto de la Nueva España de una posible agresión estadounidense. El primer intento formal para establecer un grupo de colonos norteamericanos en tierras texanas fue el de Moisés Austin, quien pretextó haber sido súbdito español en la Luisiana. El permiso para establecerse él y trescientas familias fue otorgado por el virrey Apodaca en 1821. Cuando Moisés murió, su hijo Esteban fue el encargado de proseguir la empresa de colonización.

Las condiciones fijadas para la colonización fueron que todos los colonos tendrían que ser católicos romanos, de buenas costumbres, y jurar obedecer y defender al gobierno del rey de España, así como respetar la constitución política de la monarquía española. Los colonos aceptaron las condiciones impuestas, con lo cual “no sólo habían entrado a Texas como católicos sino también aceptaron sin reserva la intolerancia religiosa y el sistema monárquico de gobierno.”¹⁷⁰

Una vez independizado el país, durante el imperio de Agustín de Iturbide se ratificó el permiso otorgado por el virrey de Apodaca. En enero de 1823, durante su gobierno, se creó la primera ley de colonización. En ella se garantizaba la libertad, la propiedad y los derechos civiles de los extranjeros, exigiéndoles, a cambio, que cultivaran sus tierras, fueran católicos y fieles a México. La única medida que encontró oposición fue la de que no habría más compraventa de esclavos y que los hijos de los esclavos ya adquiridos serían libres a la edad de catorce años.

La liberalidad de las concesiones y la fertilidad de las tierras motivaron la entrada a Texas de cientos de estadounidenses. En 1824, durante la primera

¹⁷⁰ Josefina Zoraida Vázquez, “The Colonization and Loss of Texas: A Mexican Perspective”, en Jaime Rodríguez y Kathryn Vincent, *Myths, Misdeeds, and Misunderstandings. The roots of conflict in U.S.-Mexican Relations*, USA, SR Books, 1997, p. 49.

República, se ratificó nuevamente el permiso de colonización, y con él las concesiones también continuaron. Las autoridades mexicanas seguían firmes en su convicción de que sólo poblando Texas se podría defender la integridad territorial de todo el país, pues se creía que si se perdía Texas de manera permanentemente, entonces el resto de México sería la siguiente meta.

Además, las autoridades mexicanas tenían conocimiento de que los negros en los Estados Unidos habían sido “reducidos a la esclavitud”, y que los acuerdos con los indios nunca habían sido respetados, siendo despojados de sus tierras y de su civilización. Durante aquella época, “el sentir general de los mexicanos era que para ‘expandir la libertad’, serían considerados inferiores, y que la religión católica sería destruida.”¹⁷¹

Sin embargo, los colonos texanos no tenían ningún lazo que los uniera a México. Las costumbres, el idioma y los orígenes raciales eran completamente diferentes. Incluso, la actitud antiesclavista de los mexicanos, que para 1829 ya habían abolido la esclavitud por quinta vez, se cernía directamente sobre la economía de los colonos. Las instituciones y los modos de vida se enfrentaban, mientras la religión católica era otro elemento de permanente animosidad.

En poco tiempo, las consideraciones tácitas que durante un largo tiempo habían tenido los estadounidenses acerca de inferioridad innata de los indios y los negros se hicieron extensivas a los habitantes de México. Atacados como incapaces e inconstantes, los mexicanos fuimos considerados como un “pueblo perezoso y despilfarrador”. La mayoría de los mexicanos, se dijo, nos contentábamos con satisfacer nuestras necesidades animales, “y así continuaría hasta que la raza mexicana se extinguiera o se amalgamará con la cepa anglosajona”. Un mexicano, se dijo, “siempre buscaba el método de hacer las cosas que requieran de menor ejercicio físico o mental”.¹⁷²

Los colonos texanos rápidamente aceptaron estas severas consideraciones.

¹⁷¹ Sally Frahm, *op. cit.*, p. 95.

¹⁷² María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 90.

El folklore popular acerca de los “negros” y los “pieles rojas” que muchos de ellos habían traído consigo desde sus hogares a lo largo de la frontera sur, los predispusieron a una baja consideración de otro pueblo de piel oscura: los mexicanos. Mientras el debate por el control de Texas y el sur-oeste continuaba, “los hombres sureños y otros estadounidenses acogieron y desarrollaron el tema de la inferioridad de los mexicanos como justificación para sus pretensiones.”¹⁷³

3.4.1 La re-anexión de Texas a los Estados Unidos

La revolución de Texas fue interpretada desde sus comienzos en Estados Unidos y entre los colonos texanos como una lucha en contra del tiránico gobierno mexicano, y por el establecimiento de un gobierno representativo. A pesar de las generosas concesiones otorgadas a los colonos, las autoridades mexicanas fueron consideradas como opresoras. Más aún, la revuelta texana fue considerada como un choque racial entre la superior raza anglosajona amante de la libertad y la degradada raza mexicana.

Cuando la revuelta se inició en 1835, el principal líder rebelde, Stephen F. Austin, expresó que “había sido empezada por una raza mixta india-española y negra, contra la raza y civilización angloamericana”.¹⁷⁴ En todo el territorio de Estados Unidos, pero especialmente en el sur, los periódicos y el sentimiento popular expresaron su aprobación a la causa rebelde, pues se creía que los derechos y privilegios de los colonos texanos habían sido pisoteados “y su sangre sajona humillada y esclavizada por moros, indios y mestizos.”¹⁷⁵ Este antagonismo racial, permaneció como una de las causas de la revuelta de los colonos anglosajones en la provincia de Texas.

En Estados Unidos, la lucha fue vista como un choque entre los texanos blancos de su propio linaje y la raza mixta de México. El envilecimiento racial

¹⁷³ Michael Hunt, *op. cit.*, p. 60.

¹⁷⁴ Alexander DeConde, *op. cit.*, p. 29.

¹⁷⁵ *Ibid.*

llegó a los extremos de denostar públicamente a los mexicanos, lo cual fue percibido claramente por nuestro ministro en Estados Unidos al tiempo de la revolución texana. Manuel Eduardo de Gorostiza, uno de los hombres de letras más sobresalientes de México y un diplomático experimentado, “al llegar a Washington en 1836, se sorprendió ingratamente al oír comentarios muy extendidos de odio y desprecio hacia México.”¹⁷⁶

Desde sus primeros días en los Estados Unidos, Gorostiza oyó que el Sabine no era el Sabine, sino el Neches, y que había muchos ríos en Texas llamados Sabine; y que entre los brazos del Sabine había una amplia extensión de territorio reclamado por México que realmente pertenecía a Estados Unidos. Se le mostró un mapa en la Biblioteca del Congreso en apoyo a esta reclamación, donde los nombres de lugares y personas habían sido falsificados descaradamente. En todas partes encontró personas interesadas, ya sea personalmente, material o políticamente en Texas, y también escuchó una abierta y general expresión de odio hacia México.¹⁷⁷ Finalmente, tratado en forma muy ruda por el gobierno de Jackson, Gorostiza regresó a México y publicó un panfleto en el que criticaba a los norteamericanos por su complicidad en la revolución texana y por su actitud condescendiente hacia los mexicanos.¹⁷⁸

En Estados Unidos, los editores de los periódicos y los políticos, invariablemente se enfocaron en la raza cuando se referían a los mexicanos. Durante la revolución texana, “la mayoría de los comentarios enfatizaron la genuina inferioridad de los mexicanos, degradándolos desdeñosamente como una mezcla de razas. Compartida por los líderes del país, este implícito sentimiento popular establecía que debido a sus características raciales, los mexicanos merecían el violento trato que estaban recibiendo.”¹⁷⁹

¹⁷⁶ Gene M. Brack, “La opinión mexicana, el racismo norteamericano y la guerra de 1846”, *Anglia. Anuario de estudios angloamericanos*, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, Vol. 4, 1971, p. 74.

¹⁷⁷ Lota Spell, “Gorostiza and Texas”, *The Hispanic American Historical Review*, núm. 4, vol. 37, noviembre, 1957, p. 442.

¹⁷⁸ Gene M. Brack, *op. cit.*, p. 74.

¹⁷⁹ Alexander DeConde, *op. cit.*, p. 33.

Cuando Texas había ganado de facto su independencia en mayo de 1836, la afinidad racial de estadounidenses y los texanos blancos estuvo constantemente en los labios de quienes favorecían su anexión a los Estados Unidos. Alexander Stephens, político de Georgia, expresó una actitud común: “ellos son de la raza américo-anglosajona”, dijo, “son de nosotros y han partido de nosotros, huesos de nuestros huesos, carne de nuestra carne”.¹⁸⁰ Su anexión a la Unión Americana fue vista como la unión simple y natural de dos naciones contiguas, fundadas ambas por la raza anglosajona y organizadas sobre la misma base de derechos populares e igualdad republicana.

Por el contrario, los mexicanos no valíamos absolutamente nada. Un notable expositor de esta severa consideración fue Robert J. Walter, senador de Mississippi. Dijo al Senado que debían regocijarse de que la lengua y las instituciones estadounidenses y una raza afín a la suya predominaran sobre Texas, en lugar de la coloreada raza mixta y la bárbara tiranía y las supersticiones de México. En 1844, al pedir la anexión de Texas, expresó que:

Cinco sextas partes de la población mexicana eran de ‘razas mixtas, que hablaban más de veinte lenguas distintas, compuestas por toda mezcla emponzoñada de color y sangre’. Preguntó si semejante pueblo podría algún día subyugar y gobernar a la raza americana en Texas. Y aun si pudiera, arguyó, sería una locura que los Estados Unidos permitieran el establecimiento de ‘esta población de color, ignorante y fanática’ en los límites de los estados esclavistas. Si los mexicanos lograban recuperar Texas, el instinto de conservación de los Estados Unidos debía obligarlos a actuar, en lugar de permitir que esa región volviera a caer ‘en manos de las hordas semibárbaras de México’.¹⁸¹

La eventual anexión de Texas a los Estados Unidos produjo una natural oposición del gobierno mexicano, la cual fue menospreciada y ridiculizada en Estados Unidos. Bajo la presidencia de John Tyler, el ministro estadounidense

¹⁸⁰ *Ibid.* p. 30.

¹⁸¹ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 295.

en México, Wilson Shannon, comentó al Secretario de Estado John Calhoun en octubre de 1844: “veo que en algunos de los periódicos de los Estados Unidos se predice que México declarará la guerra a los Estados Unidos; igual probabilidad hay de que el emperador de China también lo haga.”¹⁸²

Más tarde, durante la administración de James Polk, el enviado estadounidense a México, John Slidell, dijo al Secretario de Estado James Buchanan, que en su opinión los mexicanos no entraríamos en guerra: “la verdad es que aunque no tengo una gran idea del intelecto del mexicano, sin embargo no puedo imaginar que nadie que posiblemente sea elegido presidente tenga poco sentido común que piense seriamente en ir a la guerra contra Estados Unidos”.¹⁸³ La suposición general había sido que nuestra debilidad innata nos obligaría a inclinarnos ante los deseos de los Estados Unidos.

Para Buchanan, la misma sangre corría en las venas de texanos y estadounidenses, razón por la cual, dijo, había que tomar Texas, porque “sólo así podemos cumplir con nuestros altos destinos y emprender la carrera de la grandeza que se nos ha ordenado”. Consideró como totalmente imposible que una nación como Texas, compuesta básicamente de estadounidenses nacidos en su suelo, pudiese permanecer bajo el dominio de México: “nuestra raza de hombres nunca podrá estar sometida a la imbecil e indolente raza mexicana’. ‘La sangre sajona nunca podrá ser sometida por nadie que tenga origen mexicano’. Como secretario de Estado de Polk, Buchanan sentía un desprecio absoluto hacia los mexicanos con quienes tenía que negociar”.¹⁸⁴

3.5 La guerra de 1847: los mexicanos y el uso apropiado de la tierra

La tierra no cultivada o mal cultivada había sido atribuida a los indios y fue uno de los argumentos que justificó el despojo de sus territorios. De acuerdo a

¹⁸² Alexander DeConde, *op. cit.*, p. 33.

¹⁸³ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 317.

¹⁸⁴ *Ibid.* p. 298.

los puritanos, la legitimidad sobre la posesión de la tierra derivaba del cultivo apropiado de la misma; su labranza era necesaria para la civilización cristiana y era también el cumplimiento de una sabia disposición divina. En el caso concreto de los mexicanos, el argumento para justificar el despojo territorial fue también de corte tradicional; que los mexicanos no trabajábamos eficazmente el suelo y que, al no ser mejores que los indios, no había ninguna razón para no seguir el mismo procedimiento de despojo utilizado con ellos.

En opinión de los estadounidenses, ellos tenían mayor derecho a la tierra porque la utilizaban de acuerdo con las intenciones del Creador y por ser además una raza superior ante la cual tendrían que ceder tarde o temprano las razas inferiores. Bajo el principio del uso adecuado de la tierra fue que se reclamó inicialmente la anexión de California, argumentando que ellos podrían promover un desarrollo más completo de aquel territorio; una vez iniciada la guerra con México, las pretensiones territoriales acabaron incluyendo todo el territorio mexicano.

La denuncia sobre las incapacidades de otros pueblos para aprovechar apropiadamente la tierra no era en absoluto nueva ni se había limitado su aplicación exclusivamente a los pueblos nativos de América del Norte: “la teoría de que el uso del suelo configuraba un mandato divino o moral figuró no sólo en toda la historia de las relaciones con los indios sino en todos los episodios en los cuales los norteamericanos alimentaron el deseo de anexar tierras ocupadas por una raza ‘inferior’”.¹⁸⁵

Desde la época de la independencia de Texas, los mexicanos habíamos sido constantemente atacados en Estados Unidos como una raza degenerada, en gran parte india, incapaz de someter o mejorar los territorios que poseíamos. Por tal motivo, era completamente razonable adquirir nuestra tierra por compra o despojo para cumplimentar la disposición de Dios de henchir la tierra: “tomar tierras a bárbaros inferiores no era ningún delito; simplemente era seguir el mandato divino de hacer fructificar la tierra”.¹⁸⁶

¹⁸⁵ A. Weinberg, *op. cit.*, p. 80.

¹⁸⁶ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 290.

Los mexicanos, se dijo, no habíamos utilizado adecuadamente la tierra por ser una población degradada producto de una extensa cruce de razas inferiores, y como la mayor parte de los mexicanos era india en realidad, lo que se podía decir acerca de ellos también era aplicable a nosotros: “Sam Houston observó con su encantadora candidez que los norteamericanos siempre habían engañado a los indios, y dado que los mexicanos no son mejores que los indios, ‘no veo motivo para no aplicar ahora el mismo criterio y despojarlos de la tierra’”.¹⁸⁷

Se alegó que, por “derecho divino”, estos territorios no pertenecían al indolente México, sino al pueblo estadounidense que sabría usarlos para derramar las bendiciones de Dios sobre la humanidad. En un lenguaje completamente idéntico al utilizado con los indios durante el siglo XVII, “se reclamó el derecho a la posesión del territorio mexicano en virtud de una ley superior a los pergaminos y a las áridas reglas diplomáticas: la ley de la utilización provechosa del territorio”.¹⁸⁸ Públicamente, se defendió el “derecho a ocupar tierras deshabitadas o gobernadas de manera tiránica. Muchos lo veían como obligación de cumplir con el mandato divino de multiplicarse y poblar la tierra.”¹⁸⁹

Al dogma puritano de “hinchar la tierra”, el movimiento expansionista agregó la idea de predestinación geográfica. Sostuvieron, con peculiar arcaísmo, “que la naturaleza o el orden natural de las cosas fijaba límites naturales a las naciones en general y en particular a los Estados Unidos, la nación signada por un destino especial”.¹⁹⁰ La joven república estaba “predestinada” a extender sus fronteras mucho más allá de sus límites originarios a fin remover las “costras del viejo despotismo”.

Inicialmente, el interés expansionista se había limitado sobre todo al área septentrional, que “no había sido desarrollada por México”. Fue así, que los

¹⁸⁷ A. Weinberg, *op. cit.*, p. 95.

¹⁸⁸ *Ibid.* p. 151.

¹⁸⁹ Josefina Zoraida y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos (un ensayo histórico, 1776-1993)*, México, FCE, 1994, p. 51.

¹⁹⁰ A. Weinberg, *op. cit.*, p. 52.

viajeros estadounidenses se complacieron en presentar a los habitantes de California y Nuevo México como una raza inferior incapaz de mejorar: “T. J. Farnham, en 1840, escribió acerca de los californianos que eran ‘una raza de hombres imbéciles y pusilánimes, incapaces de gobernar los destinos de esa bella región’. Nadie que conociera a la ‘indolente y mezclada raza de California’, arguyó, podía creer que fuera capaz de poblar, ya no digamos de gobernar, la región”.¹⁹¹ En la escala de inteligencia, los californianos estaban “apenas un grado visible por encima de las tribus bárbaras que los rodeaban”.

El proceso de deshumanizar a los mexicanos avanzó rápidamente en Estados Unidos durante la década de 1840. Los mexicanos de California fueron descritos como “simples indios, seres salvajes, descamisados, sin oído ni corazón, encabezados por unos cuantos oficiales tímidos, sin alma ni cerebro”.¹⁹² En tanto, los habitantes de Nuevo México fueron presentados como seres completamente degradados: “con una o dos excepciones, no hay pueblo en el continente de América, civilizado o incivilizado, más miserable en su condición o más despreciable en su moral que la raza mezclada que habita Nuevo México”.¹⁹³

Las razas mezcladas de California y Nuevo México debían desaparecer, mientras que la mezcla de diversas ramas de la familia caucásica de los Estados Unidos produciría una raza que se extendería para cubrir todas las provincias septentrionales de México. La vieja sangre sajona debe cubrir el continente, escribió Farnham, y erigir el altar de la libertad civil y religiosa en las llanuras de las Californias.¹⁹⁴

En el Sudoeste, incluso, surgió la tendencia entre los viajeros anglosajones de elogiar a los pueblos indios para poder vilipendiar, aún más, a los “mestizos” mexicanos. George Kendall, en la expedición Texas-Santa Fe, comentó en un relato que “los pueblos indios de Nuevo México constituían, con mucho, la mejor parte de la población”.

¹⁹¹ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 288.

¹⁹² *Ibid.* p. 289.

¹⁹³ *Ibid.* p. 290.

¹⁹⁴ *Ibid.*

La incorporación de California a la Unión Americana pareció sumamente satisfactoria para los estadounidenses no sólo por obvios intereses comerciales, sino también y de manera especial por lo reducido de su población mexicana. En realidad, ante un pueblo considerado tal débil y carente de respeto propio, el gobierno de James Polk esperaba lograr la anexión de Texas y la compra de California sin recurrir al uso de la fuerza.

3.6 La diplomacia de Estados Unidos hacia México

Hasta antes de 1836, los esfuerzos del gobierno estadounidense para adquirir Texas habían sido, principalmente, a través de la vía diplomática. En 1825, Joel R. Poinsett regresó a México como el primer ministro de Estados Unidos en nuestro país, con instrucciones oficiales de persuadir al gobierno mexicano para realizar cambios profundos en la frontera. El argumento que debería usar era el que dicha cesión “tendría el beneficio de ubicar a la ciudad de México, como capital de país, más cerca del centro de la nación”.¹⁹⁵

Sus proposiciones sobre la frontera chocaron con la oposición de nuestro Secretario de Relaciones Exteriores Lucas Alamán, razón por la cual decidió buscar aliados dentro y fuera del gobierno mexicano, “a pesar de su repugnancia por la sociedad mexicana y por sus políticas, que calificaba en los peores términos”.¹⁹⁶ Su cargo lo desempeñó hasta 1829, cuando el gobierno mexicano pidió su retiro por haberse entrometido en la política interior de México.

En 1829, fue reemplazado por Anthony Butler, quien también tenía la misma orden de adquirir Texas. Su comisión se caracterizó por practicar una diplomacia abierta orientada a sobornar a los funcionarios del gobierno mexicano. El juicio común en Estados Unidos era que tarde o temprano el gobierno mexicano cedería ante las tentaciones de compra porque, en opinión del presidente Andrew Jackson, “apenas conocía a un español que no sea

¹⁹⁵ Glenn Price, *Los orígenes de la guerra con México*, México, FCE, 1974, p. 35.

¹⁹⁶ Carlos Bosh García, “Joel R. Poinsett (1825-1829)”, *op. cit.*, p. 18.

esclavo de la avaricia y no es improbable que esta flaqueza pueda ser de utilidad para nosotros”.¹⁹⁷ Tan pronto presentó sus credenciales como encargado de negocios de los Estados Unidos, Butler “había recibido instrucciones de proponer la adquisición de Texas por cinco millones de dólares, una propuesta que el gobierno mexicano estaba lejos de considerar”.¹⁹⁸

Powhatan Ellis y Waddy Thompson fueron los siguientes ministros, quienes tampoco tuvieron éxito en sus esfuerzos para conseguir parte del territorio mexicano. En el caso concreto de este último ministro, sobresale un intercambio de notas entre él y el Secretario de Estado Daniel Webster. En una de ellas, Webster concluyó su escrito afirmando lo que Estados Unidos tenía derecho a esperar de México:

La verdadera política conveniente para México es bastante evidente. En primer lugar debe reconocer a Texas; en segundo lugar debe dejarnos la alta California a cambio de su valor justo, y finalmente debe renunciar a los proyectos de guerra y engrandecimiento [sic] y dedicar sus pensamientos a la paz y mejoramiento de sus propios recursos. Cualquier persona que imponga estas verdades a su gobierno, le hará un gran favor [sic].¹⁹⁹

Ante el fracaso diplomático por adquirir California, el gobierno estadounidense llegó a la conclusión de que este era un objetivo que, para lograrse, requeriría de una guerra. Al fallar todos los esfuerzos diplomáticos, el presidente James Polk se cogió del único incidente que había sucedido en la frontera: el encuentro entre las fuerzas del general Taylor y el general Arista.

3.7 Inicio de la guerra

¹⁹⁷ María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 89.

¹⁹⁸ Lota Spell, *op. cit.*, p. 433.

¹⁹⁹ Glenn Price, *op. cit.*, pp. 51-52.

Antes de continuar, es necesario mencionar que el encuentro armado sucedió en un territorio que oficialmente no tenía dueño. La parte entre el Nueces y el Bravo era disputada por Texas y Coahuila desde el inicio de la independencia texana. Polk, sabiéndolo, hizo caso omiso y pidió la guerra el 13 de mayo de 1846, justificando la declaración de guerra contra México con el cargo de que “sangre americana” había sido derramada en “tierra americana”.

Al iniciar la guerra, el menosprecio general con que los estadounidenses veían a los mexicanos les hizo suponer que el ejército estadounidense no encontraría una verdadera resistencia dado lo débil y degradada de nuestra población: “la suposición general del gabinete, de que México no se atrevería a combatir contra los Estados Unidos, o que, en el peor de los casos, podría ser fácilmente derrotado, se reflejó en la opinión pública por todo el país.”²⁰⁰ Incluso, se llegó a suponer que la población mexicana oprimida por el ejército, el clero y un gobierno corrompido, recibiría con júbilo al ejército estadounidense.

El hecho de que los mexicanos derramáramos la primera sangre indujo a los estadounidenses a aceptar la afirmación del presidente Polk de que “la guerra existe... por un acto de México mismo... México ha traspasado la línea divisoria de los Estados Unidos, ha invadido nuestro territorio y ha derramado sangre americana en suelo americano...”.²⁰¹ El estallido de la guerra vino a profundizar aún más la antipatía estadounidense hacia los mexicanos y la convirtió en apasionada hostilidad. En el informe oficial de la Comisión de Relaciones Exteriores, “se afirmó que los Estados Unidos habían sido obligados a entrar en conflicto con un pueblo semibárbaro”.²⁰²

En aquél discurso de declaración de guerra, el presidente Polk dio una lista de insultos cometidos por el gobierno mexicano desde los inicios de la relación entre ambos países: “los agravios que hemos sufrido de México casi desde que realizó su independencia y la paciente tolerancia con que los hemos

²⁰⁰ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 318.

²⁰¹ Josefina Vázquez de Knauth, *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47*, México, SepSetentas, 1972, p. 62.

²⁰² A. Weinberg, *op. cit.*, p. 164.

soportado, no tienen paralelo en las historias de las naciones civilizadas modernas”.²⁰³

La prensa norteamericana secundó el discurso de Polk. El *New Orleans Commercial Bulletin*, por ejemplo, declaró en 1846 que “los Estados Unidos han sufrido más insultos, abusos, insolencias y agravios de México, que todo lo que una nación ha sufrido jamás de otra”.²⁰⁴ Durante los primeros meses de guerra, el presidente Polk y sus partidarios expansionistas justificaron su curso agresivo calificando a los mexicanos como “ignorantes, prejuiciosos y completamente desleales”.

El Congreso estadounidense declaró formalmente la guerra el 14 de mayo de 1846 con 42 votos a favor y 2 en contra. De acuerdo con Reginald Horsman, “el menosprecio general con que los mexicanos eran vistos por el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos ayudó a precipitar las hostilidades. Sólo una minoría de norteamericanos sintió cierta culpa al declarar la guerra a tal gente.”²⁰⁵

Tan ampliamente aceptado llegó a ser el estereotipo negativo que se tenía de los mexicanos que incluso aquellos que se oponían a la guerra caracterizaron a los mexicanos como una raza de “semi-salvajes”, la cual sería difícil sino es que imposible de mejorar o asimilar. En este mismo espíritu el diario de Nueva York declaró que “los mexicanos son *indios aborígenes*, y deben compartir el mismo destino de su raza.”²⁰⁶

Durante esta época, los mexicanos fuimos repetidamente atacados en los Estados Unidos como raza degenerada, en gran parte india, incapaz de someter o mejorar los territorios que poseíamos. En tanto, nuestros representantes diplomáticos en Estados Unidos “quedaron atónitos ante las rabiosas aptitudes antimexicanas y la forma en que a los mexicanos se les

²⁰³ Gastón García Cantú, *op. cit.*, p. 113.

²⁰⁴ A. Weinberg, *op. cit.*, p. 162.

²⁰⁵ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 316.

²⁰⁶ Michael Hunt, *op. cit.*, p. 60.

consideraba, en conjunto con indios y negros, como raza inferior.”²⁰⁷

3.8 La deshumanización del lenguaje en tiempos de guerra

Durante los primeros meses de la contienda, la retórica de los tiempos de guerra incluyó el brutal idioma de la deshumanización: “aunque los bárbaros caen como granizo, como su disposición es aún belicosa y la carnicería hecha en sus ejércitos por la superioridad de la guerra científica y la bravura indómita de hombres dispuestos a la paz, les enseñarán provechosas lecciones, y la pérdida de unos cuantos miles de ellos no es tan deplorable. Esta guerra enseñará a los mexicanos a pensar en su flaqueza e inferioridad”.²⁰⁸

James Russel Lowell, un poeta abolicionista, expresó la convicción de muchos estadounidenses en la despectiva cólera de la época:

“Antes de dejar mi casa tenía la firme convicción
de que los mexicanos no eran seres humanos -
una nación bastarda, bastarda,
la clase de gente que un tipo podría matar y
luego no sufrir pesadillas...”²⁰⁹

Walt Whitman, poeta y editor de *Brooklyn Daily Eagle*, escribió:

“Nosotros amamos el inculcar pensamientos sobre el poderoso futuro de esta república porque su crecimiento es el crecimiento de la felicidad humana y de la libertad... que tiene el miserable e ineficiente México con sus supersticiones, su burla por encima de la libertad, su tiranía actual de unos cuantos sobre la mayoría, ¿qué tiene que hacer ella con la gran misión de poblar el nuevo mundo con una noble raza?, ¿será de nosotros el alcanzar esta misión! Será de nosotros el echar abajo los residuos del viejo despotismo que se atraviesa en nuestro

²⁰⁷ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 292.

²⁰⁸ *Ibid.* p. 322.

²⁰⁹ A. Weinberg, *op. cit.*, p. 164.

camino”.²¹⁰

Los mexicanos no merecimos ningún tipo de consideración por parte de los estadounidenses. Se arguyó, que una guerra entre naciones ilustradas podía escandalizar a la humanidad, “pero un conflicto ocasional con bárbaros era de esperarse”. Un periódico de Nueva York “había dicho que luchar contra los mexicanos era parecido a cazar mapaches”.²¹¹

Fuimos descritos “peor que bárbaros” por nuestro desprecio a los derechos de otras naciones y, según se dijo, por “nuestra particular malevolencia contra los estadounidenses y sus instituciones libres”. El *Evening Post*, en su editorial del 24 de diciembre de 1847, criticó acremente tanto el ascendiente español de los mexicanos como vaticinó el futuro del pueblo de México: “los aborígenes de este país no han intentado ni pueden intentar existir independientemente junto a nosotros. La Providencia lo ha ordenado así y es una tontería no reconocer este hecho: los mexicanos son indios aborígenes y deben compartir el destino de su raza”.²¹²

Este sentimiento de completa deshumanización también fue compartido y expresado públicamente por algunos ciudadanos norteamericanos comunes. Andrew Johnson, de Tennessee, durante la guerra y después de ella, arguyó que “México estaba condenado como nación. Dios se proponía castigar al pérfido y semicivilizado México, y la raza anglosajona ha sido elegida como el arma de represalia”.²¹³

3.9 La regeneración y anexión de *All Mexico*

Inicialmente no se manifestó el deseo de anexar una parte de México o todo el territorio mexicano con el propósito de corregir los defectos de su población,

²¹⁰ Walt Whitman, Editorial, Brooklyn Daily Eagle, 7 de julio de 1846, en Ramón Eduardo Ruiz, *The Mexican War. Was It Manifest Destiny?*, USA, American Problem Studies, 1966, p. 8.

²¹¹ Gene M. Brack, *op. cit.*, p. 76.

²¹² María del Rosario Rodríguez Díaz, *op. cit.*, p. 106.

²¹³ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 324.

pero la posibilidad de una ocupación temporaria de todo el país promovió entre los estadounidenses la más importante modificación del ideal de regeneración. El argumento más importante de este presupuesto altruista fue su completa armonía con el designio providencial de regenerar a los pueblos menos afortunados.

Durante el transcurso de la guerra, la prensa estadounidense habló incansablemente de que Dios había escogido a Estados Unidos para regenerar a la población decadente de México. A principios de 1847, los diarios estadounidenses “revisaron sus razones para convencerse a sí mismos y persuadir al mundo de que la guerra y las anexiones territoriales subsiguientes se justificaban desde el punto de vista de la misión regeneradora”.²¹⁴ Periódicos como el *Democratic Review*, el *Sun* de Nueva York, y el *New York Herald*, consideraron que la prolongación de la presencia del ejército estadounidense garantizaría no sólo el cobro de la indemnización debida sino también la “regeneración” del pueblo mexicano.

El *Herald* de Nueva York sugirió en la primavera de 1847, al argüir que de ser necesario los Estados Unidos debían retener todo el territorio mexicano, que “la universal nación yanqui puede regenerar y emancipar al pueblo de México en unos cuantos años”.²¹⁵ Aunque las expresiones de optimismo de este tipo eran todavía raras al inicio de la guerra, en el Congreso estadounidense empezaron a surgir entre quienes estaban dispuestos a anexar todo México. Se pensó que “debido a que los mexicanos eran ignorantes y pobres, resultarían bendecidos si se convirtieran en parte de los Estados Unidos”.²¹⁶

Por su parte, el *Sun*, que exigía la proclamación inmediata de la unión para acabar con la guerra, divisaba el “dedo de la Providencia alzado para salvar a un pueblo oprimido por los tiranos y los ladrones”. Para los estadounidenses, la guerra fue considerada como “la ejecución religiosa de la gloriosa misión de nuestro país, bajo la dirección de la divina Providencia, para civilizar,

²¹⁴ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 125.

²¹⁵ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 321.

²¹⁶ Sally Frahm, *op. cit.*, p. 95.

cristianizar, y elevar de la anarquía y la degradación a un pueblo muy ignorante, muy indolente, perverso e infeliz".²¹⁷ Con un tono idealista semejante al del período de la colonización, los estadounidenses aseveraron que su misión en México era el de civilizar y capacitar a los mexicanos para que pudiéramos disfrutar de las libertades políticas que ellos gozaban.

La filosofía que interpretaba a la guerra como un instrumento divino de progreso social fue expuesta con particular detenimiento por el senador H. V. Johnson:

No pretendo imponer mediante la espada nuestra forma de gobierno a ningún pueblo. Pero si nos obligan a entrar a la guerra, como ha sido el caso, y la ampliación de nuestro territorio, y por consiguiente la extensión del área de la libertad y la felicidad humana se convierten en uno de los incidentes de esta disputa, creo que seríamos indignos de nuestra noble misión si rehusáramos cumplir los elevados propósitos de una Providencia sabia. La guerra tiene sus males. En todos los tiempos ha sido autora de matanzas y de abrumadora desolación; pero por mucho que podamos afirmar que sus designios son inescrutables, es indudable que el Todopoderoso Dispensador de los hechos también la convirtió en instrumento de ese gran fin que es la elevación y la felicidad humana.²¹⁸

La premisa de que los mexicanos vivíamos en condiciones deplorables no era en absoluto nueva. Sin embargo, el desbordado optimismo que generó la posibilidad de anexar todo el territorio mexicano permitió formular una nueva explicación acerca del perenne estado de desolación de nuestro país. Mientras que la exégesis tradicional había sido el atribuir la infortunada situación de México al conjunto de su población y a su aciaga herencia hispana, ahora se concedía generosamente que la culpa era imputable en realidad a los gobernantes del país, y que el propio pueblo mexicano constituía un adecuado objeto de regeneración.

²¹⁷ A. Weinberg, *op. cit.*, p. 162.

²¹⁸ *Ibid.*

En este sentido, *De Bow's Review* publicó un artículo en el que narraba las dificultades y disturbios de los mexicanos desde su independencia, explicándolo por la escasez de educación, la falta de una clase media y el dominio del pueblo por el clero y los militares. "Todas estas causas", decía, "deben suprimirse antes de que México pueda ser regenerado; y aunque esto es difícil, no hay razón para desesperar, pues los mexicanos poseen grandes capacidades naturales que sólo requieren de un cultivo apropiado y un campo favorable a su desarrollo para que puedan llegar a un alto grado de inteligencia".²¹⁹ Los mexicanos "eran un pueblo a ser salvado del egoísmo y crueldad de sus gobernantes, era una comunidad a ser redimida y necesitada de las bendiciones de paz, orden y libertad americanas."²²⁰

The New York Sun fue bastante idealista. Su editor creyó que la Providencia había deseado la guerra con México para unir y enaltecer ambas naciones. El 22 de octubre de 1847 escribió: "La raza [mexicana] esta perfectamente acostumbrada a ser conquistada, y la única nueva lección que les enseñaremos es que nuestras victorias dan libertad, seguridad y prosperidad a los derrotados. Liberar y *ennoblecer* -no esclavizar y *humillar*- es nuestra misión."²²¹

El senador Sydney Breese, de Illinois, reconoció la nueva opinión prevaleciente cuando dijo: "Tengo una opinión distinta del pueblo de tal país, y creo ver en él atributos y elementos perfectamente susceptibles, mediante la debida educación, de una nación mejor".²²² Aunque el juicio general era que todavía los mexicanos no estábamos lo suficientemente maduros para recibir las virtudes de las instituciones republicanas, se consideró que esto sería posible con el tiempo.

La guerra con México determinó una nueva interpretación del plan

²¹⁹ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 320.

²²⁰ Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in America History*, Nueva York, USA, Vintage Books, 1963, pp. 121-122.

²²¹ *Ibid.* p. 122.

²²² Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 321.

providencial. Entre algunos expansionistas, especialmente entre aquellos que alentaban sentimientos más amables hacia los mexicanos, comenzaron a anticipar ideales posteriores en una actitud que concebía la regeneración de los habitantes como un incidente compensatorio de la conquista de sus tierras. Esta inspiración moral de los expansionistas “se derivó de la concepción de un deber religioso capaz de regenerar al pueblo infortunado del país enemigo atrayéndolo hacia el vivificante santuario de la democracia americana.”²²³ Se trata de una curiosa secularización de la vieja consigna de cambio de “temporalidades” por “espirituales” empleada con los indios.

La mayoría de quienes favorecieron la total anexión de México pensaron que la regeneración de su población podía ser posible. Se pensaba que la educación, un entusiasta fomento del comercio con los Estados Unidos, un rápido influjo de estadounidenses atraídos por un ilustrado nuevo orden y una creciente prosperidad, una gran reducción de la población mexicana, una elite anglosajona que gobernara a los mexicanos y la final la absorción de un país que quedaría “sajonizado”, serían suficientes en el largo plazo para transformar el territorio mexicano.

No obstante, en el futuro inmediato México sería administrado por el ejército como una posesión colonial. Los mexicanos no seríamos esclavizados, pero si quedaríamos subordinados al dominio de una “raza superior”. La instauración de un gobierno militar de tipo colonial, se pensó, llevaría la prosperidad a México, poder y riqueza a los Estados Unidos, y apresuraría el momento en que todo el mundo progresaría.

3.10 México, “*the forbidden fruit*”

La sugestión de convertir a los Estados Unidos en una potencia colonial provocó una fuerte crisis en el pensamiento expansionista norteamericano. Para los opositores a la anexión completa de México, el colonialismo, el

²²³ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 38.

militarismo y la ampliación de la esclavitud, arruinarían las instituciones democráticas de Estados Unidos. Su transformación en una potencia colonial, aseguraba la oposición *whig*, pondría en peligro la forma de gobierno republicana, el poder del presidente aumentaría, el militarismo quedaría maduro y la corrupción socavaría la vitalidad de unos Estados Unidos libres y democráticos.

Durante el transcurso de las hostilidades empezaron a aparecer los verdaderos problemas que preocupaban a los opositores a la guerra: el de la esclavitud y el de tener que asimilar gente diferente por una conquista. El representante de Nueva York, Holmes, expresó este último temor: “En mi concepto, el día en que el pueblo de esta república sancione completamente la sujeción y conquista de una nación extranjera, *disímil a nosotros* en idioma, costumbres y leyes, será el día más negro, en mucho el más negro que haya presenciado esta República”.²²⁴

La incorporación de un pueblo “inferior” arruinaría las virtudes republicanas, pues en el fondo se creía que otras razas eran completamente incapaces de participar en un gobierno libre. Si todo México se ingería, se dijo, sería fatal para las instituciones políticas de Estados Unidos. El senador Jabez W. Huntington, de Connecticut, arguyó que “la constitución norteamericana no era una constitución para gente de cualquier color, lengua y hábitos”.²²⁵ El representante Griswold declaró que el gobierno de Estados Unidos “no se ha constituido con el propósito de distribuir sus principios y ventajas entre las naciones extranjeras”, sino “con el propósito exclusivo de asegurar estas bendiciones para nosotros mismos y para nuestra posteridad.”²²⁶

En el Senado, John C Calhoun fue el exponente más extremista del rechazo racial en los estados del sur. Su alocución en el Congreso reflejó claramente la opinión prevaleciente en los Estados Unidos al decir que “nunca soñamos con incorporar a nuestra Unión más que raza caucásica -la raza blanca libre

²²⁴ Josefina Vázquez de Knauth, *op. cit.*, p. 77. Cursivas de la autora.

²²⁵ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 325.

²²⁶ A. Weinberg, *op. cit.*, p. 160.

[...] El nuestro señor, es un gobierno de raza blanca...”²²⁷

En el norte también se vio con horror el posible ingreso de los mexicanos a la Unión, como lo expresó el senador Niles, de Connecticut:

La idea de unir los destinos de esta libre y gran República, a los de un país como México, es sorprendente, y debe llenar de alarma el espíritu de cualquier persona reflexiva ¿No resultará que tal unión, que destruirá la nacionalidad mexicana, al final, sea igualmente destructiva de la nuestra propia?, ¿En qué otro país de la tierra podemos encontrar combinados todos los males de raza, gobierno, religión y moral? Y si es que existen otros males, seguramente también se encontrarán ahí.²²⁸

Phelps, otro senador norteamericano, coincidía en muchos puntos con Niles. No quería ninguna cesión de territorio, porque acarrearía “jurisdicción sobre una horda de gente que probaría no ser más que una carga que será infinitamente peor que la población india”.²²⁹ La educación no era una solución, pues a diferencia de los expansionistas más entusiastas, la mayoría de los estadounidenses creía firmemente en una inferioridad innata, y no sólo ambiental, de todos los mexicanos. Ningún período de tutela prepararía a los mexicanos para participar en un sistema republicano libre dado que la mayor parte de la población de México era completa o parcialmente india, y el resto producto de “razas impuras”. El juicio general era que simplemente no había esperanzas de un gobierno representativo y democrático en México.

Mc Gaudhey, de Indiana, advertía, para aquéllos que tal vez aún no se daban cuenta, de que una parte de los territorios estaba habitado y que, por tanto, tendrían que anexarse también mexicanos: “no podemos esperar que una gente que a través de largos años se ha rehusado a obedecer sus propias leyes, se someterá tranquilamente a las nuestras. Tomemos esta gente *semibárbara* bajo nuestra jurisdicción y miles de males inesperados serán la

²²⁷ Josefina Vázquez de Knauth, *op. cit.*, p. 89.

²²⁸ *Ibid.* p. 90.

²²⁹ *Ibid.* p. 90-91.

consecuencia, males para los que no encontraremos el remedio adecuado.”²³⁰

Por su parte, el *Charleston Mercury* preguntó si “esperamos mezclar en nuestra población ocho millones de hombres, en guerra con nosotros por la raza, por el idioma, por la religión, por las costumbres y por las leyes”, “¿qué harían los Estados Unidos con ocho millones de mexicanos con su idolatría, supersticiones paganas y degradadas razas mixtas?”.²³¹ Los whigs, quienes por una serie de razones se oponían a la guerra, también alimentaron una aversión contra los mexicanos a quienes calificaron como “pueblo miserable”.

El propio Secretario de Estado James Buchanan a menudo expresó su temor a la admisión de un gran número de mexicanos dentro de la Unión Americana. En la primavera de 1847, arguyó que los Estados Unidos debían obtener las Californias, Alta y Baja, Nuevo México y una frontera en el Río Grande, y que la manera más segura de extender la república sería con la adquisición de zonas colonizadas casi exclusivamente por estadounidenses.²³²

La adquisición de tierras situadas al sur de la Sierra Madre plantearía la cuestión de la esclavitud pero, de mayor importancia aún, plantearía preguntas básicas acerca de la naturaleza de población. El senador Calhoun se preguntó si “¿podremos incorporar a un pueblo tan distinto del nuestro en todo aspecto – tan poco calificado para un gobierno libre y popular – sin la destrucción segura de nuestras instituciones políticas?”.²³³ Ni aún quienes anteriormente habían apoyado la idea de que todo México debía ser anexado dieron apoyo práctico a la idea de permitir que los mexicanos ingresaran en la Unión como ciudadanos en igualdad de condiciones.

Defensores y oponentes de la adquisición territorial coincidieron en estigmatizar a los mexicanos como una degradada y mixta raza india. La diferencia era que “los expansionistas creían en la capacidad de los anglosajones de regenerar grandes áreas a pesar de la presencia de una raza

²³⁰ *Ibid.* p. 85.

²³¹ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 327.

²³² *Ibid.*, p. 328.

²³³ *Ibid.*, p. 329.

inferior, mientras que sus oponentes temían el efecto de adulteración por la anexión de tal población. La oposición whig a la guerra temía la extensión de la esclavitud, pero también temían a la amalgamación con una raza inferior dentro de la Unión.”²³⁴

Fue así que la anexión de todo el territorio mexicano presentó dos disyuntivas igualmente dañinas para Estados Unidos: o bien los ocho millones de “miserables mexicanos” eran incorporados a la Unión Americana en calidad de ciudadanos estadounidenses, o bien los Estados Unidos los gobernarían por la fuerza, debilitando sus propias instituciones. La exposición más clara del peligro de anexar todo México corrió a cargo del representante James Pollock, de Pennsylvania. En su alocución ante el Congreso afirmó que:

Las provincias de México están ocupadas por una población no sólo degradada, sino de todo matiz y variedad posible de color y de tez, desde el negro profundo de los negros hasta el blanco pálido del indio mexicano, ¿Serían ciudadanos estos, preguntó, o bien los norteamericanos habrían de esclavizar a los hombres de color? En este último caso, nueve décimas partes de la población de México tendrían que ser esclavizadas. Exterminio y adquisición han de ir de la mano. ¿Estamos dispuestos a ello?, ¿Estamos dispuestos a entablar la guerra de razas, y a no contener nuestra mano hasta que cada mexicano haya sido expulsado de la tierra de sus padres, y la raza anglosajona se haya establecido en los Salones de Moctezuma?²³⁵

Durante el invierno de 1847-1848, los *whigs* en el Congreso señalaron la imposibilidad de integrar como ciudadanos a la población mexicana. Fuese cual fuese la posibilidad de reemplazar a los mexicanos por anglosajones en el futuro, “la mayoría de los norteamericanos se dieron cuenta de que en términos prácticos, la anexión de todo México significaría que, o bien ocho millones de mexicanos se convertirían en ciudadanos norteamericanos, o que serían

²³⁴ Reginald Horsman, “Scientific Racism and the American Indian in the Mid-Nineteenth Century”, *American Quarterly*, núm. 2, vol. 27, Mayo, 1975, p. 164.

²³⁵ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 327.

gobernados como súbditos coloniales.”²³⁶

Para los opositores de la anexión de todo México, hubiera sido una violación del principio político estadounidense el gobernarnos como colonia y hubiera sido igualmente destructivo para el gobierno norteamericano el hecho de permitir que los mexicanos participáramos en el. Otra alternativa era, tal como lo expresó el presidente del Comité del Senado sobre Relaciones Exteriores en 1848, “que los mexicanos podrían apartarseles en reservaciones, igual que a los indios en los Estados Unidos, y en cuanto a votar, ‘no sabía que los indios hubieran llegado nunca a votar’”.²³⁷

Estos dilemas pronto generaron una enérgica oposición a la expansión inmediata, pues los estadounidenses no deseaban introducir grandes números de no anglosajones como ciudadanos iguales dentro de la Unión. El representante de Florida, Edward C. Cabell, indicó que “si anexamos la tierra, tendremos que tomar la población con ella. Y por un acto del Congreso, ¿convertiremos la miserable población de México, negra, blanca, roja, mixta – los mexicanos, indios, mulatos, mestizos, chinos, zambos, quinteros– en libres e ilustrados ciudadanos americanos con derecho a todos los privilegios de que disfrutamos?”.²³⁸

Mientras los *whigs* desearon precaución y gradualismo en la expansión, la mayoría de los demócratas estuvieron dispuestos a la acción rápida, aunque no lograron convenir ni en cuánto del territorio mexicano debía tomarse ni en si los Estados Unidos debían anexar territorios ocupados por grandes números de mexicanos. Sin embargo, ambos partidos estuvieron de acuerdo en que no podrían admitirse mexicanos como ciudadanos iguales dentro de Estados Unidos.

En realidad la política tradicional excluía la anexión de todo México porque la mayor parte de nuestro país estaba habitado densamente por una población

²³⁶ *Ibid.*, p. 331.

²³⁷ Glenn Price, *op. cit.*, p. 36.

²³⁸ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 331.

cuyas dos terceras partes eran indias. Lewis Cass, después de declarar en un discurso pronunciado ante el Senado el 10 de febrero de 1847 que los estadounidenses no deseaban “una deplorable amalgama” con el pueblo de México, ni como súbditos ni como ciudadanos, explicó lo que si deseaban: “lo único que queremos es una porción de territorio, ocupada nominalmente por ellos, prácticamente deshabitada, o apenas habitada, por una población que pronto desaparecerá o se identificará con la nuestra.”²³⁹

3.11 Fin de la guerra, desprecio explícito hacia los mexicanos

Desde el punto de vista militar, los Estados Unidos tuvieron más posibilidades que nunca de anexarse todo el territorio mexicano. Pudieron haber obtenido la anexión total luchando contra una oposición relativamente escasa del pueblo mexicano. Pero súbitamente abandonaron la idea de apoderarse de todo México. Las contradicciones que durante largo tiempo habían estado implícitas en el sentido de misión de los estadounidenses se volvieron explícitas en el tiempo de la guerra con México.

El hecho de que su plan de regeneración abortara, aparentemente puede explicarse por reflexiones ajenas al ámbito de la regeneración moral. De acuerdo con el historiador Albert Weinberg, “el aspecto más curioso de esta idea de regeneración tan segura de sí misma no es su inversión de las tradiciones más conservadoras de Estados Unidos, sino el hecho de que después de un momento de aparente aceptación fue repudiada por la política real.”²⁴⁰

El gobierno estadounidense dio instrucciones a su enviado John Slidell de arreglar las nuevas fronteras consiguiendo que Nuevo México y California quedaran de su lado. A cambio, ofrecía hacerse cargo de las reclamaciones de sus ciudadanos y darían a México 5 millones de dólares. Slidell tenía instrucciones de presionar con la deuda mexicana hacia Estados Unidos por

²³⁹ A. Weinberg, *op. cit.*, p. 165.

²⁴⁰ A. Weinberg, *op. cit.*, pp. 162-176.

medio de reclamaciones y de hacerle ver que la frontera reclamada por los texanos era el río Grande, así como proponer la compra de California y Nuevo México.

En un documento del Secretario de Estado Buchanan con instrucciones para Slidell hay una frase particularmente insultante: “Las sumas de dinero eran consideradas como cifras máximas y mientras menos dinero tuviera que entregar el trato sería más del agrado del gobierno”. En opinión del propio Slidell, “sería difícil establecer un punto de honor entre los Estados Unidos y una potencia tan débil y degradada como México”.²⁴¹

Al aceptar un tratado que incluía únicamente la incorporación de Nuevo México y California, los Estados Unidos dejaron a los mexicanos fuera de la Unión. En la discusión del tratado de paz muy poco se dijo acerca de la obligación regeneradora, que unas semanas antes de la conclusión de la guerra había parecido tan apremiante. Los expansionistas prefirieron, en el último momento, la regeneración de los territorios a la regeneración de los mexicanos.

Gran parte de la oposición al expansionismo había surgido de la preocupación por lo que este causaría a Estados Unidos, no por lo que ocasionaría a los mexicanos. Los antiexpansionistas se opusieron enérgicamente a la unión con los mexicanos, aquel “horrendo cuerpo muerto”. Fue esta conducta racista de los estadounidenses la que influyó “para que los Estados Unidos se conformaran con California y Nuevo México, los cuales incluían Arizona, Nevada, Utah, Nuevo México, California y Wyoming”.²⁴²

Aunque a Polk le disgustó el tratado de paz convenido por Nicholas Trist en México, su aceptación pareció ser fruto de una discreción práctica. El Tratado de Trist, con la frontera en el Río Bravo, “era el más aceptable para la mayoría de los norteamericanos, ya que obtenía la región más grande posible de México con el menor número de mexicanos. No fue el problema de la extensión

²⁴¹ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 317.

²⁴² Sally Frahm, *op. cit.*, p. 95.

de la esclavitud, sino la elección de amalgamación racial o dominio imperial la que finalmente frustró a quienes estaban resueltos a tomar la mayor parte de México, o todo el país.”²⁴³

Polk reconoció que habría preferido tener por frontera las montañas de la Sierra Madre y no el Río Bravo, pero también reconoció que, con el Congreso y con el país renuente a luchar para obtener mayor territorio de México, el Congreso probablemente no le habría dado los hombres ni el dinero necesario para continuar la guerra. Todo intento de continuar la guerra para obtener zonas considerables más allá del Río Bravo habría causado escisiones entre los demócratas, aparte de enfurecer aún más a la oposición *whig*.

Para el gobierno norteamericano, la guerra fue simplemente un medio para ganar los objetivos territoriales que habían sido imposibles de lograr por otros medios. En el diario del presidente se demuestra claramente que existían metas específicas desde el inicio del conflicto. Estos objetivos, en parte presagiados en las instrucciones a Slidell, eran la adquisición de Nuevo México, la alta California y, posiblemente, la baja California, y el reconocimiento por México del Río Grande como la frontera de Estados Unidos al oeste de Nuevo México.²⁴⁴

Por su parte, la población estadounidense había evidenciado “un persistente rechazo a absorber todo México. La incorporación de una raza mestiza de ocho millones, la destrucción de una república de idioma distinto, la retención de una provincia subyugada por un tiempo indefinido, eran señales de una democracia menoscabada”.²⁴⁵ Los estadounidenses concluyeron que no había necesidad de destruir sus instituciones democráticas, ni de manchar el carácter nacional, ni mucho menos diluir su población con ingredientes ajenos.

Finalmente, los opositores a la guerra parecieron haber ratificado el Tratado “para evitar el mal mayor de tener que absorber mexicanos, ya que las partes

²⁴³ Reginald Horsman, *op. cit.*, pp. 333-334.

²⁴⁴ Charles Lofgren, “Force and Diplomacy, 1846-1848: The View from Whashington”, *Military Affairs*, núm. 2, vol. 31, verano de 1967, p. 58.

²⁴⁵ Frederick Merk, *op. cit.*, p. 121.

anexadas estaban poco habitadas. México se había salvado gracias a la desobediencia de Trist y al racismo abierto o soslayado de muchos congresistas”.²⁴⁶ En palabras de Juan Ortega y Medina, “el tropicalísimo y el racismo, entre otras múltiples causas, nos preservaron de la absorción *regeneradora* total.”²⁴⁷

Con su negativa a anexar todo México, los estadounidenses habían rechazado la idea de que casi todos los demás pueblos del mundo podían compartir el gobierno libre, así como el poder y la prosperidad de Estados Unidos. Sembrar las semillas de la libertad y el republicanismo no bastaba para obtener el progreso universal, pues los estadounidenses creían ahora firmemente que sus semillas estaban cayendo en tierra yerma. Creían que los demás pueblos del mundo carecían de las capacidades necesarias para aprovechar y disfrutar de sus instituciones libres.

Si los estadounidenses pensaban que otros pueblos no desaparecerían ante el avance norteamericano, si también pensaban que el colonialismo corrompería la nación y si creían que otras razas eran incapaces de participar en un gobierno libre, entonces la oposición a toda nueva extensión del territorio era su única esperanza de mantener una república anglosajona americana libre. Ello significaba oponerse a quienes estaban convencidos de que los Estados Unidos debían asumir el control político sobre vastas regiones nuevas. Había que oponerse a los expansionistas, no porque ello significase la degradación de otros pueblos, sino porque la presencia de otras razas arruinaría la sociedad creada en los Estados Unidos.

Los estadounidenses simplemente no experimentaron sentimientos suficientemente amables como para desear una asociación política con los mexicanos. Un determinante de esta conducta “fue el concepto de que las instituciones democráticas funcionaban mejor en el seno de una población inteligente y homogénea desde el punto de vista racial. Otra de las razones de esa actitud fue el concepto nietzschiano de que es más importante promover

²⁴⁶ Josefina Vázquez de Knauth, *op. cit.*, p. 92.

²⁴⁷ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 117.

el desarrollo de la 'raza más espléndida' que elevar a la inferior".²⁴⁸

Años más tarde, en 1853, el senador John Clayton habló de las dificultades que esta disparidad creaba a toda ulterior expansión norteamericana: "Tomar México sería tomar su pueblo con ciudadanos: ¡Sí! Aztecas, criollos, medias castas, cuarterones, sambos y no sé cuantos más - 'con rayas y manchas' -, y en lugar de que nosotros los gobernemos, nos gobernarían ellos con sus votos."²⁴⁹

Para concluir, sólo resta mencionar la influencia que tuvo esta percepción negativa de los mexicanos en la relación bilateral. La mejor explicación del por qué la diplomacia y los documentos estadounidenses claves en sus relaciones con México fueron claramente impertinentes durante esta época, se encuentra en el libro del historiador norteamericano Glenn Price, quien afirma que es "completamente imposible encontrar el sentido de las relaciones mexicano-norteamericanas en el período de la guerra y en el que siguió inmediatamente después, sino se comprende el factor psicológico que no es en forma alguna complejo o sutil. Debe tenerse presente siempre que las acciones de los Estados Unidos provenían del concepto que los norteamericanos tenían de México y de los mexicanos."²⁵⁰

De acuerdo con Price, la diplomacia de los Estados Unidos con México durante esta época "revela el juicio común del pueblo norteamericano acerca de los mexicanos. Dicha actitud indica que en realidad hay muy poca diferencia entre un indio y un mexicano; por lo tanto en este caso, una diplomacia seria y respetuosa sería descartada".²⁵¹ Cualquier esfuerzo orientado a entender las relaciones bilaterales contemporáneas entre México y Estados Unidos ha de tener en cuenta este trasfondo psicológico que ha llegado a convertirse en un elemento inmanente de la relación entre ambos países. Suprimir o cambiarlo no será una tarea sencilla. Pero conocerlo y tratar de entenderlo nos permitirá

²⁴⁸ A. Weinberg, *op. cit.*, p. 161.

²⁴⁹ Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 336.

²⁵⁰ Glenn Price, *op. cit.*, pp. 36-37.

²⁵¹ *Ibid.*, p. 36.

Conclusiones

El discurso de una pretendida *superioridad estadounidense* y el de una *inferioridad mexicana*, fue el producto de una ideología estructurada desde los orígenes coloniales y fundacionales de los Estados Unidos, que entrelaza principios bíblicos en una interpretación protestante puritana y el pensamiento liberal de la Ilustración, configurando un aparato dogmático e ideológico que teje y entreteje motivaciones religiosas, científicas y culturales que operan en diferentes niveles según las circunstancias y los tiempos, y que desde entonces ha estado orientado a proteger y preservar dentro de los Estados Unidos la posición de poder de un grupo específico que tiene como principales características el ser blanco, anglosajón y protestante. Más aún, esta ideología no sólo opera como un instrumento justificativo y explicativo de posición y poder dentro y fuera de la Unión Americana, sino que al estar tan profundamente interiorizada en el imaginario norteamericano, se ha convertido en un elemento normativo de la conducta estadounidense en el exterior, influyendo en la forma en cómo los estadounidenses comprenden su papel y responsabilidades en el mundo, y en la percepción que tienen de sí mismos y de los demás.

Como dispositivo integrador de la idea de ser un pueblo elegido por Dios, dotados con la misión de salvar y transformar al resto del mundo, y la idea de que ellos y sus instituciones son lo mejor que ha existido en la historia de la humanidad, esta estructura ideológica presenta a Estados Unidos como una nación teológica y darwinianamente electa, y como el paradigma de una sabia organización social que autoproclama a Estados Unidos como el nuevo centro creativo y evolutivo del mundo. En suma, ha procedido a poner de manera discriminada toda la luz en Estados Unidos, y en la penumbra al resto del mundo.

Al hacerlo, ha construido al interior de Estados Unidos el mito de una imagen histórica impecable en la que la idea de Estados Unidos es pura y perfecta, y su identidad, inocente y buena. Esta concepción mítica es presentada como

un conjunto de motivos relacionados entre sí que van desde el descubrimiento de un paraíso terrenal, la domesticación de lo salvaje, la colonización de las fronteras y la búsqueda de la libertad, hasta el establecimiento de una unión perfecta bajo el mejor sistema político.

Al exterior, por el contrario, ha erigido la imagen amenazadora, contaminante y degradada del otro. Imagen que se desprende del dogma teológico fundamental de la pecaminosidad del mundo y el hombre, asentada en la teología calvinista con su concepción negativa de la naturaleza humana, y que ha conducido hasta nuestros días a una rígida categorización de los hombres, dividiéndolos entre elegidos y réprobos, amigos y enemigos, haciendo imposible una concepción universal de todos los hombres.

Esta rígida dicotomía definió, en primer lugar, las relaciones entre los colonos y los indios. Para el colono inglés recién llegado a América, existían dos partidos en el Nuevo Mundo: el partido de Dios y el del Diablo. El partido de Dios era blanco, puritano y encargado de redimir al mundo de los errantes. Mientras que el partido de Satanás era de piel oscura. Al correr de los siglos, esta división fue adquiriendo nuevas modalidades. Mientras que en el siglo de la Ilustración la ilación sería entre hombres civilizados y bárbaros, en el siglo siguiente fue entre razas superiores e inferiores.

Al proclamar su arribo al Nuevo Mundo como la ejecución de un grandioso y muy elevado trabajo providencial, los colonos ingleses presentaron su proyecto de colonización como la realización de una justa y necesaria catarsis moral, con la misión de predicar y difundir la religión cristiana en su modalidad protestante entre los paganos pieles rojas de Terranova, a quienes harían transitar de la oscuridad a la luz. Sin embargo, debajo de este velo religioso, subyacían los intereses económicos de los colonos ingleses. Como advierte el Dr. José Luis Orozco, aquéllas primeras trece colonias fundadoras de los Estados Unidos derivaron en gran medida del *status contractual corporativo* concedido para su establecimiento por la metrópoli inglesa, confiriéndole a las colonias su esencial empresarialidad.

Fue así que el orden capitalista administrado por Dios durante la fase colonial fue asentado sobre una ideología agrícola que esgrimía como derecho legítimo de posesión de la tierra el cultivo apropiado de la misma. Se arguyó que la Providencia misma había decretado que los cultivadores tenían que ser los colonos blancos cristianos reformados, quienes habían sido dotados con el derecho natural y el derecho civil de posesión.

Una vez asentada la tesis misional evangelizadora como principal base justificativa de la empresa colonial inglesa en América, y la tesis del uso apropiado de la tierra como medio de exculpación del despojo territorial, los colonos ingleses procedieron a la tarea abierta de socavar la obra espiritual española en las indias a fin de ampliar el “área de la religión reformada”.

Las acerbas críticas que en el siglo XVI urdieron los pregoneros holandeses e ingleses sobre el carácter y moral de los españoles durante su largo período de conflictos contra España, fueron utilizadas por los colonos ingleses a fin de disputar el monopolio ibérico en el Nuevo Mundo. Los colonos ingleses vieron a los españoles “como abandonados por Dios”, y sus colonias en América fueron consideradas como verdaderos centros de depravación y vicios, razón por la cual procedieron a la tarea abierta de socavar la obra evangelizadora española a fin de regenerar la tierra inficionada por la colonización hispana.

Al denunciar las monstruosas crueldades de los españoles en las Indias occidentales, los colonos ingleses consolidaron una visión hipercrítica de la obra colonial española en América, una visión atiborrada de prejuicios y estereotipos que se hicieron extensivos sin excepción a todos los pueblos hispanoamericanos, en tanto descendientes de la cultura católica española. Descritos como descendientes de los pérfidos y corruptos españoles, los pueblos hispanoamericanos habríamos de ser expelidos con el vigor de la mayor democracia del mundo.

Una vez que los Estados Unidos alcanzaron su independencia, su expansión territorial decimonónica integró intereses agrarios y comerciales que aunados al cambio operado en el pensamiento científico europeo occidental en la

primera mitad del siglo XIX, crearon una ideología racial que vino a reforzar las suposiciones tácitas acerca de la inferioridad connatural de indios y negros. Su sufrimiento, subyugación y exterminio, fueron explicados sobre la base de su propia inferioridad racial, y no por las ambiciones de una expansiva población blanca norteamericana. La idea de una jerarquía racial entre los hombres ofreció a los estadounidenses una fácil y útil concepción de entender el mundo. Desde la perspectiva científica de unos pocos elegidos, los hombres eran diferentes y desiguales, lo que explicaba el por qué los norteamericanos estaban socavando a los pueblos con que tropezaban en su marcha hacia el poderío continental.

Al mismo tiempo, la ciencia norteamericana concibió un mundo que en el futuro sería moldeado y dominado por una superior raza anglosajona americana. Mientras que internamente se puso en claro que la república norteamericana era una república anglosajona blanca en la que las razas no blancas serían rigurosamente excluidas de toda participación igual como ciudadanos, en lo externo, la expansión norteamericana sobre los territorios adyacentes fue justificada con el argumento de que sólo los angloamericanos podían producir los cambios políticos que harían posible un ilimitado progreso en el continente y en el mundo entero.

De esta forma, el expansionismo territorial norteamericano cumplía un proceso civilizatorio y no un simple proceso de conquista; el remodelamiento del mundo se lograría ahora con el ejemplo y la expansión física de Estados Unidos. En suma, el pensamiento científico racial de principios del siglo XIX sirvió para defender la subordinación y el exterminio de pueblos no europeos, y para explicar la creciente laguna en poderío y progreso que los separaba de los pueblos a los que estaban sojuzgando. Además, los estadounidenses lo utilizaron como un artefacto de control interno y para dotar de legitimidad a sus mudables fronteras.

Cuando el expansionismo territorial norteamericano puso en contacto directo a estadounidenses y mexicanos a mediados del siglo XIX, los estadounidenses ya tenían perfectamente trazada e interiorizada esta percepción de

superioridad nacional, y enraizada su displicencia hacia todos los pueblos de Hispanoamérica. Mas el encuentro entre estadounidenses y mexicanos con la independencia de Texas y la guerra de 1847, exacerbaron su percepción de superioridad racial. Al enfrentarse a los mexicanos, los estadounidenses claramente formularon la idea de que ellos pertenecían a la gloriosa raza anglosajona y que eran, además, los descendientes mejor dotados de la raza teutónica.

Durante los decenios de 1830 y 1840, el anglosajismo científico racial americano fue expresado en un lenguaje de fuerza y poder, alcanzando un lenguaje de completa deshumanización en el momento más álgido de la guerra con México. Al ser considerados peor que bárbaros y como forjadores de una civilización bastarda, se adujo que aquélla guerra nos enseñaría a los mexicanos a pensar en nuestra flaqueza e inferioridad. ¿A caso esta fue la opinión general del pueblo norteamericano? No es posible saberlo. Pero estas ideas fueron ampliamente compartidas y aceptadas en los diarios de Estados Unidos, y fueron expresadas públicamente por algunos políticos y diplomáticos estadounidenses.

Al servir como base justificativa de la agresión contra México, estas ideas influyeron en el carácter de las relaciones diplomáticas y en la contienda bélica misma. Mientras que en la primera se dio por descartada una diplomacia sería y respetuosa hacia México, aduciendo una afinidad entre mexicanos e indios y su herencia católica española, con la posibilidad de aprovechar una supuesta naturaleza corrupta mediante una diplomacia orientada a sobornar a los funcionarios del gobierno mexicano, en la segunda no fuimos respetados como enemigos potencialmente formidables para pelear contra la gloriosa “raza angloamericana”.

Si bien el presente trabajo es un estudio histórico orientado al inicio de las relaciones entre México y Estados Unidos, los discernimientos aquí mencionados están lejos de ser un simple resabio del pasado, pues la percepción negativa que tuvieron los estadounidenses de los mexicanos permanece aún en el momento actual, influyendo en el carácter de la relación

bilateral. Aunque ciertamente se expresa en un modo más sutil y diplomático, por lo menos en el lenguaje de las relaciones del más alto nivel, es posible dilucidar su influencia en múltiples temas de la relación bilateral, como en los condicionamientos de ayuda financiera, así como en el carácter de las negociaciones y en los temas de los foros bilaterales y el enfoque con que se les aborda.

No obstante, la expresión contemporánea más evidente de la influencia de esta percepción negativa, ha sido la decisión del gobierno norteamericano de construir un muro en la frontera con México. Presentado como el último y extremo recurso para frenar a toda costa la inmigración ilegal, tal justificación sirve para encubrir un evidente acto de desprecio hacia los mexicanos en la mente de quienes apoyan su construcción.

Múltiples son los estudios que han abordado la relación bilateral entre México y Estados Unidos desde muy diferentes y amplias perspectivas. El esfuerzo por tratar de estudiarla a partir de las percepciones nos permitirá llenar de contenido una enrevesada relación tradicionalmente analizada con los parámetros de las asimetrías de poder y las divergencias históricas y culturales. En lo personal, creo que para poder alcanzar un mejor entendimiento entre ellos y nosotros se hace indispensable indagar en las creencias y emociones que motivan a quienes han sido y seguirán siendo nuestros vecinos.

Bibliografía:

Alberico, Giuseppe, *La reforma protestante*, México, Editorial Hispanoamericana, 1961, 282 pp.

Arriaga Weiss, Víctor y Suárez Argüello, Ana Rosa (comp.), *Estados Unidos desde América Latina*, México, Centro de Investigaciones y Docencia Económica, El Colegio de México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1995, 406 pp.

Bueno de Mesquita, Bruce, *Principles of International Politics. People's Power, Preferences, and Perceptions*, USA, Congressional Quarterly Inc., 2000. 588 pp.

DeConde, Alexander, *Ethnicity, Race, and American Foreign Policy*, USA, Northeastern University Press, 1992, 270 pp.

Espinosa, Miguel, *Las grandes etapas de la historia americana*, Madrid, España, Revista de Occidente, 1957, 147 pp.

Fuentes Mares, José, *Génesis del expansionismo norteamericano*, México, El Colegio de México, 1984, 264 pp.

Galtung, Johan, *Fundamentalismo USA. Fundamentos teológico-políticos de la política exterior estadounidense*, Barcelona, España, Icaria, 1999, 101 pp.

García Cárcel, Ricardo, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, España, Alianza Editorial, 1992, 346 pp.

García Cantú, Gastón, *Las invasiones norteamericanas en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, 350 pp.

Graebner, Norman, *Manifest Destiny, USA*, The American Heritage Series, 1968, 347 pp.

Herrero de Castro, Rubén, *La realidad inventada: percepciones y proceso de toma de decisiones en política exterior*, Madrid, España, Plaza y Valdés, 2007, 311 pp.

Horsman, Reginald, *La raza y el destino manifiesto: orígenes del anglosajismo racial norteamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 416 pp.

Hunt, Michael, *Ideology and U.S. Foreign Policy*, USA, Yale University Press, 1987, 337 pp.

Huntington, Samuel, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, España, Paidós, 2004, 488 pp.

Kohn, Hans, *El pensamiento nacionalista en los Estados Unidos*, Argentina, Ediciones Troquel, 1966, 250 pp.

Mendoza, Angélica, *Fuentes del pensamiento norteamericano*, México, El Colegio de México, 1955, 277 pp.

McNall, Edward, *The America Idea of Mission*, USA, Rutgers University Press, 1957, 385 pp.

Merk, Frederick, *Manifest Destiny and Mission in America History*, Nueva York, USA, Vintage Books, 1963, 265 pp.

Moyano Pahissa, Angela, *México y Estados Unidos: orígenes de una relación 1819-1861*, México, UNAM, 2002, 288 pp.

Mumford Jones, Howard, *Este extraño nuevo mundo. Años formativos de la cultura norteamericana*, México, Editorial Hispano Americana, 1966, 376 pp.

- Núñez, Silvia, *EUA. Documentos de su historia socioeconómica*, México, Instituto José María Luis Mora, 1988. Varios tomos.
- Núñez, Silvia, y otros, *Temas al margen de la agenda bilateral México-Estados Unidos*, México, UNAM, 1993, 179 pp.
- Orozco Álcantar, José Luis, *De teólogos, pragmáticos y geopolíticos. Aproximación al globalismo norteamericano*, Barcelona, España, Gedisa, 2001, 254 pp.
- Orozco Álcantar, José Luis, *Razón de Estado y razón de mercado. Teoría y práctica de la política exterior norteamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 312 pp.
- Ortega y Medina, Juan A., *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1972, 154 pp.
- Ortega y Medina, Juan A., *México en la conciencia anglosajona*, México, Porrúa y Obregón, 1953, 160 pp.
- Pellicer, Olga y Fernández de Castro, Rafael (coords.), *México y Estados Unidos; las rutas de la cooperación*, México, Instituto Matías Romero-ITAM-SRE, 1998, 287 pp.
- Powell, Philip, *Árbol del odio*, Madrid, España, Iris de Paz, 1991, 226 pp.
- Price, Gleen, *Los orígenes de la guerra con México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, 285 pp.
- Riding, Alan, *Vecinos distantes*, México, Joaquín Mortiz, 1996, 490 pp.
- Rodríguez Díaz, María del Rosario, *El Destino Manifiesto en el discurso político norteamericano, 1776-1849*, México, Alborada Latinoamericana, 1997, 121 pp.

Rodríguez Díaz, María del Rosario, *El Destino Manifiesto. El pensamiento expansionista de Alfred Thayer Mahan 1890-1914*, México, Porrúa, 2003, 227 pp.

Rodríguez, Jaime y Vincent, Kathryn, *Common Border, Uncommon Paths. Race, culture, and National Identity in U.S.-Mexican relations*, USA, SR Books, 1997, 188 pp.

Rodríguez, Jaime y Vincent, Kathryn, *Myths, Misdeeds, and Misunderstandings. The roots of conflict in U.S.-Mexican Relations*, USA, SR Books, 1997, 278 pp.

Ruiz, Ramón Eduardo, *The Mexican War. It was a Manifest Destiny?*, USA, American Problems Studies, 1966, 118 pp.

Sarder, Ziauddin, *¿Por qué la gente odia Estados Unidos?*, Barcelona, España, Gedisa, 2003, 317 pp.

Segal, Charles, *Puritans, Indians, and Manifest Destiny*, USA, G.P. Putnam's Sons, 1997, 249 pp.

Selee, Andrew, *Perceptions and Misconceptions in U.S.-Mexican Relations*, USA, The Woodrow Wilson Center and Letras Libres, 2005, 82 pp.

Smith, Clint, *México y EU. 180 años de relaciones ineludibles*, México, Juan Pablo Editores, 2001, 402 pp.

Stephanson, Anders, *Manifest Destiny. American Expansion and the Empire of Right*, USA, Hill and Wang, 1995, 144 pp-

Suárez Argüello, Ana Rosa, *En el nombre del Destino Manifiesto. Guía de ministros y embajadores de Estados Unidos en México 1825-1993*, México, Instituto José María Luis Mora-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998, 370 pp.

Tuveson, Ernest, *Redeemer Nation: the Idea of America's Millennial Role*, USA, The University of Chicago Press, 1968, 238 pp.

Vázquez de Knauth, Josefina, *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47*, México, SepSetentas, 1972, 284 pp.

Velasco Márquez, Jesús, *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)*, México, SepSetentas, 1975, 165 pp.

Weinberg, Albert, *El Destino Manifiesto*, Buenos Aires, Argentina, Paidós, 1968, 449 pp.

Zinn, Howard, *La otra historia de los Estados Unidos*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1999, 529 pp.

Zoraida, Josefina y Meyer, Lorenzo, *México frente a Estados Unidos (Un ensayo histórico, 1776-1993)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 256 pp.

Revistas especializadas

Beard, Charles, "The Teutonic Origins of Representative Government", *The American Political Science Review*, núm. 1, vol. 26, febrero, 1932, pp. 28-44.

Ben-Zvi, Abraham, "American Preconceptions and Policies toward Japan, 1940-1941: A Case Study in Misperception", *International Studies Quarterly*, núm. 2, vol. 19, USA, The International Studies Association, junio, 1975, pp. 228-248.

Bishop, George, "American's Belief in God", *The Public Opinion Quarterly*, núm. 3, vol. 63, otoño, 1999, pp. 421-434.

Brack, Gene, "La opinión mexicana, el racismo norteamericano y la guerra de 1846", *Anglia. Anuario de estudios angloamericanos*, vol. 4, México, FFyL-UNAM, 1971, pp. 63-79.

Castano, Emanuele; Sacchi, Simona; Hays Gries, Peter, "The Perception of the Other in International Relations: Evidence for the Polarizing Effect of Entitativity", *Political Psychology*, núm. 3, vol. 24, USA, Blackwell Publishing Inc., 2003, pp. 449-468.

Caughey, John W., "Our Chosen Destiny", *The Journal of American History*, núm. 2, vol. 52, septiembre, 1965, pp. 239-251.

Detweiler, Frederick, "The Anglo-Saxon Myth in the United States", *American Sociological Review*, núm. 2, vol. 4, abril, 1938, pp. 183-189.

Dion. Leon, "Natural Law and Manifest Destiny in the Era of the American Revolution", *The Canadian Journal of Economics and Political Science*, núm. 2, vol. 23, mayo, 1957, pp. 227-247.

Fields, James; Schuman, Howard, "Public Beliefs About the Beliefs of the Public", *The Public Opinion Quarterly*, núm. 4, vol. 40, UK, Oxford University Press, invierno, 1976-1977, pp. 427-448.

Fox, Jonathan, "Religion as an Overlooked Element of International Relations", *International Studies Review*, núm. 3, vol. 3, otoño, 2001, pp. 53-73.

Foyle, Douglas C. "Public Opinion and Foreign Policy: Elite Beliefs as a Mediating Variable", *International Studies Quarterly*, núm. 41, USA, Blackwell Publishers, 1997, pp. 141-168, pp. 141-169.

Frahm, Sally. "The Cross and the Compass: Manifest Destiny, Religious Aspects of the Mexican-American War", *Journal of Popular Culture*, núm. 2, vol. 32, otoño, 2001, pp. 83-99.

Guidere, Mathieu; Howard, Newton, "The Clash of Perceptions", *Center for Advanced Studies*, marzo, 2006, pp. 1-21.

Herrmann, Richard K.; Keller, Jonathan W., "Beliefs, Values, and Strategic Choice: U.S. Leader's Decisions to Engage, Contain and Use Force in an Era of Globalization", *Journal of Politics*, núm. 2, vol. 66, USA, Southern Political Science Association, mayo, 2004, pp. 557-580.

Herrmann, Richard K., *et al.*, "Images in International Relations: An Experimental Test of Cognitive Schemata", *International Studies Quarterly*, núm. 3, vol. 41, USA, The International Studies Association, septiembre de 1997, pp. 403-433.

Herrmann, Richard, "The Power of Perceptions in Foreign-Policy Decisions Makings: Do Views of the Soviet Union Determine the Policy Choices of American Leaders", *American Journal of Political Science*, núm. 4, vol. 30, USA, Midwest Political Science Association, noviembre, 1986, pp. 841-875.

Holsti, Ole R., "The Belief System and National Images: A Case of Study", *The Journal of Conflict Resolution*, núm. 3, vol. 6, USA, Sage Publications, Inc., septiembre, 1962, pp. 244-252.

Horsman, Reginald, "Origins of Racial Anglo-Saxonism in Great Britain Before 1850", *Journal of the History of Ideas*, núm. 3, vol. 37, julio-septiembre, 1976, pp. 387-410.

Horsman, Reginald, "Scientific Racism and the American Indian in the Mid-Nineteenth Century", *American Quarterly*, núm. 2, vol. 27, mayo, 1975, pp. 152-168.

Isernia; Pierangelo; Juházs, Zoltán; Rattinger, Hans, "Foreign Policy and the Rational Public in Comparative Perspective", *The Journal of Conflict Resolution*, núm. 2, vol. 46, USA, Sage Publications Inc., abril, 2002, pp. 201-224.

Jervis, Robert, "Signaling and Perception", *Political Psychology*, en Kristen Monroe, ed., Earlbaum, 2002, pp. 1-37.

Kammen, Michael, "The Problem of American Exceptionalism: A Reconsideration", *American Quarterly*, núm. 1, vol. 45, marzo, 1993, pp. 1-43.

Kaufmann, Eric, "American Exceptionalism Reconsidered: Anglo-Saxon Ethnogenesis in the 'Universal' Nation, 1776-1850", *Journal of American Studies*, núm. 33, Reino Unido, 1999, pp. 437-457.

Kim, Woosang, y Bueno de Mesquita, Bruce, "How Perceptions Influence the Risk of War", *International Studies Quarterly*, núm. 1, vol. 39, marzo 1995.

Kliger, Samuel, "Emerson and the Usable Anglo-Saxon Past", *Journal of the History of Ideas*, núm. 4, vol. 16, octubre, 1965, pp. 476-493.

Knecht, Thomas, "Public Opinion and Foreign Policy: The Stages of Presidential Decision Making", *International Studies Quarterly*, núm. 50, 2006,

705-727.

Kramer, Paul, "Empires, Exceptions, and Anglo-Saxons: Race and Rule between the British and United States Empires, 1880-1910", *The Journal of American History*, núm. 4, vol. 88, marzo, 2002, pp. 1315-1353.

Kritzer, Herbert, "Ideology and American Political Elites", *The Public Opinion Quarterly*, núm. 4, vol. 42, invierno, 1978, pp. 484-502.

Lepgold, Joseph, y McKeown Timothy, "Is American Foreign Policy Exceptional? An Empirical Analysis", *Political Science Quarterly*, núm. 3, vol. 110, otoño, 1995, pp. 369-384.

Levy, Jack, "Misperception and the Causes of War: Theoretical Linkages and Analytical Problems", *World Politics*, núm. 1, vol. 36, octubre, 1983.

Lofgren, Charles, "Force and Diplomacy, 1846-1848: The View from Whashington", *Military Affairs*, núm. 2, vol. 31, verano, 1967, pp. 57-64.

Mansbach, Richard, "Calvinism as a Precedent for Islamic Radicalism", *The Brown Journal of World Affairs*, Vol. XII, Primavera Verano 2006, pp. 103-115.

McDougall, Walter A. "The colonial origins of American identity", *Orbis*, núm. 49, EUA, invierno, 2005, pp. 7-19.

Nincic, Moroslav, "A Sensible Public: New Perspectives on Popular Opinion and Foreign Policy", *The Journal of Conflict Resolution*, núm. 4, vol. 36, USA, Sage Publications Inc., diciembre, 1992, pp. 772-789.

Orozco, José Luis, "Jeffersonianos y hamiltonianos: los orígenes de la política exterior estadounidense", *Relaciones Internacionales*, núm. 77, mayo-agosto, 1998, pp. 9-18.

Ortega y Medina, Juan A. "El mundo nuevo en la mente ibérica y sajona", *Secuencia*, núm. 12, México, septiembre-diciembre, 1988, pp. 5-14.

Ortega y Medina, Juan A. "Fundamentos doctrinales del *Manifest Destiny*", *Anglia. Anuario de Estudios Angloamericanos*, FFyL-UNAM, vol. 5, 1973, pp. 11-50.

Ortega y Medina, Juan A. "Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones", *Secuencia*, núm. 20, México, mayo-agosto, 1991.

Ortiz, Fernando. "La 'Leyenda Negra' contra Fray Bartolome", *Cuadernos Americanos*, Vol. CCXVII, núm. 2, México, marzo-abril, 1978, pp. 84-116.

Paz, Octavio y Phillips, Rachel, "Reflections: Mexico and the United States", *The History Teacher*, núm. 3, vol. 13, mayo, 1980, pp. 401-415.

Powlick, Philip, "The Sources of Public Opinion for American Foreign Policy Officials", *International Studies Quarterly*, núm. 39, 1995.

Powlick, Philip y Katz, Andrew, "Defining the American Public Opinion/Foreign Policy Nexus", *Mershon International Studies Review*, núm. 2, vol. 42, mayo 1998.

Pratt, Julius, "The origin of 'Manifest Destiny'", *American Historical Review*, núm. 4, vol. 32, Julio, 1927, pp. 795-798.

Reynolds, Susan, "What Do We Meant by 'Anglo-Saxon' and 'Anglo-Saxons'?", *The Journal of British Studies*, núm. 4, vol. 24, octubre, 1985, pp. 395-414.

Ribuffo, Leo, "Religion and American Foreign Policy. The Story of a Complex Relationship", *The National Interest*, núm. 52, verano, 1998, pp. 36-51.

Rodríguez Díaz, María del Rosario, "Mexico's Vision of Manifest Destiny during the 1847 War", *Journal of Popular Culture*, núm. 2, vol. 35, otoño, 2001, pp. 41-50.

Schlesinger, Arthur. "America: Experiment or Destiny?", *American Historical Review*, núm. 3, vol. 82, junio, 1977, pp. 505-522.

Shapiro, Michael J.; Bonham, G. Matthew, "Cognitive Process and Foreign Policy Decision-Making", *International Studies Quarterly*, núm. 2, vol. 17, USA, The International Studies Association, junio 1973, pp. 147-174.

Shapiro, Robert Y. y Page, Benjamin I., "Foreign Policy and the Rational Public", *The Journal of Conflict Resolution*, núm. 2, vol. 32, USA, Sage Publications Inc., junio de 1988, pp. 211-247.

Siak, Steven, "The Blood That Is in Our Veins Comes from German Ancestors: British Historians and the Coming of the First World War", *Albion: A Quarterly Journal Concerned with British Studies*, núm. 2, vol. 30, verano, 1998, pp. 221-252.

Sirverson, Randolph M., "Role and Perception in International Crisis: The Cases of Israeli and Egyptian Decision Makers in National Capitals and the United Nations", *International Organization*, núm. 3, vol. 27, USA, University of Wisconsin Press, verano, 1973, pp- 329-345.

Sosa, Priscila, "El contexto de las nuevas percepciones norteamericanas sobre México", *Cuadernos Semestrales*, CIDE, núm. 20, 1986, pp. 15-39.

Spell, Lota, "Gorostiza and Texas", *The Hispanic American Historical Review*, núm. 4, vol. 37, noviembre, 1957, pp. 20-31.

Stewart, Kathleen y Harding, Susan, "Bad Endings: American Apocalypse", *Annual Review of Anthropology*, vol. 28, 1999, pp. 285-310.

Suárez Argüello, Ana Rosa. "José Manuel Zozaya y el inicio de las relaciones de México con EU", *Secuencia*, núm. 20, México, mayo-agosto, 1991, pp. 163-197.

Terrazas y Basante, Marcela. "Joel R. Poinsett, primer viajero-diplomático en México", *Secuencia*, núm. 20, México, mayo-agosto, 1991.

Vázquez de Knauth, Josefina. "El Congreso de los Estados Unidos ante la guerra del 47", *Anglia. Anuario de estudios angloamericanos*, FFyL-UNAM, vol. 5, 1973, pp. 71-92.

Vecoli, Rudolph, "The Significance of Immigration in the Formation of an American Identity", *The History Teacher*, núm. 1, vol. 30, noviembre, 1996.

Verclas, Kirsten, "Religion and its Impact on Foreign Policy in the United States and Germany: Similarities and Differences", *AICGS, USA*, febrero 2008.

Ward-Perkins, Bryan, "Why Did the Anglo-Saxons Not Become More British", *The English Historical Review*, núm. 462, vol. 115, junio, 2000.

Zea, Leopoldo. "The Interpenetration of the Ibero-American and North American Cultures", *Philosophy and Phenomenological Research*, núm. 3, vol. 9, "Second Inter-American Congress of Philosophy", marzo, 1949, pp. 538-544.

Internet

Judis, John, "The Author of Liberty: Religion and U.S. Foreign Policy", *Dissent*, Otoño 2005, <<http://dissentmagazine.org/article/?article=182>>, [consulta: 04 marzo 2008].

Rodao, Florentino, "Imágenes y proceso de toma de decisiones", *Terceras Jornadas. Imagen, cultura y tecnología*, Madrid, Universidad Carlos III. <<http://www.florentinorodao.com/academico/aca05a.htm>> [consulta: 20 febrero 2008].

Russell, Walter, "God's Country", *Foreign Affairs*, Septiembre-Octubre, 2006, <<http://www.foreignaffairs.org/20060901faessay85504/walter-russell-mead/god-s-country.html>>, [consulta: 20 marzo 2008].

Anexo 1



IV. "Paisaje de las Indias Occidentales", pintado por Jan Mostaert antes de 1555 o 1556, que también se llama "Episodio de la Conquista de América", es el primer paisaje propiamente dicho del Nuevo Mundo.

Fuente: Howard Mumford, *Este extraño nuevo mundo. Años formativos de la cultura norteamericana*



Figure 3.

These illustrations provide two commonplace perspectives on the Indian. Figure 3, from a child's geography text of 1848, depicts the India

Fuente: Edward McNall, *The America Idea of Mission*



THE PARTING "BUY US TOO."

12. *The Parting "Buy Us Too."* Courtesy of the Virginia Historical Society,
Richmond, Virginia.



Mexican Indians.

Fuente: Edward McNall, *The America Idea of Mission*



Mexican Gentlemen.

Fuente: Edward McNall, *The America Idea of Mission*



Figure 5. Soloque Emperor of Hayti, Creating a Grand Duke

This collection of cartoons captures the Latino in his various guises—as backward black, wrongdoing child, cruel brute, and supplicant woman. In the anonymous parody of Haitian politics (fig. 5), published in the 1850s, a disdainful American resident is made to remark on the incompatibility of “Niggers” and republican principles.

Fuente: Michael Hunt, *Ideology and U.S. Foreign Policy*



Figure 1. *The Races of Men*

These composite pictures, both presented to school children as The Races of Men, would have left no doubt about white superiority. In fig. 1 (drawn from a text of 1877) the white race is personified by a noble woman, calm and composed, shown full face, in contrast to the swarthy males with eyes averted.

Fuente: Michael Hunt, *Ideology and U.S. Foreign Policy*



The White Man's Burden

These images were sometimes mixed, as in the last cartoon (fig. 23) showing an aborigine borne forcibly by an American soldier toward the schoolhouse.

Fuente: Michael Hunt, *Ideology and U.S. Foreign Policy*



Fuente: Michael Hunt, *Ideology and U.S. Foreign Policy*



Figure 4. *American Progress*

Figure 4, a painting by John Gast of 1872 entitled American Progress shows the Indian as victim, retreating along with the other creatures of the wild before the forces of civilization. In each, noble white women occupy a central position—as pitiful defender of the next generation and as the majestic embodiment of the irresistible forces of progress.¹⁰

Fuente: Edward McNall, *The America Idea of Mission*

Anexo 2

Virreinato de la Nueva España de acuerdo al Tratado de París de 1763



Fuente: Jaime Rodríguez, *Myths, Misdeeds, and Misunderstandings. The roots of conflict in U.S.-Mexican Relations*

Compra de la Louisiana por EU en 1803



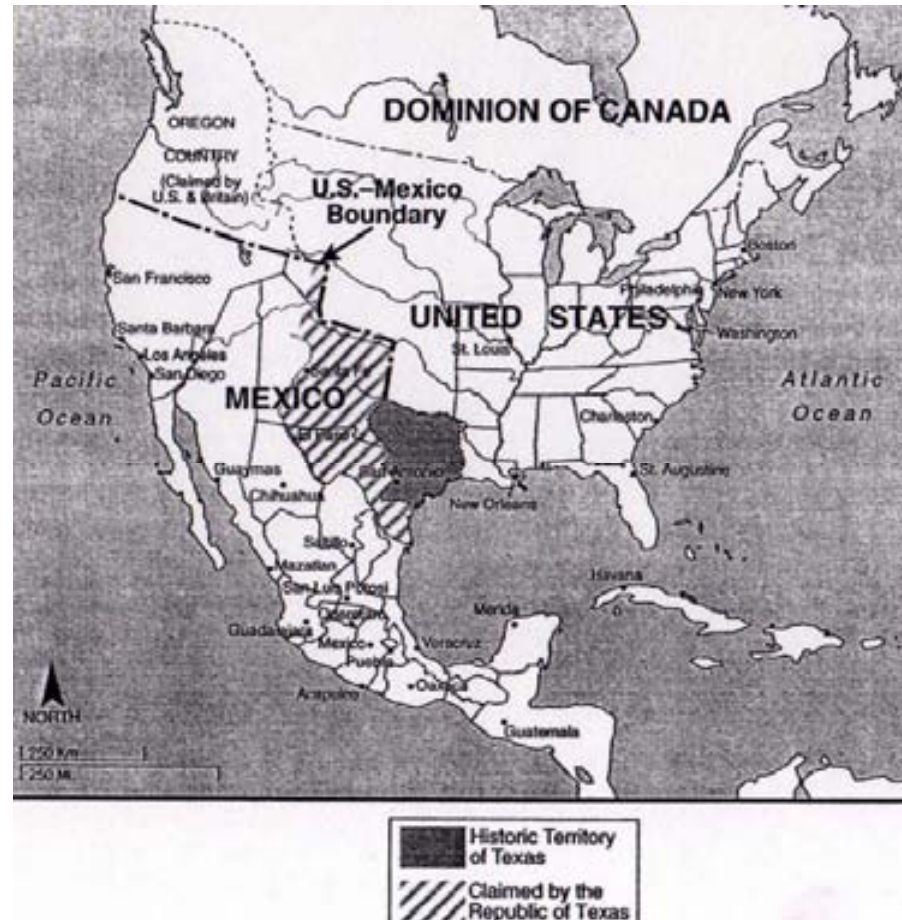
Fuente: Jaime Rodríguez, *Myths, Misdeeds, and Misunderstandings. The roots of conflict in U.S.-Mexican Relations*

América del Norte de acuerdo al
tratado Adams-Onís de 1819



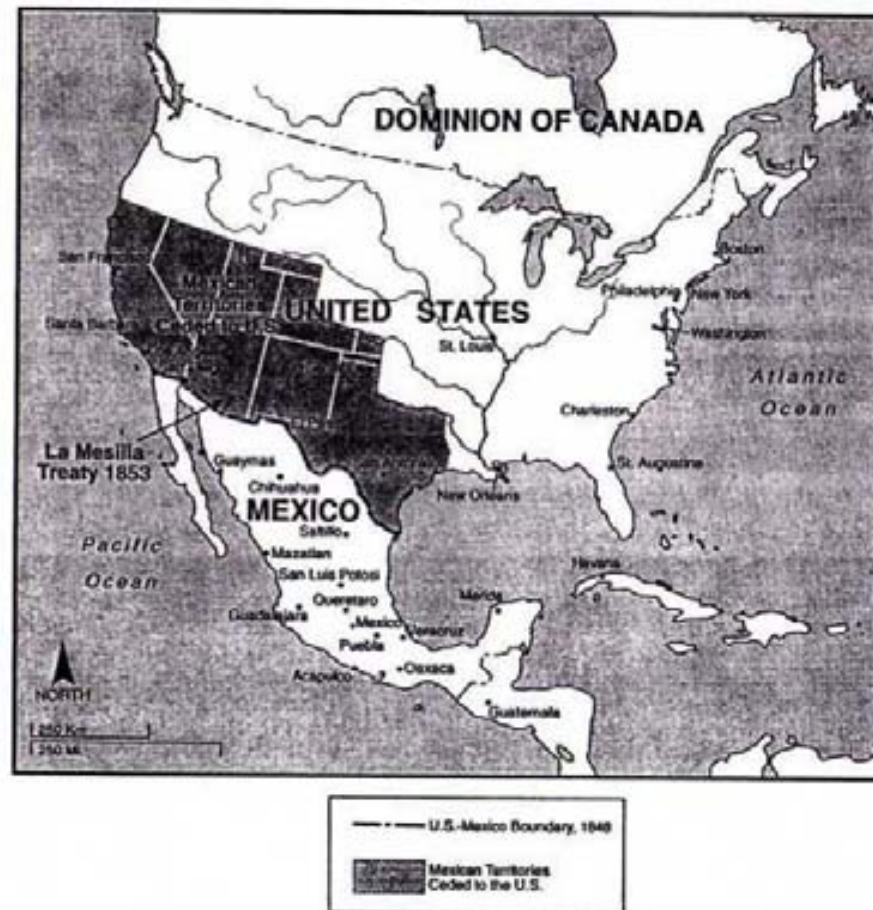
Fuente: Jaime Rodríguez, *Myths, Misdeeds, and Misunderstandings. The roots of conflict in U.S.-Mexican Relations*

Extensión territorial de Texas en 1836



Fuente: Jaime Rodríguez, *Myths, Misdeeds, and Misunderstandings. The roots of conflict in U.S.-Mexican Relations*

North America, 1853



Fuente: Jaime Rodríguez, *Myths, Misdeeds, and Misunderstandings. The roots of conflict in U.S.-Mexican Relations*